



Mi irresistible
AMERICANO

SOPHIA RUSTON



Mi irresistible
americano

Sophia Ruston

Primera edición en digital: octubre 2017

Título Original: Mi irresistible americano

©Sophia Ruston

©Editorial Romantic Ediciones, 2017

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©jovannig ©cherry_dania

Diseño de portada: Olalla Pons

ISBN: 978-84-16927-67-8

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

 Romantic
ediciones

Capítulo 1

Londres, 1790

—Aquí estás.

La mujer sentada en el banco, que miraba hacia arriba, ni se inmutó ante la inesperada llegada del caballero.

—¿Está mi padre buscándome? —preguntó sin volverse.

—Así es, el conde no sabe por qué desapareciste de la sala, pidió que te buscaran en la casa, pero yo sabía que estarías aquí. Siempre te ha gustado contemplar las estrellas.

—Me conoces bien.

Carina Lytton, sonrió en la oscuridad de la noche, contemplando el cielo.

—Prácticamente nos hemos criado juntos.

La joven se frotó los brazos, no sabía si era por el frío o un extraño escalofrío sin explicación lógica. Llevaba días inquieta, con una extraña sensación, no podía comprender por qué se sentía así. El caballero se quitó la levita y la puso sobre sus hombros. Ella suspiró y se apretó contra la prenda.

—No podía respirar.

—¿Ya te están asaltando las dudas, querida?

—Sabes que no, Lucas. —Miró hacia atrás, encontró su mano y apretó la mano del hombre alto, pelirrojo y de ojos azules, su mejor amigo y su prometido—. Estoy segura de que quiero casarme contigo.

—Pero has huido al jardín en cuanto has tenido una oportunidad, en nuestra fiesta de compromiso.

—Esa gente es insufrible.

—Carina, estás hablando de nuestros amigos y familiares, estás hablando de nuestra gente.

—No son mis amigos, no creo que esas personas sepan lo que es realmente la amistad, ¿has oído lo que comentan del duque de Glouland?

—Es el tema favorito estos días, y tienes que reconocer que ha sido muy turbio todo el asunto, no puedes culparles por hablar de ello.

—En vez de hablar de lo bueno, de sus servicios a la corona o compadecerse de todas las penurias que debió pasar, de cómo acabó con aquel despreciable traidor... de lo único que hablan es que era un pirata y que se ha casado de manera apresurada con una dama a la que arruinó su reputación.

—Ya sabes cómo son.

—Lo sé, pero eso no evita que me disgusten más.

—Ignóralos.

—No puedo evitar indignarme, no soy tan paciente y diplomática como tú.

—He aprendido una o dos cosas en mi carrera política.

—Podrías haber sido un primer ministro magnífico.

—No es eso a lo que aspiro y mucho me temo que, si esa hubiera sido mi intención, habrías salido corriendo cuando te pedí matrimonio.

Carina se rio.

—No puedo pensar en nadie peor que yo para ser la esposa del primer ministro, ¿te imaginas?

—No me ayudarías a que me votaran, eso seguro, aunque los menos favorecidos de Inglaterra te idolatran, he perdido la cuenta de las organizaciones benéficas que llevas y los hospitales y escuelas que has ayudado a abrir.

—No es nada, padre tiene mucho dinero y no sé qué más hacer con mi tiempo libre.

—Es tu corazón de oro querida, lo que más me gusta de ti.

Lucas se llevó la mano enguantada de la joven a la boca y se la besó. Carina suspiró, e intentó callar la voz que se preguntaba en su interior por qué no sentía ningún hormigueo en el estómago cada vez que él la tocaba, que pasara en las novelas que leía no tenía por qué pasarle a ella se dijo, se resguardó más en la prenda, oliendo el familiar aroma masculino y cerró los ojos, sintiéndose gratamente cómoda.

—No puedo imaginarme una boda peor, rodeada de esos carroñeros.

—Solo serán unas horas.

—Sí y el resto de mi vida, ojalá pudiera aislarme de la sociedad.

—Realmente no deseas eso.

Ella lo deseaba, pero no se atrevía a decirlo en voz alta. Lucas era un hombre maravilloso, aunque no lo amaba, le tenía un gran cariño, siempre podía contar con él y nunca la había juzgado, ni intentado cambiar, al contrario que todos sus pretendientes anteriores.

Habían crecido juntos, él era sobrino y heredero del conde. Su padrastro, lord Kildare, se había casado con su madre cuando Carina no tenía más de siete años. El conde la había adoptado como su hija y la quería y trataba como tal, al igual que ella lo quería como si fuera su padre de sangre.

Todo el mundo había supuesto que Lucas y ella se casarían. Él nunca la había

cortejado de forma oficial, había mantenido las distancias, permitiendo que ella tuviera tiempo de vivir su presentación en sociedad. Pero Carina no lo había disfrutado, detestaba la hipocresía y maldad que habitaba en la aristocracia y pensaba que no podía encontrar un hombre mejor que Lucas para compartir su vida.

Al menos él la respetaba y la quería como era. Aun así, ella sabía que su prometido nunca opinaría como ella. Lucas era todo un caballero, que heredaría un condado, era admirado y respetado por todos, se lo había ganado con el duro trabajo en el parlamento y los elegantes modales que conquistaban a todas las damas, no había una fiesta en la que él no fuera invitado. Eso la intranquilizaba, ¿tendría que acompañarle en cada ocasión?

—Lucas, ¿alguna vez te has planteado casarte con alguien más? No sé si seré la esposa adecuada para ti.

El joven dio la vuelta al banco y se arrodilló a sus pies.

—Jamás he dudado en hacerte mi esposa, creo que lo supe en el mismo momento en que subiste a aquel árbol, cuando tenías ocho años y te reíste de mí en la cima porque yo no me atreví a escalarlo.

Carina se rio con gusto mirando con cariño aquel atractivo rostro que siempre había estado a su lado. Lucas era su mejor amigo, y pronto su esposo, aquella idea no la entusiasmaba como debería, pero sabía que podía irle peor. Al fin y al cabo, ¿qué más había?

—Esto es una mala idea. Nos van pillar y, además, mi mujer me matará.

—No temas por mi hermana. Y el que te matará será el capitán como no hagamos bien el trabajo.

Los dos hombres iban vestidos como sirvientes, pasando desapercibidos entre el resto de la servidumbre, ocupada en limpiar y recoger los restos de la fiesta de compromiso en la casa del conde.

—Accedí a ayudarte antes de saber que tendríamos que secuestrar a La protectora del East End.

—Da igual cuanto ayude la mujer, el capitán la quiere y punto. Ha pagado bien y yo he estado ya cinco años a su servicio, si me ordena algo, lo cumplo. No me hagas arrepentirme de pedir tu ayuda.

—Pero si nos pillan...

—No lo harán, todos están muy ocupados, nos llevaremos a la dama delante de sus narices y nadie se dará cuenta. Pensarán que el bulto que llevamos es basura o manteles sucios. Nadie sabrá que hemos sido nosotros.

—¿Por qué no lo hace el capitán mismo si es tan temerario y valiente cómo siempre dices?

—¡Estás loco! Un hombre como él no pasa desapercibido y en Inglaterra no es bien recibido.

—Como si algún americano lo fuera...

—Como no te calles de una vez y dejes de lloriquear como una nena, yo mismo me aseguraré de que no vuelvas a hablar.

Los dos se acercaron a la puerta de la alcoba de Carina sin hacer ruido, y comprobaron que no salía luz de la habitación. Abrieron la puerta silenciosamente y se introdujeron en la recámara. Vieron a la dama tumbada en la cama y se acercaron a ella con el trapo empapado en láudano en la mano.

De lo primero que fue consciente Carina, fue del dolor de cabeza. El martilleo se le hizo insoportable. Sentía el cuerpo adormecido, como si no pudiera mover ni un dedo. Incluso abrir los ojos le parecía una ardua tarea y cuando lo hizo, la luz la cegó y le molestó tanto que gimió. Intentó cubrirse con las manos, fue entonces cuando se dio cuenta de que no podía, algo se lo impedía, estaban atadas.

Poco a poco fue despertando de su nube de aturdimiento. Estaba sentada en una silla y con las manos atadas a la espalda. Antes de abrir otra vez los ojos, ya se temía que no iba a estar en su habitación.

Cuando pudo ver lo que había alrededor, comprobó que estaba en una bodega, rodeada de cajas de madera. Y por el ligero balanceo y olor, estaba segura de que se encontraba en un barco. Aquello le encogió el corazón. El dolor que sentía en sus muñecas cada vez que tiraba, le hacía comprender que estaba despierta, pero todo indicaba que era una pesadilla. ¿Qué hacía maniatada en una bodega de un barco cuando lo último que recordaba era haberse quedado dormida en su cama?

—¡Por fin! La princesa está consciente.

Carina miró hacia donde procedía la voz, pero aquella zona estaba en penumbras, apenas podía ver una silueta.

—¿Quién...? —Se interrumpió al no reconocer su voz tan ronca. Notaba la lengua pesada y la garganta muy seca. Tragó saliva, respiró hondo y volvió a intentarlo—. ¿Quién anda ahí?

Oyó la madera crujir a medida que el desconocido caminaba hacia ella. Pensó de inmediato que debía de tratarse de alguien grande y eso la intimidó.

Cuando por fin pudo verlo, no pudo evitar abrir aún más los ojos y encogerse por dentro, sobresaltada a medida que su mirada lo recorría todo entero.

Efectivamente, era grande, un hombre alto, musculoso, su camisa se pegaba a los brazos que tenía cruzados sobre su ancho pecho. Pero, sin duda, lo que más le llamó su atención fueron sus ojos negros, los dos pozos oscuros que la miraban intensamente como si intentara mirar hasta lo más profundo de su alma. Unos ojos que le resultaban familiares, no sabía por qué, estaba segurísima de que era la primera vez que veía a ese hombre pero... esos ojos, le recordaban a alguien.

—¿Le gusta lo que ve? —preguntó, enseñando sus dientes blancos con una sonrisa socarrona, como la de un lobo burlándose de su presa.

—Es usted un presuntuoso.

—Veo que tiene facilidad para hacer amigos, señorita Lytton.

—¿Quién es usted?

—Qué maleducado soy, aún no me he presentado. Soy el capitán Richard, a su servicio, milady —dijo, a la vez que hacía una reverencia burlesca.

Ella se encogió aún más en la silla y no pudo evitar temblar, asustada.

Era él. El pirata que intentaba perjudicar a su padrastro.

Ya sabía que estaba en peligro, pero estar a su merced era horrible. Aquel pirata no tendría piedad, sin saber la razón, odiaba a su familia. El destino no podía augurar nada bueno en su compañía.

Capítulo 2

El corazón de Richard no era de piedra. Por más que él intentara reprimir sus sentimientos, no pudo evitar sentir un poco de pesar al notar el miedo en la muchacha.

Sus preciosos ojos verdosos eran como un libro abierto, pero no era lo único que estaba admirando. También veía sus labios carnosos y jugosos esperando ser saboreados, la pequeña y adorable nariz, los rizos indomables que se escapaban de la larga trenza, parecían llamar por sus manos masculinas para que acariciaran esa cabellera negra.

Intencionadamente, mantuvo la mirada en su rostro. Sabía que mirar su tentador cuerpo, cubierto solo por el revelador camisón, sería aún peor. No podía permitirse el lujo de distraerse, por más que cada parte de su cuerpo gritase, por el contrario, aquella mujer era el enemigo, estaba allí para permitirle llevar a cabo su venganza, no para satisfacer sus apetitos carnales.

—Creo que no me equivoco al afirmar que ha oído hablar de mí.

—Por más que me gustaría decir lo contrario, sí. Por supuesto que sé quién es. Parece tener una vendetta personal contra mi padrastro, lord Kildare. ¿Qué hago yo aquí?

—Será mi invitada.

—Dirá más bien su rehén.

—No quisiera utilizar esa palabra, pero sí.

—Me está utilizando para pedir un rescate. ¿Su objetivo es arruinar al conde económicamente?

—Mi intención es más que eso, pero no voy a compartir esa información con usted. Nos veremos de nuevo cuando desembarquemos.

Sin decir más, sabiendo que lo más sabio era alejarse de la bella mujer, se dio media vuelta y salió de la bodega ignorando sus protestas y llamados. Igual debería haberla amordazado, pero sabía que, aunque no pudiera oírla, oiría bien a su conciencia. Esta que llevaba un tiempo gritando que estaba cometiendo un grave error y que acabaría arrepintiéndose enormemente de lo que había hecho. Pero le daba igual, no habría llegado tan lejos en la vida si la hubiera escuchado, quizás, seguiría siendo un pobretón amargado muerto de hambre sin poder cuidar de su hermana pequeña.

Seguiría como hasta ahora, persiguiendo el objetivo marcado, con su exterior

frívolo y despreocupado y con su corazón bien amurallado. Nada podría penetrarlo.

Silbando una melodía alegre, subió a cubierta para unirse con el resto de su tripulación.

¡Qué desagradable!

Carina deseó tener un vocabulario de insultos más amplio para poder describir bien al capitán. Todavía no se lo podía creer. No llegaba a comprender qué hacía allí. Su padrastro no sabía qué era lo que tenía ese americano en contra de él.

Al finalizar la guerra y después del tratado de París en 1783, las relaciones con el antiguo territorio colonial inglés parecían que empezaban a mejorar. Pero ese americano, comenzó a atacar los buques de la naviera del conde y Kildare no entendía el motivo.

Era un hombre justo y que no tenía enemigos, más bien todo lo contrario, la gente lo respetaba y querían ganarse su amistad. Además, su padrastro nunca estuvo en América ni participó en la guerra. Se mantuvo al margen, entonces, ¿qué es lo que buscaba ese capitán?, ¿y por qué quería utilizarla ahora?

De pronto, entró un marinero con el rostro curtido, la piel muy bronceada, y el ropaje descuidado y gastado por el salitre.

—El capitán pensó que quizás querría vestirse.

Le lanzó un vestido de satén sobre el regazo. Era más bien un atuendo propio de una dama de la corte de la reina Marie Antoinette. Pero no era tan tonta como para rechazarlo. Aunque no quisiese nada de él, y aquel vestido de fiesta era del todo inadecuado para viajar en barco, era bien consciente de que lo único que llevaba puesto era su camisón.

—Espero que no haga ninguna tontería como intentar escapar. Estamos en medio del mar y hay más de diez hombres armados dispuestos a atarla de nuevo —dijo el hombre, a la vez que cortaba la cuerda.

Carina se frotó las muñecas y reprimió un gemido de dolor al notar los calambres.

—No se preocupe, sé que estoy en desventaja. Me comportaré, por mi propio bien. Solo quiero volver a casa sana e intacta.

—Mujer lista. Ya verá cómo pronto será así. Estoy seguro de que el conde quiere lo mismo y hará lo que sea que le pida el capitán.

—¿Y eso sería...?

El marinero rio de camino a la puerta.

—Buen intento, pero del todo inútil. Yo no lo sé, ni me importa. Es algo entre el capitán y el conde.

Cerró la puerta y Carina se dispuso a ponerse el aparatoso vestido. Cuando acabó, aun sin poder mirarse en un espejo, sabía que se vería ridícula sin el miriñaque y el corsé. El vestido le apretaba demasiado en el pecho y la tela se arrastraba por el suelo. Por suerte, no era presumida y no le dio importancia, tenía mejores cosas de las que preocuparse.

Recogió la tela con una mano para no tropezar. En el reducido espacio, caminó de lado a lado, intentando despejar su mente. Tenía que pensar en algo.

De algún modo, estaba dispuesta a ganarse la simpatía del capitán. No quería que la tratase mal y cabía la posibilidad de que pudiera ganarse su confianza y hacerle entrar en razón. Había conocido a gente con un pasado horrible, que había pasado por enormes dificultades. Sabía que el capitán creía tener una buena razón para actuar así. Debía descubrirla e intentar hacerle cambiar de opinión.

Supo de inmediato que se planteaba un objetivo imposible, pero hasta ahora, nunca se había amedrantado ante un buen reto. Ese pirata descubriría pronto que ella era una buena adversaria.

—¿Se puede saber para qué quieres a la moza?

Richard no se volvió ni se sorprendió ante la pregunta de su segundo de a bordo. Lo conocía desde que era un muchacho con calzas y en más de una ocasión le había salvado el pellejo cuando era un ladronzuelo, con demasiada rabia y sin la sabiduría para poder utilizarla en su provecho. Una lección que había aprendido bien y ahora era su mantra de cada día: pensar bien las cosas antes de hacerlas y solo cuando podían beneficiarle.

—¿Desde cuándo preguntas sobre mis extrañas actividades?

—No soy tan tonto como para morder la mano que me da de comer. Me he ganado unas buenas perras gracias a ti. Podría comprarme una plantación en el sur o un rancho en el oeste, si quisiera, para morir con respetabilidad.

—¿Por qué no lo has hecho ya?

—¿Qué rayos haría yo ahí? Aquí es donde debo estar. —Se encogió de hombros y escupió hacia el mar—. Repito, ¿qué hace ella aquí?

—La dama es un medio para un fin.

—Siempre tan enigmático.

—Nunca te has quejado.

—¡Pues me quejo ahora! ¡Diablos! ¡No me importa morir ahorcado por pirata! Soy ladrón y siempre lo seré y muy consciente de que algún día tendré mi castigo por todo lo que he hecho, pero no iré al patíbulo por culpa de una mujer que no he probado.

—Ni tú ni nadie la probará, si no queréis que yo mismo os estrangule. Y si alguien tiene que ser castigado por su secuestro, seré yo.

Al anciano no le pasó desapercibido el tono duro con el que el capitán contestó. Sonrió ante la respuesta del joven, lo había provocado a propósito para saber cómo reaccionaría. La mujer no le era del todo indiferente.

—Ay, muchacho, eres un hombre joven y rico. La guerra ha acabado, ya es muy tarde para mí cambiar de vida, pero para ti no lo es. ¿Por qué no vuelves a Nueva York, te estableces y formas una familia? Tu hermana estaría encantada de pasar más tiempo contigo.

—No digas tonterías Joseph, mi hogar está en el mar y Hope está contenta estando a su aire.

Joseph rio y palmeó la espalda del capitán.

—Tu hermana es toda una leona, mucho más salvaje que tú. Pobre del hombre que intente domarla.

—La han expulsado de tres internados. No hay nada más que mi dinero pueda hacer, no existe manera de hacerla una dama refinada. —Pero Richard sonrió orgulloso como siempre cuando hablaba de su amada hermana—. La última vez que nos vimos, en Nueva York, me convenció de dejarla al cargo de mis negocios y la diablilla está haciendo un magnífico trabajo.

—¿Y qué me dices de la dama de abajo? ¿La podrás controlar? A mí, al igual que tu hermana, me parece una mujer de armas tomar.

Richard suspiró y contempló el horizonte con miedo a mirar a su leal amigo, no sabía si podría ver más allá de su superficial armadura.

—Ese es un asunto mío. Sabré cómo manejarla.

—¿Has oído a Harry?, ¿lo que le contó su cuñado? Al parecer, la dama ayuda mucho a los pobres de Londres. La llaman *La protectora del East End*.

—Me importa un comino como la llamen y el bien que haya hecho. Y tampoco debería importarle a mi tripulación. ¿Es que os vais a amotinar?

—Sabes que no, muchacho.

—Entonces, deja de meterte en mis asuntos. En cuanto nos instalemos en las Azores os librareis de la carga.

—¿Y el peso de la muchacha recaerá sobre ti? ¿Sobrevivirás dos semanas

con la dama?

—Será mi prisionera, no la trataré mal, pero no tengo por qué verla.

—Si estás tan seguro de que no habrá ningún problema...

—Lo estoy.

—Bien, te confiaría mi vida. Si estás tan seguro de este plan, yo no tengo por qué tener dudas. Os dejaremos en la isla y volveré a Londres siguiendo tus instrucciones.

Joseph se fue y Richard apretó las manos a su espalda, con fuerza.

Nunca en su vida se había sentido tan inquieto. Había navegado en horribles tempestades y había luchado en la guerra, pero jamás había estado tan inseguro como ahora, jamás había dudado de nada y ahora no creía ni en sí mismo. Ojalá pudiera tener la misma confianza que tenía su amigo en él. Solo esperaba no decepcionarlo.

Capítulo 3

Había perdido la cuenta de los días que llevaba encerrada. Un grumete venía a traerle comida y se llevaba la bacinilla que utilizaba para sus necesidades. Dormía en un catre que habían instalado en la bodega en su primera noche.

Había vivido hasta entonces rodeada de lujos y comodidades que en ese momento echaba terriblemente de menos, aunque lo que más le hacía falta, era el aire fresco. Temía estar volviéndose loca sin poder ver el sol. Sin saber si era de día o de noche y sin respirar aire puro. ¡Y lo que daría por un baño! Suspiró, pensado con añoranza.

—Hemos llegado a nuestro destino.

Carina se dio la vuelta sorprendida cuando oyó la voz del capitán. No había vuelto a verlo desde que lo había conocido.

—¿Y dónde es eso?

—Cuánto menos sepáis, más difícil os resultará escapar. Una idea estúpida, pero por si acaso os veis tentada, no le diré dónde nos encontramos. Sígame. ¡Qué modales! Se contuvo para no decirlo en voz alta mientras lo seguía a cubierto. Tenía que recordarse que el objetivo era ganarse su simpatía, aunque eso le requiriese utilizar toda la paciencia que era capaz de tener con ese zoquete.

No le sorprendió que fuera de noche. Con aquella oscuridad, sería incapaz de reconocer el puerto. Aunque Carina jamás había salido hasta entonces de Inglaterra, por lo que dudaba que hubiese podido reconocer dónde se encontraban, aun siendo de día. Pero con la luz del sol podría haber visto algo que le diera una pista o suplicar por ayuda a algún ciudadano. A esa hora, no habría nadie decente que estuviera dispuesto a ayudarla.

Lo siguió con dificultad por el empedrado camino, teniendo mucho cuidado de agarrarse la tela del vestido para no tropezar. Cuando llegaron a destino, un carruaje los esperaba. El capitán abrió la puerta, Carina esperaba que subiera sin más, pero el hombre se detuvo y le tendió la mano para ayudarla.

Cuando su piel hizo contacto con la suya, sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo. Se dijo que era por la sorpresa de estar en contacto con una mano endurecida por el arduo trabajo.

En tan solo unos segundos, pudo apreciar los callos y cicatrices. Se dio cuenta, que la mano del pirata era la primera mano masculina que tocaba,

además de la de su padre. No sabía por qué, pero le molestó que la primera vez fuera con él y no con Lucas, su prometido, ya que desde la última vez que juntaron sus manos, habían pasado años. Desde niños, jamás volvió a tocarla, no sin ser extremadamente cortés.

Pero aquello era algo sin importancia. Se repitió que pronto estaría de nuevo con Lucas y podría dejar su experiencia con el apuesto capitán, atrás.

Sin poder verla, Richard podía apreciar la tensión que emanaba de la dama. Que pudiera tenerle miedo, le incomodaba. Aunque no entendía bien la razón. Aparte de con su familia y tripulación, nunca había sentido lástima ni piedad por nadie, no hasta ahora, con aquella mujer en especial, al parecer.

—En cuanto lleguemos a mi casa, la instalaré en una de las alcobas y un sirviente se encargará de sus necesidades. Dentro de dos semanas, mi tripulación volverá a por nosotros y entonces volveremos a Londres, donde será devuelta a su familia. No se preocupe, estará segura y no tendrá que verme en el transcurso de su estancia.

—¿Va a tenerme encerrada durante dos semanas en una habitación? —El disgusto estaba patente en la pregunta.

—Recibirá un buen trato y más lujos de los que disponía en la bodega.

—Pero no podré dar ni un solo paseo, respirar aire, hablar con alguien, hacer algo con mi tiempo... ¡Me volveré completamente loca!

Otra vez su conciencia estaba haciendo acto de presencia, gritando claramente en su interior. Al él también le agobiaría sobremanera estar encerrado durante dos semanas en una alcoba.

—¿Le agradaría dar un paseo por el jardín en mi compañía? No dispongo de mucho servicio y no me fío de ninguno de ellos para impedirle escapar.

—¿Un paseo al día y compartir la cena?

Richard se contuvo de perjurar en voz alta, aunque quisiera decir que no, sin casi pensarlo, contestó:

—De acuerdo.

Sabía que pronto se arrepentiría. ¿No había sido su plan mantenerse apartado de ella lo máximo posible? Era innegable que le resultaba tremendamente atractiva, y despertaba en él algo que nadie más hacía. Y no podía olvidarse que la estaba utilizando para obtener su venganza.

Sí, estaba seguro de que aquello era un grave error más para añadir a la lista.

Carina suspiró con resignación. Llevaba dos días en la casa del capitán y apenas habían hablado. El capitán Richard lo había orquestado todo para que una conversación fuera casi imposible de mantener. En sus paseos por el jardín, si llamar a aquel prado con flores silvestres se podía considerar como tal, la obligaba a caminar por delante de él y si no lo hacía de ese modo, la llevaba de vuelta a su habitación.

En la cena, había una larga mesa, en realidad eran varias mesas que había juntado y ambos se sentaban en extremos opuestos. Para hablar, tenían que levantar la voz y ella se negaba a gritar como una salvaje, sobre todo, sabiendo que no obtendría ninguna respuesta de él.

La casa era pequeña, los sirvientes: una mujer de mediana edad y su hija, venían durante el día para limpiar y cocinar y se retiraban a su residencia por la noche. No sabía qué idioma hablaban, pero no era el inglés y parecía que tampoco la entendían, por lo que, tras el primer día, después de intentar comunicarse con ellas, sin éxito, Carina desistió.

—Llevo dos días sin hablar con nadie. Usted se muestra del todo irracional.

—No la he traído aquí para hacerla mi amiga.

—No, me ha traído aquí por sabe Dios qué motivos.

Frustrada con todo aquello, se dio la vuelta obligando al capitán a detenerse. A ella no le había pasado desapercibido que era muy cuidadoso a la hora de mantener las distancias.

—¿Le gustan las apuestas?

—¿Las apuestas? —El hombre primero frunció el ceño para luego mirarla con desconfianza—. ¿Qué clase de apuestas?

—Le apuesto a que, si deja este ridículo intento de no socializar conmigo para nada, seré capaz de descubrir tres cosas personales sobre usted.

—¿Tres cosas?, ¿nada más?

—Está bien, cinco.

—¿Tan segura está de que, si entablamos conversación durante nuestros paseos y la cena, le hablaré sobre mí?, ¿que le desvelaré mi pasado?

—Así es.

—¿Y qué se apuesta? Aquí no dispone de nada que tenga valor.

Carina intentó pensar en algo rápido, no quería que Richard se echara atrás. Sospechaba que le estaba siguiendo la corriente porque no sabía de lo que ella era capaz.

La mirada oscura del capitán se quedó detenida en sus labios, los cuales,

lamió inconscientemente, lo que hizo que sus ojos ardieran con un deseo oculto. Entonces, lo supo.

—Un beso.

Richard se mostró sorprendido, pero no pudo disimular su interés. Dio un paso hacia delante y sonrió.

—¿Si pierdo le doy un beso y si gano me da un beso?

—Si consigo saber cinco cosas sobre usted en lo que queda de semana, me tratará como a una invitada y discutiremos en profundidad sobre su animadversión hacia el conde. Pero si no lo consigo y pierdo, le daré un beso y el resto de la semana me mantendré en mis aposentos sin darle ni un solo problema.

—Me siento tentado, pero creo que rechazaré su apuesta.

—¿Qué tiene que temer un hombre como vos, de mundo y experimentado, de una dama de la alta sociedad, joven e ingenua como yo?

—Es una mujer muy astuta, se lo reconozco, pero...

Carina, desilusionada, pensó que la iba a rechazar, pero se interrumpió un segundo y dio otro paso más hacia ella.

—¿Qué tipo de beso obtendría? —preguntó en un susurro tan sensual que hizo que su cuerpo temblara.

—La clase de beso que se darían dos amantes. La clase de beso que ni siquiera he tenido aún con mi prometido. Usted sería el primero.

Pudo notar, que su respuesta le había afectado, al igual que a ella.

Se estaba adentrando en aguas muy profundas, demasiado profundas. Temía que después de aquello se viera incapaz de nadar de nuevo hacia la orilla.

—Está bien, acepto su apuesta.

Capítulo 4

—Tengo que darle las gracias por el vestuario.

—De nada.

No le había pasado desapercibido lo bien que se veía con esa ropa elegante. Aquella dama debía deslumbrar en los salones de baile. Su belleza era natural, pero llamativa. Llevaba el largo cabello rizado recogido en una trenza. No disponía de doncella como debía estar acostumbrada, por lo que ese peinado debía ser el único que sabía hacer sin ayuda. Pero aun con el simple recogido, se la veía elegante.

—La tela es de buena calidad y de buen gusto. No creo que lo haya comprado usted. Además, algunos vestidos se notan ya usados. Lo que me hace pensar que el vestuario pertenece a alguna dama que ha vivido o que vive en la casa.

—Sus capacidades de deducción son asombrosas.

Richard sonrió antes de beber un trago de vino.

Sabía lo que intentaba. Quería saber a quién pertenecían las prendas, si a una mujer con la que estaba emparentado, a una esposa o quizás a su amante. Pero él no le iba a decir de primeras que el vestuario pertenecía a su hermana.

No hablaba de su familia con casi nadie y su juego no había hecho más que empezar. No se lo iba a poner tan fácil. Debía concederle que la apuesta le había parecido algo ingenioso, aunque las posibilidades de la dama de ganar eran escasas.

Richard era un hombre reservado, acostumbrado a no revelar nunca demasiado sobre él, por lo que aquello le resultaría sencillo. Además, tenía el aliciente del premio, la oportunidad de besar esos labios que se moría por probar.

La pobre señorita Lytton no tenía ninguna posibilidad de ganar, se dijo.

—Me sorprende sus buenos modales en la mesa.

—Ustedes los ingleses, creen que solo se aprende modales en sus clasistas escuelas.

La dama sonrió como si fuera un gato que acabara de comerse un ratón. Richard sospechó, que había revelado algo con su comentario demasiado rencoroso. Normalmente no mostraba con tanta facilidad cuándo le disgustaban las clases sociales. No lo había pasado bien de pequeño, ya que

provenía de una familia sin muchos recursos. Su padrastro no había desperdiciado la oportunidad de recordarle, cuando no había nadie más que pudiera oírlos, que no era más que un bastardo. Desafortunadamente, había subestimado a su rival.

—Ya sospechaba que no había recibido una educación, me parece que su procedencia es más bien humilde. Su dicción es buena, no me malinterprete, pero aún para ser un americano, no es del todo correcta. Parece que piensa muy bien antes de hablar y actuar. Como ahora mismo: al comer, hace unos segundos, dudó antes de decidir qué cubierto utilizar. Lo que me demuestra que ha aprendido recientemente. Sus maneras elegantes no se desarrollan con naturalidad. Esto revela que aprendió hace poco. Por eso mide cada uno de sus pasos. Se esfuerza mucho en mostrar una apariencia que contradiga su procedencia. No puedo dejar de admirar su tenacidad, aunque no apruebo sus métodos, debería estar orgulloso por lo lejos que ha llegado. No puedo ni imaginar por lo que ha tenido que pasar para llegar hasta aquí. También creo, sin temor a equivocarme, que se avergüenza de sus orígenes, su infancia es un episodio de su vida que no quiere revivir.

Sí, definitivamente la había subestimado, comprendió el capitán. Estaba impresionado e incómodo. Le hizo sentirse observado, como una mariposa, clavada a la pared y contemplada con una lupa. Aquella mujer quería desenterrar esqueletos que le había llevado mucho tiempo enterrar.

—Le concedo esta pequeña victoria.

No se atrevió a contradecirle ni siquiera con una de sus bromas, por miedo a desvelar aún más.

—¿Quién le instruyó?

Quería ignorar su pregunta, pero no sabía cómo hacerlo sin resultar grosero. Carina quería mantener una conversación educada y es lo que obtendría. Aunque esta vez, contestaría con sumo cuidado. La dama ya había descubierto demasiado por su cuenta, no podía permitirse el lujo de ayudarla.

—En el puerto conocí a un compatriota suyo. Había venido para apoyar la causa de la independencia. Todo un liberal revolucionario. Un caballero instruido que antes de embarcar, había trabajado como profesor en la universidad de Oxford. El hombre estaba hambriento de aventuras, me pidió ser uno de mi tripulación. —No pudo evitar sonreír al recordar el momento.

Richard se había reído en su cara. Aquel estirado no había trabajado en su vida, pero pronto le encontró una utilidad.

—Lo rechacé como marinero, pero lo acepté a bordo a cambio de que me

enseñara a ser un caballero. Me instruyó además en literatura y matemáticas.

—Me aventuraría a asegurar que fue un buen aprendiz con los números, pero que tuvo pequeñas dificultades con las letras.

—Estoy empezando a sospechar que es usted una bruja.

Carina rio y a Richard le pareció música celestial. ¿Cómo sería un hogar donde se pudiera oír esa risa a menudo? El paraíso, concluyó.

—A muchos hombres les pasa lo mismo. Aunque se le ve un hombre inteligente, debemos tener en cuenta que seguramente antes de conocer a su profesor, era un hombre iletrado, comprendo que encontraría más dificultad leyendo que con cualquier otra materia.

—Admiro su inteligencia.

—Gracias —contestó sorprendida, parecía que no estaba acostumbrada a oír ese halago.

Richard no entendía cómo los hombres de Londres no la alababan más. Para él, la inteligencia de Carina era lo más atractivo de su persona. Aunque si era honesto consigo mismo, no podía encontrar nada en ella que no le pareciera atractivo.

De inmediato, se obligó a cambiar de tema hacia algo que les alejara el uno del otro.

—¿Pone a observación a su prometido como lo hace con los demás?

—Con Lucas es distinto. Lo conozco desde que era una niña. No hay nada que podamos ocultarnos.

—¿Absolutamente nada? Esa es en efecto, una inusual relación basada en la sinceridad. ¿Le contará todo a su prometido sobre su estancia conmigo?

Al momento, notó su incomodidad, pero eso es lo que quería. Tenía que recordarle, tanto a ella como a sí mismo, que tenía una vida, en la que no había cabida para él. No para su secuestrador y el buscador de la miseria del conde de Kildare.

Carina sintió una gran punzada en el pecho debido a la culpa. ¿Qué clase de prometida era? Llevaba un tiempo preguntándose, ya antes de que su camino se cruzara con el del capitán.

No recordaba bien cuándo había empezado a no ser del todo sincera con Lucas, se sentía como si estuviera intentado ser alguien quién no era. En cambio, con el capitán Richard estaba extrañamente cómoda y le agradaba su compañía, además de que lo encontraba terriblemente atractivo. Se preguntó

si no había algo gravemente mal en ella. ¿Qué clase de persona sentía simpatía por el hombre que la retenía en contra de su voluntad y buscaba dañar a su familia?

Se recordó que todo lo que hacía, lo emprendía por su padre. Tenía que hacerle cambiar de opinión. Jamás se equivocaba en sus intuiciones, e intuía que Richard tenía más bondad de la que quería mostrar.

—Veo que, aparte de apreciar su embarcación, le gustan los barcos en general. ¿Es una de sus mayores pasiones?

—¿Por qué piensa eso?

—No me ha pasado desapercibida la decoración.

La casa que era pequeña y austera parecía disponer de un mobiliario básico, que era muy sobrio y un poco viejo. Y aunque lo único que había visto era su habitación, el comedor y el pasillo, pudo ver dos maquetas de barcos y varios cuadros con representaciones de estos en el mar.

—Casi no he cambiado nada de la casa desde que la compré.

Sospechó que no estaba siendo del todo sincero. Se podía saber mucho de los dueños por cómo decoraban su casa. Estaba segura de que el mar había resultado ser la salvación del hombre, y que su barco era el bien máspreciado que poseía, donde podía escapar de sus demonios. Pero no iba a insistir en aquello. Ya había descubierto bastante en una noche. Disponía de tiempo suficiente. El capitán no lo sabía aún, pero no iba a obtener un beso suyo. Al encontrarse tan segura de su victoria, sintió alivio, pero también un poco de decepción, no quiso pensar demasiado sobre esto último.

Capítulo 5

La dama era demasiado inteligente. Desde que había aceptado su apuesta hacía dos días, estaba mentalmente exhausto, cuidando cada palabra que decía, con temor a revelar demasiado. Jamás nadie había estado tan cerca de realmente conocerlo, claro que se mantenía alejado de todo el mundo. Tenía pocos amigos, su hermana era la única persona cercana a él, y aun así, no lo suficientemente cercana. Pasaban muy poco tiempo juntos, y cuando lo estaban, Richard quería saber todo lo que había hecho su hermana pequeña en el tiempo que estaban separados, sin apenas hablar de él. Alejarla de su mundo le parecía lo mejor. Ante todo, quería mantenerla a salvo, protegerla del mundo en sombras donde se movía.

—Está resultando la mar de hermético.

—Puede ser que quiera más un beso suyo de lo que pensó.

Pudo notar cómo se ponía colorada al momento.

Aunque fuera una mujer resuelta e inteligente, no dejaba de ser una mujer inocente que poco sabía del deseo. Si supiera el poder que tenía sobre él... mejor que no lo supiera, si no, sabría que podría conseguir muchas más cosas de él si lo besara.

—Capitán, esos comentarios no forman parte de una conversación educada. Tiene que seguir las normas de nuestra apuesta, de lo contrario, daré la apuesta por finalizada al ser yo la ganadora.

—Debería haberme hablado de los términos y condiciones. No puede poner normas a medida que esta se desarrolla.

—Yo la creé, así que puedo hacerlo.

Richard se encogió de hombros, a la vez que sonreía. La bella dama que caminaba a su lado, en el jardín, parecía un poco molesta.

—Como usted quiera, es demasiado inteligente para mí. Sé que intentar llevarle la contraria sería una pérdida de tiempo, pero la apuesta se queda como está, no más condiciones.

Carina se detuvo y se volvió hacia él con las manos en las caderas.

—¿No se siente muy solitario manteniendo a las personas tan alejadas de usted?

—¿Y ese comentario personal e impertinente sí es apto para una conversación educada?

—Hábleme de su familia, por favor.

—Ya ha hecho sus pequeños intentos por saber sobre ellos y no ha descubierto nada.

—Un poco sí, sobre todo cuando esta mañana encontré un pañuelo.

Lo sorprendió cuando puso ante su vista un delicado pañuelo con un nombre escrito. No sabía que su hermana lo había dejado ahí, solo había estado en la casa en dos ocasiones. No había pensado en inspeccionar la habitación antes de hospedar a su rehén en ella.

—Hope Jones, un nombre bonito el de su hermana.

—¿Cómo sabe que no lo dejó olvidado alguna de mis invitadas?

—Oh, sé algo de usted antes de que nos conociéramos, no mucho, pero tiene que entender que llamó la atención de nuestra familia cuando empezó a atacar los barcos de la naviera, por lo que, aunque sepamos poco, pudimos investigar que su apellido es Jones. Y ahora sé que tiene una hermana, probablemente el único miembro de su familia con vida.

—Puede ser un pañuelo de mi esposa —dijo, intentando controlarse, aunque supo que casi había gruñido.

—No sois un hombre de los que se casa, es usted un lobo solitario. No estaba segura, pero he podido apreciar la reacción cuando dije que era de su hermana. No hay duda, es de ella. Ahora sé algo de usted, y ya que planea devolverme con mi padre... es una información que nuestros investigadores pueden utilizar.

Se acercó a ella hasta que la punta de sus botas tocó el raso del vestido, con expresión impenetrable.

—Si es que vive para contarlo —dijo con voz de hielo.

—Me dijo que me devolvería con mi familia.

Aunque se mantuvo firme, Richard pudo notar un ligero temblor y vio, en su elegante garganta, cómo su pulso se aceleraba.

—Sí, pero no dije en qué condiciones. No especifiqué nada, no dije en ningún momento que regresaría a Inglaterra sana y salva.

—¡Pero dijo que estaría segura! ¡Que recibiría un buen trato!

¿Cómo podía ser tan ingenua? ¿Por qué confiaba en él?

Le sorprendía que una mujer tan lista pudiese ser tan tonta al mismo tiempo. Podía haber hecho lo que quisiera con ella, ¿no se daba cuenta que estaba a su merced?

—Y tendrá el mejor de los tratos en mi cama, se lo aseguro. Estará tan a gusto que después de haber probado mis habilidades, me rogará que no la

devuelva con su frío prometido.

Carina levantó la mano con intención de abofetearlo, pero él le agarró la muñeca con fuerza de acero.

—¿Y si fuera su hermana? ¿Le gustaría que alguien le hiciera pasar por lo que me está haciendo usted? ¿Sabe qué hará la sociedad si se entera de mi desaparición, de que he estado aquí con usted, sin carabina? Me repudiarán. ¿Se imagina la angustia que debe sentir mi padre? ¿Cómo se sentiría si alguien secuestrara a su hermana? ¿Qué pensaría Hope...?

—¡Ya basta!

Richard la interrumpió, sacudiéndola por el brazo que tenía sujeto y tiró de ella hacia la casa.

Por más que quisiera engañarse, sus palabras lo habían afectado.

¿De verdad era la clase de hombre que secuestraba a damas indefensas? Sí, lo era, lo había hecho. No pensaba que pudiera llegar a eso, pero no sabía de qué otra manera atacar al conde. Parecía que hundirlo económicamente no era suficiente, ya que, por sus informadores en Londres, el conde no parecía muy afectado por la pérdida de los barcos. Ahora, la ira lo había llevado a atacar a sus seres amados, y la hijastra era el punto débil del conde. Pensó que en verdad le importaría un comino utilizarla para su venganza, pero no había contado con llegar a conocerla, con admirarla... Y maldita sea, imaginar a su hermana en la situación que la señorita Lytton, le había hecho hervir de rabia.

El conde era merecedor de su desprecio, pero Carina no lo merecía. Su madre se hubiera sentido muy decepcionada con él. Su amada madre, por la que hacía todo esto.

—Su juego, su maldita apuesta se ha acabado. A partir de ahora permanecerá en la habitación y no saldrá de ella hasta que yo lo diga —dijo, a la vez que abrió la puerta de la alcoba y la empujó adentro sin ningún miramiento.

Carina se volvió, con algunos mechones sueltos y mejillas sonrojadas por la rapidez con la que tuvo que moverse para seguir las largas zancadas del capitán. Por el camino lo había mirado con toda la dignidad de una reina.

—Sí ama a su hermana, es porque su corazón no está muerto del todo. Aún hay esperanza para usted. No sé por qué odia tanto al conde, pero es un buen hombre, y si habla cara cara con él, podrían solucionar sus diferencias.

—No tendrías tantas esperanzas en mi corazón si me conocieras. He matado antes y podría matarte a ti también, eso haría sufrir al conde —dijo olvidando el decoro y tuteándola.

—No me mataría. Lo sé.

—Puede que a ti no, pero a él... créeme, nada me daría más placer que acabar con su vida. No es el hombre honrado que crees que es.

—Os equivocáis. Es un gran hombre, y siento mucho que opinéis lo contrario. Siento que estéis tan equivocado y hayáis perdido vuestro tiempo con esta vendetta sin sentido, sea lo que sea que creáis que os haya hecho mi padre, seguro que no fue intencionado. Y si os causó sufrimiento en algún sentido, el conde estaría tremendamente arrepentido y querría ganarse vuestro perdón de inmediato.

Lo dijo con tanta seguridad que Richard no supo qué contestar, por lo que lo único que pudo hacer fue cerrar la puerta con un portazo, para luego cerrarla con llave.

Deseó que ojalá fuera tan fácil dominar sus sentimientos porque, ¡diablos! Ella estaba empezando a hacerle dudar. Había albergado odio en su interior por años, era lo que le había empujado a seguir adelante, sin él no era nada, no sabía quién era, estaba perdido, y todo lo que había hecho hasta entonces no tendría excusa, ni perdón. ¡¿Cómo esa mujer podía sacudirlo hasta lo más profundo de su ser?! No lo entendía.

Enfadado y confuso se dirigió a su habitación. Necesitaba tiempo para tomar una decisión, una que debía llevar a cabo cuando volviera a salir.

Capítulo 6

Carina se sentó en la cama cuando vio que sus piernas temblaban. Apenas tuvo fuerzas para sostenerse en pie. Respiraba entrecortadamente y se llevó las manos al rostro recordando las palabras de Richard.

¡Había amenazado con hacerle daño a ella y a su padre! ¡No entendía por qué lo creía tan incapaz de llevar a cabo esa amenaza! ¡No lo conocía! Se dijo, pero ¿por qué estaba tan segura de que él jamás podría hacerlo? Y, por otra parte, ¿por qué odiaba tanto a su padre?

—¡Esto es de locos! —exclamó a la habitación vacía, a la vez que se dejaba caer hacia atrás en el colchón.

Mirando hacia el techo, recordó en su cabeza el momento en el que él le había mencionado compartir su cama. Se había sentido tan tentada por un segundo, y tan mal cuando había mencionado a Lucas. ¿Qué había de malo en ella? ¿Cómo podía sentirse atraída por un hombre como el capitán y traicionar así a su querido amigo?

En ese momento se odiaba a sí misma. Se llevó las manos al estómago al notar un nudo apretado, cerró los ojos e intentó concentrarse en sus respiraciones para tranquilizarse. ¿Qué es lo que le podía haber hecho su padre? ¿Cómo el hombre que la había amado como una hija desde el primer momento en que la vio, había podido hacerle tanto daño a un hombre? Tanto daño como para estar dispuesto a remover cielo y tierra para vengarse. Tan desesperado que estaba dispuesto a dejar su alma en el camino.

¿Y por qué ella tenía que sentir tanta pena por el capitán? Se dijo que era porque no era tan diferente de la gente que ayudaba en el hospital y los orfanatos. Aquellas personas habían crecido sin saber lo que era que alguien los quisiera, los tratara con respeto, o que les dieran una oportunidad en la vida. Richard debía haber tenido una vida dura, solo necesitaba un poco de amor y paciencia.

—¡Y yo no puedo ser quién se lo dé!

De nuevo se sintió como una tonta al hablar sola, pero ¿qué podía hacer desterrada en la habitación como una trágica princesa de cuento y con la cabeza llena de dudas?

No supo en qué momento se debió quedar dormida, pero se despertó confusa y miró sorprendida por la ventana a la oscura noche.

Alguien llamó a la puerta y oyó el ruido de la llave a girar en el cerrojo. Se irguió de inmediato. No se encontraba en su mejor momento para ver al capitán, pero una parte de ella estaba a la expectativa por saber lo que podía decirle ahora.

Reprimió un gemido de decepción cuando vio a la criada entrar con una bandeja con comida. Asumió que las cenas en compañía con el capitán habían sido canceladas. No le sorprendía en absoluto, la verdad es que hubiera sido terriblemente incómodo cenar como personas civilizadas en la gran mesa después del encuentro que habían tenido. Después de que la mujer dejara la bandeja en el escritorio que había en la habitación, se dirigió hacia Carina con un papel en la mano. Lo aceptó confusa. No fue hasta que la mujer se fue, que se encontró con fuerzas suficientes para leer la nota. Sabía de quién era.

*«Mañana por la mañana, la recogeré para llevarla al puerto.
Hay un barco que zarpa hacia Inglaterra».*

¿Eso era todo? Se preguntó, leyendo la frase varias veces.

¿A qué venía este cambio de actitud? ¿Tenía pensado enviarla a Londres como si nada hubiera pasado? ¿Acaso se había arrepentido y había decidido renunciar a su venganza contra el conde? Se sentía frustrada porque tenía un millón de preguntas y nadie podría contestarlas, ya que, aunque estuviera en esos instantes con Richard, sabía que él no le contestaría.

¿Quién le iba a decir a él que la hija del hombre que más odiaba en el mundo iba a meterse bajo su piel? ¿Cómo la joven había podido hacerle cambiar de opinión? Se preguntaba Richard de camino al puerto.

No había podido dirigirle la palabra, ni siquiera había podido mirarla.

¡Debo de estar volviéndome loco! No dejaba de pensar.

Durante años, su única motivación en la vida era hacer sufrir al conde, pero ahora, no estaba seguro de nada. Se sentía confuso y todo gracias a la bella dama que iba sentada enfrente de él en el carruaje.

Llevándola él mismo a Inglaterra se exponía a un gran riesgo, ya que era un hombre no grato en tierras inglesas. Además, sus hombres ya debían haberle hecho saber al conde que había sido él quién había secuestrado a Carina, por lo que, si las autoridades le encontraban, lo colgarían de inmediato y harían las preguntas después.

Era un suicidio volver ahora, llevarla él solo... Debería esperar por su barco y devolverla a Londres de otra manera. Con la ayuda de su tripulación, podría llevarla de nuevo a su casa sin correr tanto riesgo. Y, de todos modos: ahí estaba, sin dar media vuelta y de camino al puerto para llevarla en el primer barco que zarpase a Inglaterra.

Contra toda razón, quería devolverla cuanto antes a su casa, alejarse de ella. Una parte de Richard lo hacía para no sentir remordimientos, para que Carina no pensara mal de él. Quería enmendarse ante sus ojos. Y sin importar cuán idiota se creía y cuán arriesgado era, lo estaba haciendo.

No había marcha atrás.

—¿Cómo volveremos a Londres?

—Me preguntaba cuánto tiempo aguantaría sin hablar. Ha permanecido en silencio más tiempo del que imaginé.

La vio cruzarse de brazos y apretar los labios. La admiró por no decir en voz alta la mordaz réplica, que estaba seguro, pensaba en esos instantes.

—¿Va a meterme en el primer barco que zarpe para librarse de mí?

—La acompañaré hasta Londres, me aseguraré de que llegue a su casa sana y salva. Esta vez se lo estoy prometiendo.

Si el espacio no fuera tan pequeño y en esos momentos el carruaje no se moviera tanto, hubiera jurado que la joven había dado un pequeño salto por la sorpresa.

—¿Y la recompensa? ¿Acaso ha cambiado su plan? ¿Cómo planea lastimar a mi padre si me devuelve antes de tiempo?

—No tiene a su suerte, he cambiado de opinión y la devuelvo con el conde. Mantenga la boca cerrada de aquí en adelante, no vaya a ser que cambie de planes. Le buscaré un camarote para usted, pero si no es posible, me buscaré un sitio donde dormir con la tripulación. Diré que es usted mi viuda hermana, le daré un velo que llevará en todo momento. Así evitaremos que alguien la reconozca. No creo que nos encontremos con algún miembro de la alta sociedad, pero más vale prevenir. ¿Ha entendido bien?

—Más claro que el agua.

—Bien.

Miró por la ventanilla del carruaje y para su alivio, ella no volvió a hablar. Cuanto menos tuviera que mirarla, interactuar con ella, mejor para su paz mental.

Carina miró el pequeño camarote. Habían tenido suerte de encontrar un sitio

disponible.

Richard había pagado una gran suma al capitán para que aceptara llevarlos. Lo que no tenía lógica para ella, ¿por qué iba a pagar tan exorbitante suma para que los llevaran en tan mediocre barco? Y un barco muy sucio, concluyó Carina, a la vez que arrugaba la nariz mirando la no muy limpia y maloliente estancia.

El pirata dejó su baúl en una esquina.

—Preguntaré a la tripulación si no les importa que duerma en una hamaca con ellos. Si les pago, seguro que no tendrán queja, pero tendré que dejar mis pertenencias aquí.

—No hay problema, y siento que tengas que dormir en tan incómodo lugar.

—He dormido en sitios peores, y si no os hubiera secuestrado, no tendría que pasar por ninguna incomodidad. Sois la última persona que debería disculparse.

Cierto, ¿por qué se compadecía tanto del capitán? ¿Cómo era posible que sintiera esa conexión, esa atracción por él? Carina se encogió cuando la puerta se cerró con estruendo a sus espaldas. Parecía que estaba de un humor de perros, pero extrañamente, ella pensaba que no se veía enfadado con ella, si no consigo mismo.

Su mirada cayó sobre el baúl. ¿Podría...? Miró la puerta cerrada. Quería mirar en sus pertenencias, por si encontraba alguna información. ¿Podría invadir así su intimidad? Bueno, como él mismo le había recordado, la había secuestrado, no tenía por qué sentirse mal por aquella pequeña indiscreción, él le había causado más daño. Se acercó corriendo al baúl, por temor a que el capitán entrara en cualquier momento, y fue sacando las prendas de una en una, en orden, para acordarse de volverlas a meter exactamente del mismo modo. No sabía si él notaría la diferencia, pero por si acaso, no quería que sospechara que había fisgoneado entre sus cosas.

Se sintió decepcionada cuando solo encontró ropa y una cartera con dinero dentro.

Bufó desilusionada, aunque hubiera sido extraño que guardase algo importante aquí, se dijo, pero tenía que intentarlo de todas maneras. Cuando guardaba de nuevo la ropa, notó un bulto en la levita. Se levantó con la prenda en la mano, y la estiró, mirando en todos los bolsillos, hasta que encontró un pequeño cuaderno. Al abrirlo, en la primera hoja pudo leer:

Diario de Abigail.

No leer.

¿Quién era Abigail? Sintiendo culpable y con las manos calientes como si el libro estuviera en llamas, se sentó en la cama y pasó las páginas del diario, dispuesta a leerlo. Se recordó que lo hacía por su padre y no le debía ninguna lealtad al capitán pirata que la había raptado.

18 de abril de 1759

Querido diario,

Hoy he cumplido dieciocho años. Yo quería ser maestra, pero mamá dice que la tienda no pasa por un buen momento, por lo que, en vez de gastar dinero en el sueldo de una dependienta, me han obligado a mí a trabajar.

¡Odio este sitio!

5 de marzo de 1759

En verdad nunca pasa nada.

Trabajar en la tienda es tan tedioso... Cada día es igual, por lo que no necesito escribir cada día en el diario. ¿Puede ser mi vida más aburrida?

1 de mayo de 1759

¡Hoy he conocido al más galante y guapo de los caballeros!

No ha dejado de sonreírme en todo momento, y yo no pude evitar sonreírle de vuelta. Menos mal que estaba sola en la tienda. Una hora antes de cerrar, mamá y papá, siempre me dejan sola por las tardes, ya que es cuando hay menos gente y ellos van a comprar la mercancía.

¡Qué afortunada soy de que mi apuesto caballero eligiera ese momento para entrar!

Hablamos durante más de veinte minutos. ¡Es tan encantador! Pero no creo que lo vuelva a ver...

3 de mayo de 1759

¡Ha vuelto!

¡Y me ha traído flores! ¡A mí!

¡Esta vez hablamos durante horas! Al despedirse, me besó la mano.

¡Pensé que iba a desmayarme! Me pidió que nos viéramos en el parque el domingo, ¿podré arriesgarme?

No soy tan tonta. Sé que es un hombre de posibles, muy por encima de mí, un caballero como él no se casa con mujeres como yo, pero aun sabiéndolo... quiero volver a verle.

Él me trata con respeto y escucha mis opiniones ¡Nunca nadie me había escuchado como él!

11 de mayo de 1759

Me arriesgué y acudí a la cita, y no me arrepiento.

Creo que estoy enamorada. Dice que quiere cortejarme, ¡a mí! ¡Que no le importa lo que la sociedad diga de él! No me lo ha dicho, pero sospecho que es un par del reino. De todas maneras, accedí a verlo cada domingo, a la misma hora, en el mismo lugar.

5 de junio de 1759

¡Él me ama!

Y yo lo amo locamente, ¿cómo no hacerlo? Cada vez que me besa siento un hormigueo en el estómago, una extraña sensación... ¡cómo si pudiera volar!

20 de junio de 1759

¡Me ha pedido que nos casemos!

Yo he dicho que sí, pero sé que mis padres no lo aceptarán y menos los suyos. Nuestra única solución es fugarnos a Escocia.

Huiremos la semana próxima. No puedo esperar a ser su esposa.

2 de julio de 1759

En nuestro camino a la frontera, su hermano apareció. Nos estaba buscando. Su padre se está muriendo y requieren la presencia de mi amado en la casa. Podía haber insistido, pedirle que siguiéramos nuestro camino, pero... ¿cómo podía hacerle eso?

Volvimos a Londres de inmediato y desde que hemos vuelto con nuestras familias, no lo he vuelto a ver. No he sabido nada de él, ¿por qué no me

*envía una carta? Él no sería capaz de abandonarme, sé que no. Pero hoy mi madre me ha contado lo que le pasó a una de nuestras vecinas: su hija se fugó con un hombre para casarse, pero a la mañana siguiente volvió a casa mancillada y soltera, ahora es una marginada, la gente en la calle la señala. Estoy segura de que él no me mintió solo para compartir el lecho conmigo. Él me ama.
Su padre se estaba muriendo, tenía que volver y sé que volverá junto a mí y nos casaremos.*

15 de agosto de 1759

*¿Dónde está?
No he sabido nada de él.
Mamá sospecha que me pasa algo. No deja de preguntar por qué estoy tan triste. ¿Por cuánto tiempo lo podré ocultar?*

3 de septiembre de 1759

*No puedo seguir esperando.
Tengo que descubrir su dirección, y ponerme en contacto con él. Sé su nombre y el de su hermano, haciendo preguntas a los clientes, podré descubrir dónde vive.*

11 de septiembre de 1759

*¡He descubierto que es un noble!
¿Por qué nunca me lo dijo? ¿Qué más cosas me ocultó?
Esta tarde acudiré a su casa, necesito verlo.*

12 de septiembre de 1759

*¡Me han echado de la casa como si fuera una ladrona!
¡No me han dejado verlo!*

14 de septiembre de 1759

Su madre ha venido a la tienda. Me ha humillado delante de mis padres y de

los clientes. ¡Me ha dicho que deje de acosar a su hijo o llamará a las autoridades!

¡¿Cómo se atreve?! ¿Y dónde está él? ¿Por qué no viene? Su madre me ha dicho que su marido nunca estuvo a punto de morir. ¿Por qué me mintieron?, ¿o fue él quien me mintió? ¿Lo planeó con su hermano para poder dejarme?

20 de septiembre de 1759

Mamá lo sospecha y yo no me atrevo ni a admitirlo ante mí misma, ¿qué voy a hacer? Creo... creo que estoy embarazada.

Mamá apenas me mira y papá... papá quiere echarme de casa. Dice que ya no soy su hija. ¡¿Dónde estás?!

Me envían con una prima lejana de mamá. Dicen que cuando nazca el niño podré dejarlo allí y volver a trabajar en la tienda. Pero yo no quiero. El bebé es mío, mío y ... suyo. Y sé que él volverá a por mí.

1 de octubre de 1759

El barco es un horrible lugar, pero sé que en América podré empezar de nuevo y vivir con mi bebé.

No puedo creer que él no haya vuelto.

Él no me amó. Jamás lo hizo.

Me utilizó.

8 de diciembre de 1759

Ya está, soy una mujer casada.

Soy la señora Jones. ¿Por qué no soy feliz?

Mi marido ha estado dispuesto a fingir que es el padre del niño. No le quiero, pero no es un mal hombre y tiene un negocio respetable. Cuidará de mí, eso espero. Todo lo hago por mi niño, no quiero que la gente lo señale y le llame bastardo. Aunque desde que embarqué dije que era viuda, sé que la gente no me creyó, el señor Jones sospecha que no es verdad, pero nunca me lo ha echado en cara.

2 de abril de 1760

No puedo ser más feliz que sosteniendo a mi niño en brazos. Es un niño

precioso.

Mi esposo no parece muy emocionado, no puedo culparlo, sabe que no es suyo, últimamente bebe mucho y grita demasiado. Ha cambiado desde que nos casamos.

Espero que, en el futuro, pueda darle un niño suyo y pueda ser más feliz.

5 de mayo de 1770

Mi pequeña Hope nació ayer.

¿Por qué su padre no puede estar contento?

No puedo fingir que lo amo, y él me odia por eso. Aun sabiendo que al casarme con él nos hemos hecho desgraciados por el resto de nuestra vida, no me arrepiento, mi hijo tiene un apellido y ahora tengo a Hope.

18 de noviembre de 1775

Tengo que dejarlo, no puedo quedarme de brazos cruzados mientras golpea a mi niño, pero ¿cómo puedo hacerlo?, ¿cómo puedo proteger a mis niños?

¿Y si en el futuro golpea también a Hope?

¡Oh! ¿por qué me dejaste!? ¿Cómo pudiste? Amarías a nuestro Richard tanto como yo...

No había nada más. Se apreciaba que las siguientes páginas fueron arrancadas.

Carina, pasó una a una las páginas del diario por si había algo más escrito, pero no lo había.

Lo cerró y lo apretó contra su pecho. No había duda, acababa de leer el diario de la madre del capitán.

Alterada, se levantó presurosa y metió el diario en el bolsillo de la levita que volvió a guardar de nuevo en el baúl. Lo cerró de golpe con manos temblorosas. ¿Qué había sido de Abigail? ¿Qué había hecho el señor Jones, el padrastro de Richard? Debía haber pasado algo horrible para que el capitán recorriese océanos, lleno de odio con la sola idea de vengarse. Pero... ¿qué tenía que ver el conde con todo eso?

Se tumbó en la cama, con la ropa puesta y cerró los ojos. No sabría nada más con seguridad hasta que hablase con alguno de los implicados, y sospechaba

que Richard no le diría nada y ella por su parte jamás se atrevería a decirle que leyó el diario de su madre. La odiaría por ello y aunque no debería, no quería ofender al capitán, todo lo contrario, una parte de Carina quería ayudarlo, consolarle y hacerle feliz.

—¡Oh, mi Dios, de verdad que debería ir directa a Bedlam! ¿Cómo puedo empatizar con él?

Capítulo 7

Fue perfecto para Richard que llegaran al puerto de Londres cuando había empezado a oscurecer, pero, aun así, decidió que sería mejor esperar a que fuera completamente de noche. No podía transitar las calles londinenses, sobre todo las más respetables, sin arriesgar más aún su cuello. En América fingían no verle, porque ponía dinero en los bolsillos adecuados, pero en Inglaterra, si lo atrapaban, ni con toda su fortuna podría librarse de la soga. Pidió a dos grumetes de confianza que llevaran sus pertenencias a la taberna *Fox and Hounds*, donde sabía que su presencia pasaría desapercibida.

—Me parece como si llevara una eternidad fuera de casa.

Richard casi se sobresaltó cuando oyó su voz. No sabía si era porque hacía tiempo que no la veía, ni hablaba con ella, o porque estaba demasiado ensimismado en sus pensamientos. Lo que era muy peligroso, ahora más que nunca, solo, como estaba, debía estar alerta.

—Después de las diez, cuando las calles estén desiertas, la llevaré a su casa.

—Y fingiré que estos días no han existido, que no le he conocido.

—Será lo mejor.

—Pero usted y el conde necesitan arreglar...

—No —la interrumpió—. Déjelo estar.

—¿Cómo puedo quedarme de brazos cruzados mientras...?

—He dicho que lo deje estar.

Después de tantos años de odio, en busca de venganza, de repente ya no estaba tan seguro de que sentiría satisfacción haciéndole daño al conde.

Puede que, todo lo que había hecho hasta ahora para encontrar su felicidad, hubiese sido en vano.

Hacer daño al conde no iba a traerle a su madre de vuelta. No iba a borrar todo el dolor de su pasado. Le sorprendía que ella no dijera nada y se giró hacia la dama que tenía la mirada perdida entre la multitud del puerto.

—Aunque le pida que me cuente sus motivos para odiar a mi padrastro, no me lo dirá, ¿verdad?

—No. No puedo, es mejor así.

—No para de decir que es para mejor, pero yo no lo creo. De todos modos, no insistiré.

Después de pasar unas horas en la taberna, Richard volvió junto a ella; había salido hacía unos minutos para buscar un carruaje, por supuesto, nadie se había acercado en su presencia. No sabía si los hombres presentes conocían la reputación del capitán, pero se mantenían al margen y evitaban mirarlo. En el interior se había quitado el velo, le había costado respirar con él puesto, en el cargado ambiente y cuando salió, se olvidó de volver a cubrirse el rostro. Enfrente de la taberna, antes de subir al carruaje, en una esquina del edificio del otro lado, vio una cara familiar. El joven William, trabajaba para una banda local de carteristas; Carina había intentado convencerlo para que se quedara en el orfanato, pero él insistía en que su vida estaba en la calle y que ya era muy mayor para redimirse, aunque solo tuviera doce años, de todos modos, llevaba al orfanato que ella regentaba, los niños que encontraba huérfanos en la calle, en vez de reclutarlos en su banda. Abrió la boca para hablar, pero el niño se llevó el dedo índice a los labios y en un segundo, había desaparecido, dejándola insegura; no sabía muy bien si había visto en verdad al niño o se lo había imaginado.

—¿Todo bien? —preguntó el capitán mirando alrededor con el ceño fruncido.

—Sí, no es nada, me pareció ver a alguien conocido —contestó a la vez que aceptaba su mano y subía al vehículo.

—¿En esta zona?

—Porque sea rica y de buena familia, no significa que ignore a los que son más desafortunados, soy consciente de la suerte que tuve y me gusta ayudar a los que no tuvieron tanta como yo, es lo justo.

—Ah, entonces es verdad que es usted *La protectora del East End*.

—Hago lo que puedo —dijo, encogiéndose de hombros.

Le incomodaba hablar de ello, la gente pensaba que era una buena cristiana, pero no sabían que detrás de sus buenas acciones se escondía gratitud, gratitud a la buena fortuna que les puso al conde en su camino; cuando su padre falleció, había dejado a su madre y a ella en una muy mala situación financiera, estaban a punto de tener que vivir en la calle, sin dinero, sin propiedades, ni una sola pertenencia a su nombre y ningún familiar dispuesto a ayudarlas.

Repartir sus riquezas con las personas que no habían tenido tanta suerte como ella, la hacía sentirse mejor, le hacía olvidar el rostro de su madre, después de que el heredero de su padre les dijera que tenían una semana para abandonar la casa, una noche sin poder contener las lágrimas, le dijo: «no sé qué hacer». Aquella simple frase y la mirada de desesperación de su progenitora, le hizo

prometerse que haría todo lo posible para evitar que otra persona inocente estuviera en esa misma situación, debería haber esperanza, para todos. Lo que le devolvía al presente.

Miró al capitán con el corazón encogido, su madre también había pasado por eso. El hombre que amó la dejó embarazada y desapareció. Su familia le dio la espalda, el hombre con el que se casó no la trató bien. Su hijo debía haber sufrido por ella. Lo que le había convertido en el hombre que es ahora. ¿Pero cómo podía preguntar por su madre sin delatarse? ¿Sin que supiera que había leído el diario? ¿Y qué relación tenía el conde con todo eso? Y aunque preguntase, ¿le contestaría? ¿Le confesaría a ella, la hijastra de su enemigo, sus mayores oscuros secretos? Carina suspiró, derrotada, se encontraba en un callejón sin salida, por más que quisiera ayudarlo a él y al conde, no sabía cómo.

—Tranquila, estamos llegando, pronto estará en su casa y en unos días habrá dejado todo esto atrás.

—¿Tú te olvidarás de mí? —No pudo evitar tutearlo, como no pudo callarse la pregunta.

—Jamás. —Richard se inclinó hacia delante y muy ligeramente rozó sus dedos en su mejilla, fue ligero y breve, pero a ella el contacto la dejó marcada, hasta lo más profundo de su alma—. Tus dulces y puros ojos me perseguirán cada día. —Le bajó el velo para cubrirle de nuevo el rostro—. Será mejor que te mantengas oculta hasta que estés dentro y segura en tu hogar.

Se recostó de nuevo en su asiento con los brazos cruzados. Carina podía sentir la tensión que emanaba de él, pero no sabía qué decir, por lo que se quedó callada hasta que el carruaje se detuvo, delante de la residencia del conde Kildare.

—¿Podrás bajar sin ayuda?

—Sí, el carruaje no es tan alto. —No se movió, no podía hacerlo, sabía que en cuanto tocara la portezuela y saliera, no volvería a ver a su capitán—. Richard...

—No, por favor, no digáis nada —dijo con voz estrangulada.

Carina asintió con la cabeza y mordiéndose los labios y aguantando las lágrimas, salió del carruaje. Llegó a la puerta y con manos temblorosas agarró el picaporte, y esta se abrió, estaba tan alterada, que no se detuvo a pensar en el extraño hecho de que la puerta de la mansión estuviera abierta y que hubiera velas encendidas a esa hora.

Se apoyó en la pared de la entrada, sin fuerzas para seguir caminando y se levantó el velo. Con las manos, se limpió las lágrimas de las mejillas. Se sentía extraña, confusa, tan triste como si hubiera perdido a su mejor amigo. No le encontraba sentido, apenas conocía al capitán y él la había secuestrado, la había mantenido como su prisionera. Pero de alguna manera, ella sabía que lo extrañaría, no sabía por qué, pero había algo familiar en él que le hacía sentir como en casa.

—¡Carina! —dijo una voz conocida a sus espaldas.

La joven se dio la vuelta, sorprendida, y se encontró con su prometido en el marco de la puerta principal. Al momento, corrió hacia ella y la recogió en sus brazos.

—¡Oh, gracias a Dios! ¿Estás bien? —La alejó de sus brazos para poder observarla—. Ese malnacido, ¿no te habrá tocado?

—Estoy bien Lucas, no he estado en peligro en ningún momento en su compañía. —Mentirosa, la llamó una voz en su interior, su corazón había estado en grave peligro.

—Ese pirata pagará caro sus delitos.

—Te he dicho que no me ha hecho nada, no hay nada que enmendar. Estoy segura de que, a partir de ahora, no nos hará ningún daño.

—Claro que ahora no hay nada que temer de él, ya que ha sido apresado y pronto será colgado.

Carina se sintió helada de la cabeza a los pies.

—¿Cómo dices? —preguntó con miedo y confusa.

—Tuvimos ayuda y supimos que estabais en Londres, mis hombres y yo estábamos preparados. Verás, cuando desapareciste, estábamos desesperados, buscamos por todas partes por ti, por supuesto, a la sociedad les dijimos que estabas enferma, pero preguntamos en tu orfanato; esos pilluelos nos prometieron su ayuda, dijeron que mantendrían un ojo abierto y lo hicieron. Uno de ellos te vio desembarcar en el puerto y nos avisaron. Os vigilaron por nosotros, estábamos preparándonos para hacerle cara, por lo que, no sabíamos qué hacía llevándote aquí, íbamos a asaltar el carruaje, pero nos sorprendimos cuando te vimos salir y entrar en la casa, supusimos que él se había quedado en el carruaje y no nos equivocábamos. Ahora mismo lo llevan preso a New Gate.

—¡Oh, Dios mío! —No pudo evitar gritar.

—Ahora estás a salvo, Carina. —Intentó volver a abrazarla, pero ella lo empujó.

—¡No lo entiendes! —exclamó nerviosa, presa del pánico—. ¿Dónde está papá?

El conde sabría qué hacer, cómo ayudarla, una vez le hubiera explicado lo que había pasado. Carina se giró, dispuesta a subir corriendo a su dormitorio, pero se detuvo cuando escuchó a Lucas.

—Está en su despacho, no ha salido de ahí desde que te secuestraron, estaba muerto de preocupación.

Veloz, llegó allí de inmediato y entró como un vendaval en la masculina habitación. Se detuvo de golpe cuando vio al conde, de pie, delante de la chimenea, parecía que había envejecido diez años desde la última vez que lo vio.

—¡Padre! —gritó, a la vez que corría a sus brazos abiertos.

—Mi niña, mi querida niña —decía el noble mientras la abrazaba fuertemente con los ojos llorosos.

Carina se consoló por un momento en los reconfortantes brazos de su padrastro, pero pronto recordó a Richard.

—Papá, tienes que liberarlo, tienes que salvarlo.

—¿Qué? ¿A quién? —preguntó confuso mirando a su sobrino.

—Creo que se refiere al delincuente del pirata —contestó Lucas.

—¿Por qué iba a ayudarlo? Puede pudrirse en la cárcel por lo que a mí respecta.

—No, no lo entiendes, él... —Carina se alejó un paso y se interrumpió cuando su mirada cayó sobre el retrato del conde que estaba sobre la chimenea. No debía de tener más de veinte años cuando lo pintaron. Cuando observó los ojos oscuros, se llevó la mano a la boca, sorprendida, no podía ser, ¿o sí?—. ¿El nombre Abigail te dice algo? —le preguntó y miró de nuevo a su padre, a esos ojos que tanto amaba y que había visto en otra persona no hacía mucho.

El conde parecía paralizado, dolido, mudo, con los ojos y boca abierta del asombro, como si hubiera visto un fantasma y entonces, ella lo entendió todo.

—Tienes que ayudarlo, porque es tu hijo.

Capítulo 8

Richard reprimió un gemido cuando se llevó la mano a la cabeza. No podía ver nada en la oscura celda, pero la humedad que sintió en los dedos, pudo intuir que debía estar sangrando; afortunadamente, parecía que la herida no era muy grave. Pero no se atrevió a levantarse del frío y sucio suelo, no fuera a ser que volviera a desmayarse, no hacía mucho que había estado inconsciente, no recordaba cómo había llegado del carruaje a la prisión.

Los hombres que asaltaron su carruaje debieron de llevarlo allí, no sabía si habían sido las autoridades que lo habían descubierto, o los hombres del conde. De todos modos, lo habían capturado y sabía que no podría librarse de ello.

No había tenido tiempo para reaccionar, cuando al poco tiempo de que Carina abandonara el carruaje, alguien había abierto la puerta y lo había apuntado con un arma, otra persona, abrió la puerta del otro lado y lo golpeó con un objeto contundente en la cabeza, sumiéndolo en la oscuridad.

No se arrepentía de haber devuelto a la dama con su familia, pero quizás podría haber sido más precavido. Por lo menos, tenía todos sus asuntos en orden, su hermana lo heredaría todo. Pensar en Hope lo hizo entristecer, su hermana nunca lo perdonaría. Oyó pasos, el ruido metálico de unas llaves y la puerta se abrió con un chirrido.

—Al parecer eres un hombre afortunado, has sido liberado.

No entendía nada, no sabía si estaba soñando o teniendo una alucinación y el golpe que había sufrido en la cabeza había sido más grave de lo que había pensado.

—¿Por qué me han liberado?

—Yo no soy el alguacil. Solo soy un mandado, si por mí fuera, te pudrirías aquí, maldito americano —dijo el carcelero a la vez que escupía en el suelo y se apartaba de la puerta—. Andando, su señoría quiere hablar contigo.

Sin entender nada, Richard se levantó despacio y siguió al desagradable hombre por el pasillo estrecho y pestilente, intentando hacer oídos sordos a los gemidos y ruegos de los demás prisioneros cuando pasaban por delante de sus celdas. El funcionario golpeaba los barrotes con su porra e insultaba a los desafortunados a medida que avanzaban. Richard tuvo que contenerse para no abalanzarse contra él. Abrió una puerta grande de madera y cuando entró,

tuvo que cerrar los ojos; la luz de las velas lo cegó en un principio, se adelantó en la estancia y cuando volvió a abrir los ojos, vio un hombre delante de él; sin haberlo visto nunca, supo de inmediato quién era.

—Oh, ya entiendo, queréis tener el placer de matarme vos mismo.

El conde se acercó a él, con evidente asombro.

—¿Es verdad que eres el hijo de Abigail?

—¿Sabes quién soy? —Richard no sabía si estaba más enfadado que desconcertado, se moría de ganas de abalanzarse sobre el noble que tanto daño había causado a su familia.

—Carina cree... —Sacudió la cabeza, apretó la mandíbula, su respiración se aceleró y se llevó la mano al pecho—. ¿Eres de verdad el hijo de Abigail? ¿Cuándo naciste?

—Sí, Abigail fue mi madre, y nací en abril de 1760, en caso de que lo preguntéis para hacer cuentas, déjeme ahorrarle el tiempo, soy su hijo bastardo.

En ese momento, el conde gimió y se desmayó; como auto reflejo, sin pensarlo siquiera, Richard se adelantó y lo cogió antes de que se cayera al suelo. Pidió ayuda, sorprendiéndose de lo asustado que se encontró, había odiado a ese hombre desde que supo que era su verdadero padre, pero no quería que se muriera, no ahora, todavía no.

No había podido dejar de caminar de un extremo a otro del despacho del conde. Se moría de preocupación. No sabía si su padrastro habría podido liberar al capitán o, de lo contrario, lo irían a ejecutar. Tuvo un ataque de ansiedad y le costó respirar. Se dijo que si sufría, era por su padre, no era justo que perdiera a su hijo ahora que lo había encontrado. Sí, eso era todo, se convenció.

—¿Me vas a explicar de dónde sacaste esa idea de que ese ladrón es su hijo?

Lucas se había servido el licor del conde y se había sentado en la butaca delante de la chimenea, en vez de mirarla a ella, miraba el licor de la copa, casi intacto. Había desistido de pedirle a su prometida que se retirara a su cuarto para asearse y descansar.

—No me corresponde a mí contar su historia, además yo poco sé. Soy la primera que quiere saberlo, pero solo uno de ellos puede contarlo.

—Si el tío no hubiera reaccionado así y no hubiera salido corriendo en pos

del pirata, habría pensado que todo es obra de tu imaginación, todo esfuerzo tuyo es poco para salvar a los delincuentes que crees que necesitan salvación.

—El capitán Richard merece una segunda oportunidad.

—Puede que no, Carina, aunque resulte ser el hijo natural del conde, puede que no merezca nuestro perdón, no puedo entender cómo puede tener el tuyo después de lo que te hizo, el mío no lo tiene, aunque sea mi primo carnal.

Carina notó el resentimiento y dolor en su voz y se acercó a su querido amigo.

—En ningún momento corrí peligro.

—¡Carina, por el amor de Dios! ¡Ese malnacido te secuestró y te llevó a sabe Dios dónde! —La joven se sorprendió de oírlo gritar. Lucas siempre había sido un hombre calmado que jamás perdía su compostura, jamás le había oído levantar la voz y en esos momentos se le veía furioso—. Estaba muerto de preocupación por ti.

—Lo siento —dijo, a la vez que acariciaba su sedosa cabellera pelirroja. Y en verdad lo lamentaba, pensó, se arrepentía de casi olvidarse por completo de su prometido y haberse sentido tan atraída por su secuestrador, lo había traicionado.

—Oh amor, no eres tú quién tiene que disculparse.

Lucas se llevó la mano a sus labios y la besó. Carina se sintió aún más culpable al querer que fueran otros labios masculinos que besaran su piel. ¿Por qué no podía sentir el mismo hormigueo por el contacto de su prometido que por el del capitán?

De pronto oyeron ruidos y voces y fueron a la entrada corriendo. Carina reprimió un chillido cuando vio que cargaban al conde en una camilla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lucas acercándose a su tío.

—No lo sé —dijo Richard a la vez que entraba en la mansión—. Se desmayó en prisión, no está muerto, pero su pulso parece débil.

—¡Tú! —Lucas se acercó a él—. ¿Le has hecho algo?

—No.

—Lucas, ve en busca del médico —dijo Carina con voz serena, haciéndose cargo de la situación, se dirigió a los dos hombres que portaban la camilla—. Ustedes, por favor, síganme, llevaremos al conde a sus aposentos.

Richard esperaba en el pasillo, delante de los aposentos del conde; el médico había llegado hacía una media hora. Debería haberse marchado ya, reunirse con su tripulación y abandonar cuanto antes territorio inglés, estaba libre pero no sabía por cuánto tiempo. Y, aun así, allí estaba. Quieto como una estatua, como si sus pies estuvieran pegados al suelo, impidiéndole moverse. La puerta se abrió y el médico salió, seguido de la dama.

Quiso preguntar por el estado del conde, pero se contuvo, de todos modos, no tuvo tiempo de decir nada, el matasanos lo miró y observó su herida con el ceño fruncido.

—Eso tiene mala pinta, muchacho, seguramente necesite puntos.

—No hace falta...

—Por favor doctor, nuestra ama de llaves los llevará a la habitación de nuestro invitado donde podrá atenderle.

Como por arte de magia, una señora mayor y menuda, con cofia, apareció en el pasillo.

Richard iba a negarse, pero le bastó una sola mirada a sus hermosos ojos verdes para no poder negarse; impotente, los siguió por el pasillo.

Parecía que permanecería en Inglaterra de momento y extrañamente como el invitado en casa de lord Kildare. Aquello no tenía ni pies ni cabeza se dijo, pero, de todos modos, obedeció. No se lo había dicho con palabras, pero estaba claro que Carina no quería que se fuera, todavía no y él, si era sincero consigo mismo, tampoco.

Capítulo 9

Carina había tomado un baño, cenó y se acostó en la cama, pero después de una hora, seguía dando vueltas en su lecho. Se levantó y se puso la bata, ya que no podía dormir, decidió que podía hacer compañía a su padastro. Estaría durmiendo, gracias a la medicación que le dio el doctor, ya que este dijo que necesitaba reposo absoluto, pero sabía que se sentiría en calma estando en su misma estancia, él siempre le había hecho compañía cuando de pequeña estuvo enferma.

Había querido quedarse en un principio, pero Lucas insistió en quedarse con él. Antes de salir de su alcoba, cogió un candelabro y encendió las velas.

Cuando llegó a la habitación del conde, esta estaba a oscuras, se acercó a la mesilla y encendió las velas. Vio a Lucas dormitando en el sofá a la derecha del convaleciente. Pero debió de notar la luz por que se estiró y parpadeó.

—¿Qué haces aquí Carina?

—No podía dormir.

Lucas se levantó y se puso la levita que había dejado en la butaca.

—Tu reputación estaría arruinada si alguien se entera. Mañana mismo le pediré a una de mis tías que venga a vivir aquí, hasta que el conde se recupere.

—Ahora mismo mi reputación es lo último en lo que pienso.

—Deberías, recuerda lo que dijo el médico, que lord Kildare no debía sufrir ningún sobresalto, ¿cómo crees que reaccionaría si quedas arruinada?

—A papá nunca le importó demasiado lo que la sociedad piense de nosotros.

—Pero vio el ceño fruncido de su amigo, se encogió de hombros y se sentó en la cama—. Está bien, pero pídeselo a lady Kersfield. De tus tres tías, es a la única que soporto.

—Está bien, y ya que estás aquí, me iré a casa a cambiarme y descansar un poco, volveré por la mañana. Esta noche ya hemos arriesgado demasiado tu reputación, por lo menos ese pirata ya no está aquí.

—Lucas. —Carina se interrumpió dudando, sabía que lo que iba a decir lo disgustaría—. Lo he invitado a quedarse.

—¿Estás loca? —susurró furioso.

—Sabía que papá no querría que se fuera, no hasta que hablara con él.

—Estás muy equivocada si crees que lo que necesita mi tío es volver a ver a

ese criminal.

—Como siempre, mi niña está en lo cierto, quiero verle —dijo con voz débil el conde.

Los dos se volvieron a él, sorprendidos.

—No sabía que estuvieras despierto —dijo Lucas.

—Llevo un rato consciente y estaba reuniendo fuerzas para hablar.

—¿Necesitas algo? —preguntó su hijastra.

—Un poco de agua.

Lucas estaba más cerca de la jarra, se acercó y sirvió agua en un vaso, mientras Carina lo ayudaba a incorporarse y le ofrecía almohadas para poner detrás de su espalda.

—Quiero verle —repitió el conde después de beber.

—No creo que sea una buena idea, no ahora, la última vez que lo viste...

—¿Qué es lo que me pasó? ¿Qué dijo el médico?

—No lo sabe bien, cree que puede ser tu corazón, pero...

—Esos matasanos poco saben —dijo el conde suspirando—. Por lo menos no me hicieron una sangría.

—El doctor Whitlock cree que tu corazón puede volver a fallar, por lo que aconsejó reposo y una vida muy tranquila de aquí en adelante.

—Fue solo la impresión, ahora puedo tenerlo cara a cara, es solo que se parece tanto a mí cuando era joven...

—Lo sé —Carina cogió su mano y se la apretó—. Entiendo que quieras hablar con él cuanto antes, que quieras escuchar su historia. —Se giró hacia su prometido—. Por favor, Lucas, ¿podrías ir a buscarlo? Está en el ala oeste.

—Podría intentar haceros entender lo mala idea que es, pero sé que sería una pérdida de tiempo. —Se giró y salió de la habitación.

Richard miraba por la ventana de su habitación. Pocas veces había estado en Londres y nunca había salido de su barco. Estar ahí, en esa mansión de Mayfair, le producía escalofríos. Le hacía pensar en el pasado, en qué habría pasado si las cosas hubieran sido diferentes. Sobre todo, pensaba en su madre, en lo que pensaría de su hijo, hospedado en la casa del hombre que los olvidó.

La llamada en la puerta lo sobresaltó. Fue hacia ella y se sorprendió al ver al

sobrino del conde.

—Contra toda razón, mi tío quiere verte, ahora —dijo, a la vez que se giraba de nuevo, como si no le importara que él le siguiera o no.

—¿Es eso una orden? —preguntó Richard, molesto.

—Tómalo como quieras, por mí sería estupendo que te negaras. Cuanto menos tenga que veros, mejor.

Disgustado con el arrogante prometido de Carina, Richard lo siguió hasta la habitación del conde. Una vez allí, le sorprendió verla a ella. Parecía un ángel con su camisón blanco y su cabello largo recogido en una trenza. No le ayudó a sentirse menos tenso cuando le sonrió, su pequeña sonrisa hizo más estragos con sus nervios.

—¿Quería verme? —Le pareció idiota la pregunta nada más hacerla, pero se sentía como un pequeño niño inseguro delante del conde. Se reprochó el haberse quedado, debería haberse ido de allí y haber dejado el pasado donde estaba, atrás, no había nada que ahora pudiera cambiar lo que había pasado.

—Me gustaría que me hablaras de Abigail, de tu madre, ¿te habló de mí?

—Nunca. Solo sé lo que ella escribió en su diario. Lo encontré después de que falleciera.

Brevemente les relató lo que su madre había escrito en su diario y cómo él, un muchacho de diez años lleno de rabia casi lo destruye con sus propias manos, había arrancado la última hoja donde su madre decía el nombre de su progenitor. Lord Kildare había cerrado los ojos y su rostro mostraba dolor, él pensó que debía ser por su dolencia.

—¿Cómo murió? —preguntó con voz temblorosa.

—Mi padrastro la tiró por las escaleras. Debía estar borracho y furioso, su estado habitual desde que puedo recordar. Llegué a casa justo en el momento en el que la empujó por las escaleras, mientras comprobaba si mi madre estaba bien, oí un disparo, el desgraciado se pegó un tiro en la cabeza. Madre se rompió el cuello en la caída.

Sintió un nudo apretado en el pecho e intentó ignorarlo.

Habían pasado ya quince años, pero aun así no era fácil para él rememorar aquel momento. Se arrepentía de no haber hecho algo con su padrastro, podría haberle hecho frente o podría haber convencido a su madre para huir, pero jamás tuvo las agallas suficientes. Al igual que nunca se atrevió a preguntarle a su madre quién era su verdadero padre. Nunca pudo decirlo, ya que prefirió hacerle pensar que no sabía nada.

Su padrastro siempre le había llamado bastardo cuando estaban solos; al

principio, no sabía el significado de la palabra, pero cuando lo supo, quedó devastado y se encontró incapaz de preguntárselo abiertamente a su madre.

En un primer momento, se había encontrado enfadado, traicionado, pero luego comprendió que si no lo se lo había dicho era porque tenía un motivo, porque quería protegerlo, por lo que fingió que no lo sabía. Su marido nunca había sido agresivo ni con ella ni con su hermana, solo con él, y la mayoría de las veces era más insultos y gritos, que golpes, pero su mal humor había empeorado, al igual que su dependencia de la bebida, a la vez que su comercio prosperaba menos cada día.

Cuando se encontró huérfano, lo único que le importó fue su hermana, sabía que los llevarían a un hospicio y lo más probable es que los separaran, por lo que decidió que lo mejor que podía hacer era reunir todos los artículos de valor, ir a la escuela a recogerla y desaparecer juntos. A base de determinación y trabajo duro había conseguido sacarlos adelante. Y el odio lo había alimentado en cada paso, odio por el hombre que había hecho sufrir a su madre, el hombre que se aprovechó de ella, que la arruinó, que la obligó a huir, intentando encontrar protección en un hombre equivocado.

Todo había sido por su culpa. Pero ahora que lo tenía delante, ese odio parecía haber menguado. El dolor que había sentido cuando vio su nombre en la página del diario de su madre, sí que estaba ahí.

—¿Me permites contarte mi versión de los hechos? —preguntó lord Kildare.

Casi se negó, no queriendo oír ni una palabra más de él, con miedo a que le mintiera, que lo engañara, que le causara más daño, pero se lo preguntó con tanta súplica en la voz que se encontró incapaz de negarse.

—Adelante.

—Había discutido con mis padres y decidí salir de casa. Caminé sin rumbo fijo y llegué por casualidad a la tienda de tus abuelos. Me detuve delante del escaparate, sin verla realmente, hasta que vi a la dependienta. La muchacha más angelical que había visto en vida, se la veía tan inocente, tan buena, tan diferente a todas las mujeres que había conocido hasta ese momento, que yo no pude resistir la tentación y entré; al momento me tuvo cautivado, su voz, su mirada, su bello rostro... Sabía que cometía una imprudencia, pero en cuanto salí, después de un rato de haber conversado con ella, me vi obligado a volver, no pude evitarlo, al igual que no pude hacer nada contra el hecho de que me estaba enamorando.

«Abigail era todo lo que yo quería en mi esposa, por lo que fui un iluso y le pedí que se casara conmigo, sin casi siquiera pensarlo mucho. Mi familia,

más bien mi madre, querían que me casara con la hija de un marqués, ya lo tenían todo prácticamente arreglado, yo era un joven imberbe de veinte años que pensó que podía conseguir todo lo que quería, pero me equivoqué. Cando huíamos a Escocia para casarnos, mi padre cayó gravemente enfermo; mi hermano, que era el único que estaba al corriente de mis planes, se vio obligado a ir a buscarme. Tuve que volver».

«Estuvo enfermo de gravedad durante una semana; envié una carta a tu madre, pero jamás me llegó una respuesta. Un día, iba a salir a buscarla, pero me di cuenta de que mi madre había pedido al servicio que me espicara, no podía salir a su encuentro sin que ella lo supiera y lo último que podía pasar era que estuviera al tanto de la situación».

«Mientras que esperaba lo peor, a que mi padre muriese, busqué una distracción y me puse a revisar la administración de sus propiedades y me sorprendí horriblemente al ver lo mal que lo había llevado mi padre hasta la fecha. Tenía que solucionarlo, era mi deber. Lo que me llevó a encargarme de la administración en persona y viajé a nuestras distintas propiedades».

«La situación era peor de lo que pensaba. Se lo conté a mi hermano, pero él era dos años menor que yo, poco sabía o podía hacer, pero creo que nuestra precaria situación financiera lo empujó a tomar una decisión. Se había enamorado de la dama que mi familia quería que fuera mi esposa. Su familia tenía dinero y ella y mi hermano se habían hecho cercanos, creo que mi hermano pensaba que me estaba ayudando y que a la vez podía ser feliz.

Sonrió tristemente y Lucas se alejó de los demás dirigiéndose a la venta, evidentemente muy tenso.

—Y debió de inspirarse en mí porque los dos se fugaron a Escocia; las dos familias de los novios se indignaron y me pidieron que los encontrara para impedir la unión. Yo les seguí, pero solo para asegurarme de que el enlace tuviera lugar, quería ver a mi hermano casado con la mujer que amaba, algo que yo estaba desesperado por hacer también y no voy a mentir, la dote de mi cuñada ayudaría enormemente a la familia. Cuando volvimos, hice todo lo posible por tranquilizar a nuestras familias que, aunque no estaban muy contentas y no era lo que tenían pensado. Después de un tiempo hicieron las paces y aceptaron el matrimonio.

«Cuando pensé que podía volver a ver a Abigail, mi padre falleció; me convertí en conde y asumí más responsabilidades. En una ocasión, escribí una carta y le pedí a un muchacho de la calle que lo entregara en la tienda. Pero, de nuevo, no me llegó ninguna respuesta. Fui a la tienda un día, ya sin

importarme que la condesa se enterara, pero tu madre no estaba allí; cuando pregunté por ella a tu abuela, me echó de la tienda y me dijo que solo había conseguido arruinar a su hija. Nos sabía dónde vivía, dónde podía encontrarla... pregunté a la gente del vecindario, pero no parecían estar muy dispuestos a hablar conmigo por lo que contraté a alguien. Pero la única información que consiguió recoger fue que Abigail parecía haber desaparecido, que había dejado Londres ya que nadie la había visto en una temporada. Volví a la tienda para encarar a tus abuelos y descubrir su paradero, pero habían cerrado la tienda. Y no conseguí saber dónde habían ido. Nunca supe nada más».

En esos momentos parecía que el conde estaba a punto de llorar.

Carina lo abrazó. Richard se sentía tan confuso, lleno de dolor, ira e impotencia, que no supo qué hacer. Pero sabía que permanecer allí no le ayudaría por lo que, sin decir una palabra, se giró y salió de la habitación.

Capítulo 10

Carina no se sorprendió cuando oyó la puerta cerrarse a sus espaldas, entendía que el capitán necesitara tiempo a solas, para procesar toda la información. No sabía si creería a su padrastro, pero, aun así, debía estar conmocionado por lo que había oído, había culpado todos estos años al conde, pensando que su padre había dado la espalda a su madre y a él, pero la verdad es que lord Kildare había amado a Abigail y nunca supo que estaba embarazada. Habían sido las circunstancias y terceras personas lo que los habían separado.

—Lo siento mucho, papá.

Le dolía en el alma por el hombre bueno y amable que se había convertido en su padre. No se merecía haber sido apartado de la mujer que amaba y de su hijo. Siempre había estado solo antes de conocerlas, se había casado con su madre solo para ayudarlas.

—Solo espero que me acepte y me pueda dar una segunda oportunidad.

—Lo hará, en cuanto haya tenido tiempo para aceptar que dices la verdad, estoy segura de que lo hará.

—Será mejor que nos vayamos y te dejemos descansar, ha sido una noche llena de sobresaltos y no podemos olvidar tu condición, tío, a menos que quieras que nos quedemos —dijo Lucas acercándose de nuevo, con preocupación por el conde.

—No, sobrino, tienes razón, necesito descansar y vosotros también.

Carina lo besó en la mejilla y ella y Lucas lo ayudaron a acostarse de nuevo en la cama.

—No deberías tener tantas esperanzas en el pirata, tanto tú como el tío podéis sufrir las consecuencias, no quiero que os haga más daño —dijo Lucas en cuanto abandonaron la habitación.

—No te preocupes por mí, y no me equivoco con respecto a Richard.

—Yo creo que mañana a primera hora descubriremos que se ha ido.

—No, no lo hará.

No podía hacerlo, pensó. Pero se asustó al darse cuenta de que no lo pensaba porque creía que él no lo haría, sino porque no quería, con desesperación, que él se marchara de su vida.

Richard se levantó de la cama sin haber dormido absolutamente nada. Se lavó la cara utilizando el agua de la jofaina de su habitación y se giró, sorprendiéndose cuando oyó a alguien entrar en la habitación. Vio al sirviente entrar con su ropa en la mano y miró a la butaca donde había dejado la ropa la noche anterior; evidentemente ya no estaba allí.

—Buenos días, señor Jones, me han asignado como su ayuda de cámara. Me tomé la libertad de coger su ropa y plancharla. Me hubiera gustado lavarla, pero como no tiene más prendas...

—Demasiada libertad, diría yo. No sé a lo que están acostumbrados los finos caballeros de la ciudad, pero yo no necesito un ayuda de cámara.

—Está bien, señor.

El sirviente dejó la ropa cuidadosamente encima de la cama.

—El desayuno está siendo servido en este momento. Puede bajar al comedor privado de la familia o puedo pedir que se lo traigan aquí.

—Bajaré a comerlo en el salón.

Cuando el ayudante de cámara estaba a punto de salir de la habitación, Richard se dio cuenta de que quedaría como un tonto recorriendo la casa en busca del comedor privado, no tenía ni idea de dónde estaba, y esa casa era enorme, con puertas por todas partes.

—¿Dónde queda ese salón, exactamente?

—Yo le esperaré fuera y le llevaré allí, señor Jones.

Richard se mordió la lengua para no maldecir en voz alta, seguramente había quedado como un tonto si el sirviente ya tenía pensado hacer eso, sería parte de su trabajo. Se sentía muy perdido en ese ambiente. No le gustaba nada sentirse tan ignorante. Se vistió y lo guiaron al comedor. En cuanto entró, el olor a beicon le hizo darse cuenta de lo hambriento que estaba. Se dirigió de inmediato al decantador, para servirse un abundante desayuno, pero una voz femenina lo detuvo de inmediato:

—Buenos días, señor Jones. Espero que encuentre de su gusto la habitación.

Se giró para ver a Carina que parecía tan fresca como una rosa, pero pudo apreciar las ojeras en sus ojos, al parecer no había sido el único que no había pegado ojo anoche.

—Sí, aprecio su amabilidad, bien sé que no la merezco y no debería ser bienvenido aquí.

—Tonterías, usted es de la fa... —Se detuvo de golpe y bebió de su té—. Usted es nuestro invitado especial.

—Sí, muy especial.

Se sirvió la comida y se sentó delante de ella. Nada más acomodarse, el caballero que en tan alta estima lo tenía, entró en la habitación y como él, se dirigió de inmediato al aparador, sin verlos o ignorando verlos.

—Buenos días, Lucas —lo saludó la dama con voz animada.

—De buenos, poco.

Carina sonrió abiertamente.

—No se lo tome como algo personal, señor Jones, Lucas suele tener un mal humor a primera hora de la mañana, el único momento en el que no es sociable.

—Yo pensé que era un malhumorado todo el día. —No pudo evitar decir Richard, sin duda, el caballero no se había mostrado en ningún momento amable con él, pero el capitán lo entendía; él en su lugar lo habría echado a patadas de la casa, aunque fueran familia.

Carina notó de inmediato la tensión en el ambiente. Sabía el porqué ambos, por distintas razones, estaban molestos, se prometió hablar con ellos, individualmente, seguramente debía hablar con Lucas primero, debía intentar a ayudar a su prometido antes.

—Ya os habéis levantado, muy bien, ya era hora —dijo una dama de mediana edad entrando en la sala.

Lucas se levantó de inmediato y Richard lo imitó. La dama se acercó a Lucas y este se inclinó ante la mano femenina.

—Buenos días, tía, no te esperábamos tan pronto.

—Tenía que venir cuanto antes, no podía dejar a la joven Abigail tan desprotegida ahora que el conde está convaleciente, es más, he llegado hace una hora. —La mujer miró de arriba abajo al americano—. Este debe ser el hijo natural de lord Kildare.

—Lady Kersfield —interrumpió Carina, un poco indignada por la manera a la que se había dirigido a él.

—Oh, lo siento querida, no debería haberlo dicho delante de ti, tenemos que proteger tus delicados oídos, el conde me lo ha dicho esta mañana. —Volvió a mirar detenidamente a Richard—. Y si no me lo hubiera dicho, habría imaginado algo, ¡santo Dios, es su viva imagen! Siempre pensé que mi hermana había tenido suerte cuando nuestros padres la prometieron con el conde —se interrumpió y miró a su sobrino—. Por supuesto, tu padre era muy apuesto también y tu madre tuvo mucha suerte de tenerlo como esposo.

—Más de lo que ella se merecía.

La cara de la dama se entristeció y Carina miró a Lucas conmovida, ese comentario era muy poco común de él. Nunca había oído toda la historia, su madre había muerto cuando él era un niño pequeño, sabía que había un escándalo de por medio, sobre todo porque su padre había muerto en un duelo, defendiendo el honor de su mujer. Sospechaba que no había sido una buena madre, pero Lucas jamás la mencionaba y cambiaba de tema cada vez que alguien la nombraba.

—Puede dirigirse a mí como señor Jones. El conde no debería haber dicho nada, no quiero que la gente lo sepa.

—Yo soy de la familia, muchacho, y mientras la salud del conde esté delicada, me ha pedido que lo supervise.

—¿Que lo supervise?

—¿Que me supervise?

Preguntaron Carina y Richard a la vez. Lady Kersfield, como si no hubiera oído las preguntas, se movió al aparador y se sirvió un ligero desayuno. Se sentó en la mesa con tranquilidad y los caballeros hicieron lo mismo.

—Veo que lord Kildare no os ha explicado cómo consiguió sacar del calabozo al señor Jones. Se reunió con el juez Simons, un amigo suyo, y lo convenció de que todo era un malentendido. Que el señor Jones, era de la familia, su pupilo, y que era todo un caballero. Por lo que tenemos que convertirlo en un caballero a los ojos de todo el mundo.

—Ya es un caballero. —No pudo evitar decir Carina, defendiéndolo y de inmediato notó la atenta mirada de los dos hombres, uno alarmado, otro gratamente sorprendido.

—Ya sabes a lo que me refiero querida, a sus modales, su forma de hablar, a su vestimenta... —Miró a Richard frunciendo el ceño—. No sé si podremos hacer algo con su terrible dicción, ese acento americano suyo es muy delatador, igual podemos suavizarlo, pero por Dios que tiene que conseguir un nuevo vestuario.

—No pienso convertirme en su marioneta. —Richard tiró la servilleta sobre el plato y se levantó, enfadado.

—¿Acaso quiere que lo arresten de nuevo y hacer del conde su cómplice?

La pregunta de lady Kersfield lo detuvo cuando estaba a punto de salir por la puerta.

—Por favor, señor Jones, con un poco de guía, podría adaptarse mejor a las costumbres inglesas y no levantar sospechas de las autoridades —dijo Carina,

que entendía por qué estaba enfadado, pero tenía que darles una oportunidad, necesitaba tiempo para conocer a su padre.

—Estoy segura de que Lucas le podrá ayudar —dijo la dama.

—Muchas gracias, tía, por manipularme también —contestó el susodicho sin interrumpir su desayuno.

—Somos familia y todos tenemos que poner nuestro granito de arena —añadió su tía bebiendo su té.

—Dígame dónde puedo encontrar un sastre e iré yo solo.

—En el número 3 de la calle Bond. Estoy seguro de que el estilo del sastre no le alarmará, al contrario que otros, no es muy dado a los colores llamativos o encajes —contestó Lucas.

Carina sonrió agradecida a su prometido y suspiró aliviada. Se levantó siguiendo a Richard que había abandonado la sala, dudaba de que supiera cómo llamar al cochero.

—Señor Jones, espere —lo llamó, intentando alcanzarle.

Él se detuvo y se giró.

—Le pido disculpas, lady Kersfield, es...

—Una inglesa estirada.

—Pero tiene buenas intenciones, si padre le ha dicho de usted es porque confía en ella. —En ese momento vio al mayordomo y se dirigió a él—: Señor Norton, ¿sería tan amable de avisar al cochero? El señor Jones va a salir, su destino es el sastre de lord Chartfield.

—¿Ahora voy a compartir el sastre de su prometido? No sabía que me recomendó el suyo propio.

—Puede sentirse afortunado, la sociedad alaba la manera sobria en la que Lucas viste y su sastre siempre está muy ocupado y no acepta clientes nuevos, pero si va de su parte, le atenderá.

—Me gustaría visitar a un conocido, pero no sé muy bien dónde vive.

—Si me dice quién es, quizás pueda ayudarlo.

—No sé muy bien si sé su nombre verdadero, antes era un corsario inglés, entre otras cosas, pero siempre supe que esa no era su identidad... siempre tuvo ese porte noble. —Se encogió de hombros—. No sé muy bien cómo explicarlo. Aunque puede que no siga en Inglaterra, lo último que sé, es que se dirigía aquí para hacer cara a Darrell Rumsfeld.

—¡Entonces tiene que ser el duque de Glouland! Hasta no hace mucho, la sociedad lo creía muerto y Darrell Rumsfeld era su hermanastro, se descubrió que este había matado a su padrastro y había intentado matar a su heredero

también. Supimos también que había sido un traidor de la corona, su amigo el duque lo detuvo, ahora el señor Rumsfel está muerto. He tenido la ocasión de conocer a su excelencia y también he coincidido una vez con su esposa, aunque no tuve la suerte de ser presentada.

—¿Su esposa? No sé de qué estoy más sorprendido, de que sea duque o que esté casado.

—Sí, hace poco se casó con Sophia Campbell.

—Oh, ya veo —dijo sonriendo—. Entonces también yo tuve el placer de conocer a su esposa, aunque en aquella ocasión era una dama soltera. ¿Sabes su dirección?

—Sí, se lo comunicaré al cochero.

—Gracias.

—Cuando volváis... —se interrumpió insegura de si debía decirlo—. ¿Podrías visitar al conde? Estoy segura de que quiere verte, aunque si necesitáis más tiempo...

—Lo pensaré. Esperaré afuera —dicho esto se giró y abrió él mismo la puerta, dejando al lacayo que se había adelantado para hacerlo, mirándola confuso. Carina sonrió y pensó que debía intentar ser delicada cuando hablara con el capitán con respecto a dejar de hacer todo por sí mismo, los caballeros ingleses eran hombres ociosos acostumbrados a dejar que los sirvientes hicieran cosas por ellos, como abrir las puertas.

Capítulo 11

El carruaje se detuvo ante una imponente mansión y Richard pensó que el cochero se había equivocado de dirección.

Le parecía sorprendente que el hombre tosco y callado con el que había compartido más de una noche de borrachera en una apestosa taberna en los muelles, fuera ahora un duque rico. Se sintió intimidado, pero salió y fue hacia la puerta; antes de que tuviera ocasión de llamar, esta se abrió.

Delante de él, lo esperaba un sirviente con librea impecable y peluca blanca. Lo miró de arriba abajo arqueando una ceja. Richard era consciente de que su vestimenta dejaba mucho que desear. Aún vestía las únicas prendas que tenía y que había llevado durante más de dos días. El sastre no había tenido nada que le pudiera dar cuando había ido antes; tenía algunas prendas que, con algunas modificaciones, podrían valerle, pero no se las entregarían hasta después de unas horas.

—¿Qué es lo que desea?

—He venido a ver al duque.

—Tarjeta de visita, por favor.

Ante él puso una bandeja de plata y Richard la miró confundido.

—¿Una qué? Mire, dígame al duque que Richard Jones está aquí.

Se adelantó dispuesto a entrar y esperar, pero el mayordomo se puso en su camino y cerró más la puerta, impidiéndole entrar.

—Deberá volver otro día con su tarjeta de visita, para que pueda ser debidamente anunciado.

—¡Qué demonios! Hoy no tengo paciencia para esto.

Sin ningún miramiento, empujó la puerta abriéndola y se hizo paso entrando en la mansión.

—¡Oiga! —exclamó indignado el hombre, sin atreverse a acercarse a él—. Voy a llamar a las autoridades.

—¡Scott! —empezó Richard a llamar, adentrándose en la casa—. ¡Scott!

Al final del pasillo, una puerta se abrió y por ella salió un hombre alto, con el pelo negro como el carbón, unos ojos azules penetrantes y con ropa informal pero elegante, de corte perfecto; salió hacia su encuentro.

—¿Richard? —preguntó confundido, no muy seguro, pero cuando estuvo más cerca sonrió y le dio la mano—. Vaya, Richard, qué sorpresa, ¿qué haces

en Londres? Pensé que este sería el último lugar en el que te vería.

Richard le estrechó la mano y lo observó detenidamente. No le pasó desapercibido la gran sonrisa del hombre. Estaba claramente cambiado, la última vez que lo había visto, se veía como si le persiguieran los demonios, como si cargara con todo el peso del mundo sobre sus hombros, ahora se veía relajado y feliz.

—Veo que el título te ha sentado bien.

—Oh, entre otras cosas... —Sonrió aún más y se volvió a su mayordomo dándose cuenta de la indignación de este—. ¿Algún problema, Ferguson?

—El señor no me dio su tarjeta.

—¿De qué diablos habla? —le preguntó el americano.

—Me parece que mi amigo no ha tenido tiempo de aprender nuestras costumbres, Ferguson, es americano.

—¿Americano? —preguntó, a la vez que parecía que acababa de comerse un limón.

—Así es, pero el señor Jones es bienvenido, no necesita anunciarse de ahora en adelante.

—Como usted desee, excelencia.

El hombre se volvió y cerró la puerta.

—Ven, déjame ofrecerte una copa de mi mejor licor.

—Sin duda, una oferta que no puedo rechazar.

Entraron en lo que supuso Richard era una biblioteca con un escritorio o un despacho con muchos libros, una habitación curiosa, un tanto desorganizada, pero con una gran cantidad de libros, algunos aún en cajas.

—Acomódate donde quieras, lo siento, no hay mucho espacio, aún nos estamos instalando. —El duque se dirigió hacia el decantador mientras Richard se sentó en una butaca—. Cuéntame, ¿cuándo llegaste a Londres?

—No llevo ni dos días.

—¿Lord Kildare es la razón por la que estás aquí?

—Así es.

Le dio la copa y se sentó delante de él. No dijo nada, pero con su silencio le indicó a Richard que estaba dispuesto a escuchar si quería contárselo, pero que no quería obligarlo; él pensó que bien podía decírselo todo, era lo más cercano a un amigo que tenía y el único conocido que tenía en la ciudad.

—Nunca te había dicho la razón por la que odiaba al conde, lo hacía porque es mi padre. —El duque ni siquiera parpadeó y bebió un sorbo, sin interrumpirle, por lo que el americano siguió hablando—: Mi madre nunca

me habló de él, ni yo pregunté. Me enteré cuando ella falleció. Pensé que el conde se había aprovechado de ella y la había abandonado, obligándola a buscar fortuna en América. Pero ahora que he podido escuchar su versión, si es que puedo confiar en él lo suficiente para creer que me dice la verdad...

No estaba seguro si creerle, le era difícil hacer frente al hecho que había pasado años odiando a su verdadero padre cuando él no había hecho nada para merecer su odio.

—Resultó no ser el noble despreciable que siempre pensaste que era y ahora que no tienes motivo para vengarte, estás perdido, sin saber qué hacer a continuación. —Richard asintió sin saber nada más que añadir—. Te entiendo, he estado en tu lugar, con el tiempo encontrarás un nuevo camino.

—Lord Kildare está enfermo, no sé muy bien lo que tiene, ni si es mortal, pero su estado es delicado. —Bebió de su copa—. Casi no he hablado con él.

—Cada situación es distinta, pero yo daría cualquier cosa por pasar más tiempo con mi padre, te aconsejaría no desperdiciar el tiempo.

Durante unos minutos bebieron en silencio. Hasta que una mujer interrumpió de golpe en la habitación.

—Robert, necesito tu ayuda con... —se interrumpió cuando vio a los dos caballeros levantarse—. Lo siento, no sabía que tenías visita.

—¿Robert? —le preguntó Richard al duque.

—Ah, sí, perdona, mi verdadero nombre es Robert, no Scott, entiéndeme, estaba huyendo, así que me di otro nombre. —Miró sonriendo de nuevo a su esposa—. Sophia, ¿te acuerdas del capitán Richard?

Él se inclinó ante ella con elegancia.

—Duquesa, es un placer volver a verla, esta vez en tierra firme.

Le guiñó el ojo y ella sonrió, acercándose a ellos.

—Llámeme Sofía —dijo la dama con claro acento español al decir su nombre—. Y claro que lo reconozco, ¿cómo podría olvidar a tan galante caballero?

El duque carraspeó.

—No pretendas estar celoso, amor, sabes que solo tengo ojos para ti.

Robert sonrió aún más y Richard sacudió la cabeza, desconcertado, aquel hombre que había sido una vez temido en los mares, un eficaz asesino que casi nunca sonreía y que hablaba casi con monosílabos, estaba completamente embobado con su esposa. Richard no sabía si compadecerle o envidiarlo. Pero se sintió por un momento incómodo en presencia de la amorosa pareja y se dio cuenta que debía volver.

—Ha sido un placer veros, pero me tengo que ir, ahora que vivimos en la

misma ciudad podríamos vernos más a menudo.

—Por supuesto —concordó el duque.

—¿Dónde os hospedáis, Richard? Me encantaría que asistierais a la cena que he organizado para dentro de dos días.

—Con el conde Kildare.

La duquesa abrió los ojos sorprendida y miró a su esposo, hubo un acuerdo táctico entre ellos, y ella supo que Robert le diría todo en cuanto estuvieran solos, entre ellos no había secretos, por lo que no hizo ningún comentario.

—Por supuesto, la invitación se extenderá también a sus anfitriones, si quiere que vengan, claro.

—Eso estaría bien, gracias. —Besó la mano de la duquesa y se giró hacia su amigo, recordando que la última vez que se había acercado a ella, el duque parecía estar dispuesta a arrancarle la cabeza de un mordisco, ahora no se veía complacido tampoco, lo que le hizo sonreír, le gustaba este nuevo hombre—. ¿Nos vemos pronto?

—Por supuesto, mañana eres más que bienvenido, tengo que ir a los muelles por la mañana.

—En ese caso, iré contigo, necesito saber si mi barco ha llegado, junto con mi tripulación.

—Iré a buscarte entonces a las nueve.

Richard se despidió de ellos y salió de la mansión. De repente, ansioso por volver y ver a su padre, y también echando de menos a cierta dama. Cuando llegó, no sabía muy bien por quién preguntar primero. Se detuvo en la entrada, indeciso y justo en ese momento, Lucas bajaba las escaleras en dirección a la entrada, ni siquiera lo miró, se dirigió al lacayo para coger su sombrero y gabán.

—El conde está despierto —fue todo lo que dijo antes de salir.

Richard supuso que era su manera de decirle que debería verlo, que hasta él pensaba que debían hablar. Subió las escaleras, decidido. Pero en cuanto estuvo en la puerta, dudó. Levantó el puño, pero volvió a bajar la mano. Se giró de golpe y se dirigió a sus aposentos, mañana, se prometió, sí, mañana hablaría con él.

Carina volvió a la casa casi a la hora de cenar. Tenía que darse prisa y cambiarse rápido, había pasado varias horas hablando con los niños y los empleados, había visto a William y le había dado las gracias por preocuparse

por ella y ayudar a Lucas, aunque ella no había necesitado ser encontrada, ellos no tenían por qué saberlo.

Notó al muchacho extraño, más inquieto de lo habitual, y se temió que estuviera en problemas, pero como siempre, no quiso hablar de ello. Le recordaba a otra persona que últimamente no podía quitarse de la cabeza.

Cuando bajó al comedor, cinco minutos tarde, se paró de pronto en la puerta. No había visto a Richard desde el desayuno, estaba ansiosa por verlo. Y volvió a sentirse culpable, debía estar ansiosa por ver a su prometido, no al americano, además, debía hablar con Lucas, estaba preocupada por él.

Cuando entró, solo se encontró a lady Kersfield y su prometido, que se levantó de inmediato, sonriendo, se acercó a una silla para apartarla para ella; su tía, en cambio, no parecía muy contenta, la miró con el ceño fruncido.

—¿Te parece normal llegar tan tarde jovencita? Íbamos a empezar sin ti, y, ¿dónde has estado todo el día?

—He ido al orfanato, pedí de que la informaran.

—Pero deberías haberme avisado tú misma y haber esperado por mí. No puedes ir por las calles de Londres tú sola.

—Imaginé que no le agradaría ir conmigo, que se aburría allí.

—Pasas demasiado tiempo en ese lugar, no puede ser bueno para ti. Deberías conformarte con recaudar fondos, no tienes por qué supervisarlos todo. El conde ha sido demasiado indulgente contigo, espero que tu esposo no lo sea.

Miró a su sobrino y arqueó una ceja.

—Mi esposa podrá continuar con sus obras de beneficencia como hasta hora.

—Lucas me conoce bien, milady, además, aunque esté casada, seguiría disponiendo de tiempo libre, como hasta ahora.

—Estás equivocada, una vez que tengas un esposo y unos niños de los que ocuparte, tu tiempo será limitado, no puedes desperdiciarlo con esa gente.

Carina observó su comida con concentración y contó hasta diez para evitar contestar a la dama.

Le desagradó sobremanera cómo se refirió a los pobres desafortunados que ella ayudaba, pero así era la sociedad, fingían no verlos o pensaban que eran pobres porque ellos lo habían elegido así y con darles un poco de limosna, cambiarían sus vidas. Estaban completamente equivocados, pero Carina sabía que perdería su tiempo intentado hacerles cambiar de opinión, ya que lo había intentado una vez y casi se habían reído de ella.

Lucas la entendía y sabía que, en la cámara de los lores, luchaba con ahínco para conseguir que nuevas leyes, que favorecían al proletariado, se aprobaran,

pero en el fondo, él aún seguía siendo como el resto de la sociedad, ayudaba, pero desde la distancia, jamás se había ofrecido a acompañarla a ayudar. Y en más de una ocasión, le había llamado la atención por pasar demasiado tiempo fuera de casa. ¿Sería aún peor cuando estuvieran casados? Se preguntó, ¿insistiría para que pasara menos tiempo con sus organizaciones?

Ahora podía ignorarlo, pero cuando fuera su marido, sería distinto.

La cena continuó, sin que Carina interviniera en la conversación, una vez finalizaron, ella pensó que podría preguntarle a Lucas si podían hablar a solas, si podía librarse de su carabina, claro.

—Me encantaría tomar una copa de jerez, vayamos al salón amarillo. Carina, ve a buscar un libro a la biblioteca, ¿podrías leernos algo antes de irnos a dormir?

De nuevo, Carina se contuvo para no replicar. Fue a la biblioteca y cogió el ejemplar de Thomas Hale; sonrió, pensando lo entretenido que encontraría lady Kersfield, la agricultura. No se equivocó, la dama, después de beberse su copa de jerez, cuando la joven llevaba veinte minutos leyendo, comenzó a roncar ligeramente, en cuanto la oyó, Carina cerró el libro suspirando.

—No sabía quién se quedaría dormida antes, si ella o yo.

Richard sacudió la cabeza.

—En cuanto te vi con ese libro supe que tramabas algo —susurró.

Ella se levantó y se sentó al lado de su prometido que estaba más alejado de su tía que ella.

—Me gustaría hablar contigo, Lucas, ¿cómo te encuentras? —preguntó preocupada, posando una mano en la suya.

—Bien, querida, ¿por qué debería de encontrarme de otra manera?

—Ya sabes, que el señor Jones sea nuestro invitado y... —Carina se detuvo, dudosa de cómo decirlo.

—Y que sea el hijo del conde —acabó por ella, Lucas, y sacudió la mano quitándole importancia—. No te preocupes, hasta donde yo sé, sigo siendo su heredero, aunque sea su hijo, no puede heredar el título, es ilegítimo.

Carina supo de inmediato que su prometido no hablaba en serio. Era una persona responsable y todo un caballero, pero era completamente noble, no le importaría renegar del título si sabía que acabaría en manos del verdadero heredero, si los padres de Richard se hubieran casado, él sería el primero en admitir que ya no era vizconde, pero ella sabía que podía sentirse desplazado de otra manera.

—No es el mejor momento para que intentes hacerte el superficial, Lucas,

hablo en serio.

—No te preocupes, lo estoy procesando y aceptando, solo necesito un poco de tiempo.

—Sabes que, si necesitas hablar, me tienes aquí.

—Lo sé, sé que puedo confiar en ti.

Carina sonrió, aunque estaba insegura. Ojalá no decepcionara más a su prometido, él no se lo merecía. Pero desde que había conocido al capitán Richard, unos sentimientos, a los que todavía no había puesto nombre, habían despertado en ella, y no sabía cómo detenerlos.

Capítulo 12

Richard se sentía aliviado de que por lo menos tuviera un amigo en Londres. Había disfrutado de la mañana, gracias a la compañía del duque, había servido como una buena distracción. Estaba sorprendido por su gran cambio y sabía que el hombre se merecía ser feliz. Parecía que el matrimonio le había sentado bien. Él nunca había pensado que aquello fuera posible, el caso de los duques, debía ser la excepción.

Robert le mencionó antes de despedirse, si pensaba asistir a la cena que celebraría su esposa; él quería ir, pero a la vez no estaba seguro si haría el ridículo, lo que podría avergonzar a sus anfitriones y era justo lo que no necesitaban en ese momento.

El duque le había confesado, que si por la alta sociedad dependiera, les darían la espalda, pero su título de duque les obligaba a aceptarlos a regañadientes, y su esposa no se rendía en su empeño de intentar conseguir amigos y aliados. Sabía que sus modales no eran los mejores y se sentía un completo patán rodeado de tantos nobles.

Cuando su esposa lo invitó, no sabía si se lo diría a Carina; en esos momentos, pasar tiempo con ella era lo que menos quería, pero le vendría bien tener a alguien que le guiase entre esa manada de hienas, y los duques se merecían que lo intentara.

Cuando llegó a la mansión, preguntó por ella, pero le comunicaron que en ese momento estaba fuera, de visita con lady Kersfield; no quería ir a su habitación, por lo que preguntó por la biblioteca, igual podría encontrar algún libro sobre etiqueta o algo que le pudiese entretener.

Se sentía ocioso en esa casa, sin hacer nada, echaba de menos su barco, no porque echara en falta su vida en alta mar, si era sincero consigo mismo, nunca le había encantado navegar, era algo que servía a un fin, pero necesitaba algo con lo que ocupar su tiempo, que mantuviese su cuerpo y mente ocupados.

Cuando abrió la puerta y se disponía a entrar en la habitación, se quedó paralizado al encontrarse con el conde, leyendo el periódico en una de las butacas; los dos se quedaron mirando por unos segundos.

Lord Kildare bajó el periódico y alargó la mano.

—Por favor, entrad.

Richard se adentró y se detuvo en el centro, mirando a su alrededor, inseguro de qué hacer, podía leer un libro, pero no sabía bien por dónde empezar a buscar, había demasiados volúmenes, su mirada se detuvo en una mesa que le llamó la atención, el conde siguió su mirada.

—¿Os gusta jugar al ajedrez?

—Nunca he jugado.

El conde pareció emocionarse.

—Podría enseñaros.

Richard se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Y ambos se dirigieron al tablero y la tensión en los hombros, pareció desaparecer.

Cuando Carina bajaba del carruaje, vio a Lucas salir de la casa con cara sombría; al momento, supo que algo le entristecía y se preocupó.

—¿Has visto al conde?

—Sí, parece que está mejor, ha dejado su cama.

—Me alegro de que se esté recuperando. Cuando salí con tu tía, estaba durmiendo. —Carina miró el reloj que llevaba en su ridículo—. Debió de recuperarse justo a tiempo para jugar vuestra partida de ajedrez de la tarde, ¿no? —dijo sonriendo, pero su sonrisa se detuvo al ver la cara de su prometido.

—Parece que ha encontrado otro contrincante, está jugando con el señor Jones.

Ella tuvo una idea:

—¿Por qué no vamos a Gunter's por un poco de tarta?

—¿Sin mi tía?

—Insistió en quedarse más tiempo en casa de su amiga, caminaremos, no habíamos necesitado carabina hasta ahora.

—Iremos, solo si prometes no robarme ni un trozo de mi tarta de chocolate.

—Sabes que es algo que no puedo prometerte, me encanta la tarta de chocolate y la de limón, no puedo elegir entre las dos y si pido las dos, a esas cotillas les faltará tiempo para tacharme de glotona y ya sabes que se espera que las damas no coman en público, así que las escandalizaré por completo. Y no es culpa mía que tú siempre tardes más en comerte tu tarta, cuando termino y veo la tuya, simplemente no puedo resistirme.

—Puede que pida otra tarta que no sea de chocolate.

—No, no lo harás.

Ambos sonrieron y del brazo caminaron por la calle. Carina estaba aliviada de que su complicidad parecía no haberse resentido con la llegada de Richard, pero se temía que ella ahora había cambiado, no quería solo una amistad para su matrimonio, anhelaba algo más.

Richard entró en el comedor y tres pares de ojos lo miraron sorprendidos, parecía que estaban a punto de empezar. Había preguntado al molesto hombrecillo que le habían asignado como ayuda de cámara, a qué hora se servía la cena. Y había salido de su habitación justo un minuto antes de la hora. Carina reaccionó primero y dirigiéndose a un lacayo, le pidió que trajeran cubiertos para uno más.

—Señor Jones, ¿es que en las colonias no le enseñan a uno a ser puntual? —preguntó molesta, lady Kersfield.

—Déjeme recordarle señora, que ya no somos sus colonias.

—Milady, no señora —corrigió de inmediato, lady Kersfield.

Richard miró a Carina, confundido.

—La tía de Lucas, era la hija de un marqués y se casó con el conde Kersfield. Cuando las damas ostentan un título, en este caso el de condesa viuda, la gente se dirige a ellas como milady o lady, y su título —explicó Carina.

—Le vendría bien unas cuantas lecciones —añadió la condesa viuda mientras Richard se sentaba.

—Solo si tú quieres —dijo de inmediato el conde, frunciendo el cejo en dirección a lady Kersfield, pero esta estaba mirando su sopa.

—La verdad es que eso estaría bien —contestó Richard.

—Mañana mismo empezaremos —sentenció lady Kersfield.

—Bien, puede que así esté listo para la cena de mañana a la que he sido invitado en casa de lord Glouland; ah, sí, por cierto, también podéis venir si queréis, su esposa así lo dijo.

Los tres volvieron a mirarlo, todos sorprendidos.

—¿Qué he hecho esta vez? —preguntó molesto, Richard.

—Primero de todo, es su excelencia, o su gracia, no lord —dijo lady Kerfield, elevando ligeramente la voz—. Y segundo, bueno no sé muy bien cómo conoce al duque, pero debería haberlo comentado antes, o más bien, podrían habernos enviado una invitación como Dios manda y así podríamos enviar

una respuesta, para aceptarla o declinarla.

—La duquesa me invitó cuando fui a visitar al duque, que es conocido mío, milady.

—Por supuesto que nos encantaría asistir, sería un placer y un honor conocer mejor a los duques, ¿no crees Lucas? —Carina miró a su prometido buscando apoyo.

—Sí, por supuesto, aunque yo me temo que no podré acudir, ya tengo un compromiso para mañana.

—Con tan poca antelación, claro que ya tenemos compromisos pendientes.

—Su tía sacudió la cabeza—. La próxima vez, díganoslo con más tiempo señor Jones, en esta ocasión tendrá que ir solo.

—Yo estoy libre mañana —dijo Carina.

—¿Y quién te va a acompañar, jovencita?

—Yo puedo ir —dijo el conde, ganándose las miradas de preocupación de Lucas y Carina.

—No creo que sea buena idea, tío, aún os estáis recuperando, una salida por la noche no es bueno para su salud.

—Lucas tiene razón, papá —acordó su hijastra—. Me quedaré en casa, otra vez será —dijo con desilusión.

—Lady Kerfield, no veo el problema en que cambie sus planes para mañana, al fin y al cabo, está hospedada en mi casa para ser la carabina de Carina —dijo el conde con voz autoritaria.

La condesa viuda, se mordió los labios y sus fosas nasales se agrandaron.

—Por supuesto, lord Kildare, tiene razón, me disculparé con mis amigos e iré con el señor Jones y Carina.

—Estupendo —dijo el conde.

—Gracias, lady Kerfield —expresó la joven.

—Ya que tenemos poco tiempo, sugiero que empecemos con las lecciones de etiqueta cuanto antes, esta noche mismo.

—Será interesante —dijo Lucas sonriendo.

Richard no estaba de acuerdo. De pronto se sintió como si lo hubieran sentenciado al purgatorio eterno. Sería una noche larga, interminable para él.

Más tarde, cuando Richard se dirigía a las escaleras para retirarse a su habitación, el conde lo detuvo.

—Señor Jones, ¿podríamos hablar un momento? —le preguntó lord Kildare.

—Por supuesto —contestó Richard.

Siguió al conde que se dirigía al despacho.

—Lady Kerfield, aunque es una entrometida, tuvo razón cuando en privado me comentó que deberíamos hablar sobre su identidad, mañana los invitados querrán saber...

—No quiere que diga que soy su hijo —adivinó el americano, él todavía no se atrevía a llamarlo padre y menos a decirlo a otras personas, pero aun así, saber que el conde quería ocultarlo, aunque lo entendía, le hizo sentirse rechazado.

—No, no es así, no es que yo no quiera —se apresuró a contestar lord Kildare—. Si por mí fuera, sería el primero en gritar a los cuatro vientos que eres mi hijo, ojalá pudiera volver atrás, si tu madre y yo pudiéramos habernos casado... —con la voz entrecortada se interrumpió y se sentó despacio en el asiento que tenía detrás, como si sus piernas no pudieran sostenerle; involuntariamente, Richard dio un paso hacia él, preocupado, recordando de pronto su delicada salud—. No tiene sentido ahora pensar en cambiar el pasado, pero no sabes cómo me duele haberla perdido, no haber podido ser tu padre estos treinta años. Lo siento.

De nuevo, aquel nudo ya familiar para Richard, volvía a hacer presión en su pecho y no pudo hacer otra cosa que mirarle y vio sorprendido, cómo dos lágrimas se deslizaban por las mejillas del conde.

—No hay nada que perdonar, dejemos el pasado donde está.

No sabía cuál de los dos estaba más sorprendido, si él por decirlo, o el conde por oírlo.

—Gracias, ¿eso quiere decir que puedo tener la esperanza de que te quedes en Londres y me permitirás conocerte mejor?

Richard asintió, sintiéndose incapaz de hablar. El conde sacó un pañuelo del bolsillo y se secó los ojos.

—Como iba diciendo, a mí me haría muy feliz reconocerte como mi hijo, pero eso solo causaría escándalo, y como lady Kerfield me señaló, tengo que pensar en Carina, la joven es como una hija para mí y no quiero perjudicarla.

—Entiendo.

—Por supuesto, mucha gente sospechará algo, debido a nuestro parecido, pero no dirán nada, no es algo que la gente diga en voz alta, la sociedad está acostumbrada a hacer la vista gorda siempre que no se haga ostensión de la ilegitimidad. Al igual que le dije a las autoridades, serás un familiar que estuvo una vez bajo mi tutela y que ahora hospedamos en nuestra casa. Como tu acento es evidente, diremos que has vivido en América, hace unos cuarenta años, un primo lejano mío, se fue allí y nunca volvió, por lo que la gente

asumirá que vienes de esa rama de la familia.

Richard seguía incapaz de poder hablar, por lo que volvió a asentir. Tenía que salir de allí, las emociones le estaban abrumando.

—Me gustaría llamarte Richard, ¿puedo?

—Claro. —Se las arregló para contestar a duras penas.

—Y me encantaría que me llamaras por mi nombre, Emmett, y nos tuteáramos, en privado.

—De acuerdo, Emmett

—¿Tu madre alguna vez te dijo por qué te puso Richard?

—No, pero cuando supe de su... de tu identidad, cuando contraté a alguien para conseguir información, lo descubrí.

El conde sonrió con la mirada perdida, mirando al frente, pero como si estuviera ausente, se encontraba en otro tiempo, otro lugar, recordando.

—Richard es mi segundo nombre, pero nunca lo había utilizado. Cuando conocí a Abigail, fue así como me presenté, solo Richard, no vizconde, no heredero de un condado, si no como un simple hombre, y por primera y única vez en mi vida, pude ser yo mismo, gracias a tu madre.

Richard aún no se sentía preparado para hablar de su madre con él, no con el hombre que había odiado durante años, pensando que la había despreciado, no amado. Ver al hombre tan emocionado, hablando de ella, no sabía qué decir, qué pensar, solo podía sentir y sentía demasiado en ese momento, pena, rabia, dolor, anhelo... No podía controlarlo.

—Es un poco pronto para mí hablar de mi madre contigo.

Los ojos del conde volvieron a llenarse de lágrimas, pero esta vez, las retuvo.

—Sí, entiendo.

—Buenas noches, Emmett.

—Buenas noches, Richard —contestó sonriendo tristemente mientras él salía de la habitación.

Carina estaba a punto de girar hacia la derecha, e ir por el pasillo que llevaba a sus aposentos, cuando unos pasos a su espalda la hicieron detenerse. Se giró y vio al capitán caminar, pero como si no viera nada, el sufrimiento que apreció en su rostro fue abrumador y sin pensarlo, se dirigió a él:

—Señor Jones —lo llamó, pero él no se detuvo—. Richard —dijo cuando estuvo a su lado, rozando su mano—. ¿Qué sucede?

Richard se giró hacia ella con los ojos acuosos y tormentosos, sin decir nada,

ella envolvió sus brazos alrededor de su tronco.

Por unos segundos, él no reaccionó, y ella fue consciente de lo inapropiado de su comportamiento, se estaba extralimitando. Iba a disculparse y alejarse, cuando los brazos masculinos la rodearon con fuerza. Estuvieron así unos minutos; Carina pudo apreciar, cómo su cuerpo viril temblaba ligeramente, y ella tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no llorar.

Los brazos de Richard la soltaron, despacio, como reticente a perder el contacto y ella hizo lo mismo, dando un paso atrás.

—Gracias —dijo Richard, sin mirarla.

Sin más, él siguió su camino a su habitación.

Carina se quedó paralizada, contemplándolo alejarse.

¿Qué tenía ese hombre? Se preguntaba ella. ¿Qué tenía ese hombre que parecía hacerse paso, de una forma sorprendentemente rápida y aterradora, hacia su corazón?

Capítulo 13

—Señor Jones, por más que lo intente, si no deja usted de moverse, no podré anudarle correctamente el pañuelo.

Richard suspiró y dejó que el ayudante de cámara hiciera los dichosos nudos en el pañuelo, no sabía cómo aguantaría toda la noche con eso puesto, aquella dichosa cosa le dificultaba respirar, no quería ni imaginarse cómo sería cuando tuviera que tragar la comida. Pero ya que había pulido sus modales, si no iba vestido a la moda, sus esfuerzos por encajar con el resto se verían abocado al fracaso. Aunque no le gustaba que las calzas fueran tan apretadas, no se había quejado, tampoco con el sombrero, ni con los horribles zapatos que a su parecer eran demasiado femeninos; a lo que se había opuesto en rotundo fue a llenar su pelo con polvos, llevarlo bien sujeto en una coleta, le parecía más que suficiente.

Cuando el hombre acabó, suspiró y salió de la habitación directo al recibidor; por supuesto, las damas aún no estaban ahí, pero ya suponía que tendría que esperar por ellas, por eso se sorprendió cuando vio salir a Carina del salón familiar, el más cercano a la entrada.

Sus ojos recorrieron cada centímetro de ella, extasiados por su hermosura. Su bello cabello estaba recogido en lo alto por varios tirabuzones gruesos que le tapaban la nuca. Sus dulces ojos verdes parecían sonreírle, sus suaves labios se curvaban hacia arriba con una discreta sonrisa, un collar de perlas adornaba su blanco y delicado cuello. El escote ajustado y cuadrado dejaba ver parte de la cremosa piel de su pecho y el pulso de Richard se aceleró y sus manos le hormigueaban, ansiosas por tocarla.

—Casi no le reconozco, señor Jones. Norroy hizo un trabajo magnífico.

—¿Norroy? —preguntó confundido.

—El ayuda de cámara del conde, también está ejerciendo de su ayuda de cámara. ¿No sabía su nombre?

—No me molesté en saber su nombre ya que pone cara de espanto por cada una de mis sugerencias a la hora de vestir; le gusta mandar, pero a mí no me visten sin que dé antes mi consentimiento.

—Pobre Norroy, me parece que usted debe hacerle su trabajo tremendamente difícil.

—Seguro que agradece un reto de vez en cuando.

Un fuerte carraspeo los hizo mirar hacia arriba en las escaleras. Lady Kerfield bajaba despacio con una mano apoyada en la barandilla y la otra extendida, como si se estuviera apoyando en alguien invisible.

—Creo que debería ayudarla a bajar, es lo que se espera de todo un caballero. Richard puso los ojos en blanco, pero subió y dio su mano a la dama, asistiéndola a bajar.

—Muy amable caballero, espero que no olvide sus modales durante la cena —dijo la condesa viuda mientras el mayordomo le ponía su chal.

Richard ayudó a Carina y se tuvo que contener por no besarle la zona donde su cuello se unía a su hombro que parecía particularmente llamar a gritos por su contacto, o así se lo pareció.

—Si en algún momento necesitáis ayuda, yo estaré allí —susurró la joven.

Le sonrió por encima del hombro y Richard tuvo la impresión de que parecía que su corazón empujaba contra su pecho, queriendo saltar, salir de su cuerpo para caer a sus pies, para ofrecerse ser su más fiel servidor.

Le asombraba el fuerte poder que parecía ejercer sobre él. Había conocido a muchas mujeres en el pasado, y se había encaprichado de alguna por un tiempo, pero jamás había conocido a una mujer como ella y sospechaba que nunca conocería otra igual. Ella era única.

Ayudó a las damas a subir al carruaje, estaba nervioso, se arrepentía de haber aceptado ir a la cena, pero la presencia de Carina le tranquilizaba.

Mientras se acercaban a la casa del duque por las adoquinadas calles, sus ojos fueron prisioneros de la dama que iba sentada enfrente de él, a la vez tan cerca, pero tan lejos, endemoniadamente fuera de su alcance, pensó desilusionado.

Carina sonrió sinceramente ante la cálida bienvenida de la duquesa.

Era una mujer hermosa, rebotante de felicidad y de seguridad, aunque como para no estarlo pensó, el hombre que galantemente estaba de pie a su lado en la entrada de la mansión, recibiendo a sus invitados, se veía capaz de enfrentarse a cualquiera que osase ofender a su esposa.

—Es un placer teneros en nuestra casa, y tengo muchas ganas de poder conocerla mejor, señorita Lytton. He sabido de sus obras benéficas y me encantaría saber más para poder ofrecerle nuestro apoyo.

—Eso sería maravilloso, excelencia —Carina devolvió la sonrisa y siguió caminando con lady Kerfield a su lado. Richard se quedó un momento

hablando con el duque.

Cuando entraron en el salón Carina suspiró interiormente. Conocía a algunos invitados, todos ellos eran pilares de la sociedad, pero de los que no disfrutaban humillando a los demás, no como el resto que esparcía rumores malignos por diversión. Parecía como el deporte nacional.

Los duques habían elegido sabiamente a sus invitados, muchos de los de allí presentes eran de las pocas personas a las que Carina no le importaría tener como amigos. A ella le era difícil encontrar personas auténticas entre la sociedad que parecían nadar en la hipocresía.

De inmediato, analizó a cada asistente, pensando cuál podría congeniar mejor con el capitán, para presentárselo de inmediato y cuáles sería mejor evitar; era consciente de que la guerra había finalizado hacía poco, la herida aún estaba reciente entre algunos ingleses, sobre todo los que habían perdido conocidos y seres queridos en la contienda. Estaba tan concentrada en la tarea, que cuando se movió hacia la derecha, chocó con alguien. Avergonzada, se giró de inmediato para disculparse.

—Lo siento mucho, caballero.

El joven sonrió sinceramente, quitándole importancia al incidente. Era un hombre apuesto que se apoyaba en un bastón, de pronto se temió que había sido herido en la guerra, fue consciente que Richard se acercaba a ellas.

—No se preocupe señorita, creo que el salón se está llenando considerablemente, mi hermana ha invitado bastante gente.

—¿Su hermana? —preguntó lady Kerfield curiosa, esa mujer siempre lo quería saber todo.

—Mis disculpas, no hemos sido presentados. —Hizo una elegante venia, aun con su herida en la pierna, y se inclinó galantemente ante la mano ofrecida de la condesa viuda sonriendo, haciendo a la dama sonrojarse—. Alfonso Campbell, lord Hawsley, a vuestro servicio, mis bellas damas.

—Yo soy lady Kerfield y Carina Lytton.

—Un placer conocerlo, lord Hawsley —contestó Carina, saludándolo con una venia. Era la primera vez que conocía al conde, no se le había visto en la ciudad hasta ahora.

—Lord Hawsley, me alegro de verlo recuperado —dijo la grave voz de Richard a su espalda.

El conde sonrió aún más en reconocimiento, estrechando la mano del americano con confianza.

—Señor Jones, qué agradable sorpresa. Lady Kerfiel, señorita Lytton, ¿me

permiten que le robe a su acompañante un momento? Hay alguien al que quiero presentarle. Como recompensa, en cuanto pueda, yo les haré compañía.

—No tarde, lord Hawsley —contestó la carabina haciendo casi reír a Carina por la manera sorprendente con la que coqueteaba la dama aún a su edad.

Los caballeros se alejaron y fueron directos hacia Gavin Wilmarth, un hombre muy importante en el ministerio. Carina estaba sorprendida y se dio cuenta que no tenía motivos para preocuparse, parecía que Richard estaría bien en esa velada con la protección de los duques y el conde. Sonrió aliviada y se dejó llevar por lady Kerfield, que quería saludar a unos amigos.

A ella le hubiera gustado estar en compañía del capitán, pero sabía que era mejor para todos así. Al fin y al cabo, él no era nada suyo, por más posesiva que ella se sintiera con respecto a él. Algo que se tuvo que repetir durante toda la noche, mientras observaba desde su asiento en la mesa, cómo una atractiva viuda coqueteaba descaradamente con Richard durante la cena. Se imaginaba sacándole de golpe la ostentosa peluca y tirándole un vaso de agua a la cara para borrar su llamativo maquillaje.

Nunca había estado celosa antes y no le gustaba, sobre todo sabiendo que no tenía ningún derecho a estarlo. Si tenía que estar celosa, solo podía ser con respecto a su prometido. A causa de esto, no pudo disfrutar de la comida y se sintió molesta consigo misma por no poder controlar sus sentimientos.

Después de la cena, cuando las damas estaban reunidas, la duquesa se acercó a ella y por primera vez desde que llegó, pudo disfrutar de una conversación. La dama era una mujer muy inteligente y agradable, y muy generosa, ya que insistió en hacer una donación y sorprendió gratamente a Carina cuando solicitó ir a ver el orfanato para ofrecer su ayuda. Acordaron en ir juntas a la semana siguiente.

Estaba segura que, si la duquesa mostraba su interés, podría atraer a más benefactores, era bien consciente que el trabajo que hacía cambiaba la vida de muchas personas, pero no las suficientes; le gustaría poder ayudar a más, pero era bien consciente de lo limitado de sus recursos. Al día siguiente por la mañana, iría al orfanato y haría una lista con una pequeña estimación de los gastos.

Cuando los caballeros llegaron, su mirada buscó de inmediato a Richard; al verlo, no pudo evitar observarlo por más tiempo del debido. Estaba irresistiblemente guapo con su levita oscura y sus calzas ajustadas. Su oscuro cabello recogido y su fuerte mandíbula afeitada. Su piel parecía seda pura que

llamaba por sus manos y labios. Inmediatamente se ruborizó escandalizándose de sus pensamientos, apartó la mirada y se dio cuenta que la duquesa había sido testigo de su indiscreción.

—No hay nada de malo en mirar —dijo la dama sonriendo y encogiéndose de hombros—. Solo tenga cuidado, querida —dijo esta vez, más seria.

Carina no estaba segura si se lo decía para que disimulara su fascinación por Richard, o que tuviera cuidado en no enamorarse de él. Concluyó que tenía que ser muy precavida en ambas cosas. Podía herir a más de una persona si no se esforzaba más. Tenía que poner fin de inmediato al tonto encaprichamiento que tenía por él.

Capítulo 14

Su barco junto con su tripulación, habían llegado ayer por la noche. Richard habló con Joseph y le dijo que podían volver a América si querían, ya que él no sabía por cuánto tiempo permanecería en Londres.

—¿Estás seguro de que no corres peligro aquí, capitán? —le preguntó su amigo y segundo de a bordo.

—Por ahora estoy seguro, no creo que las autoridades vuelvan a caer sobre mí.

—Bueno, pues si no te importa, nos quedaremos un tiempo. A los chicos les gustaría conocer esta ciudad.

Richard sabía que su amigo no quería irse hasta saber con seguridad que no corría peligro en tierra inglesa. Él se sintió agradecido por la protección de Joseph.

—Si crees que la tripulación disfrutará de un descanso en la ciudad... pero que sean discretos, ¿quieres? Los americanos no somos muy queridos aquí, además de que mis anteriores actividades no eran...

—¿Muy legales? — dijo el hombre riéndose.

Richard asintió y le dio la dirección del conde por si necesitaban hablar con él.

—No creo que me convenga visitar el puerto, por si acaso me mantendré alejado, pero no dudes en contactarme.

—Antes de irte, coge una de las armas, no entiendo cómo puedes caminar tan tranquilo rodeado de estos ingleses sin nada de protección, te pueden apuñalar por la espalda en cualquier momento.

—Llamaría más la atención portando la pistola.

—Pues ocúltala, pero llévala contigo, maldita sea.

Richard no pudo evitar sonreír, aunque él siempre había sido el capitán, Joseph siempre le ordenaba cosas, sin dudar que le obedecería como cuando era un muchacho pequeño e indefenso. Se acercó al arcón donde guardaban las armas y cogió una pistola. El hombre mayor le dio una fuerte palmada en el hombro cuando Richard se disponía a irse.

—Me alivia ver que has hecho las paces con tu pasado, muchacho.

Él no preguntó cómo su amigo había sacado esa conclusión, simplemente se fue sin añadir nada. Dándose cuenta de que tenía razón. Puede que hablar con

el conde aún fuera como echar sal a la herida, pero parecía que el odio y el resentimiento habían abandonado su corazón. Esperaba que la relación con su padre pudiera mejorar de ahora en adelante. Su salud había mejorado, pero no estaba seguro de cuán grave era su enfermedad. Aparentemente, se negaba a hablar de ello con cualquiera de la familia y había insistido en ver a su médico a solas. Lo había sabido al oír la discusión que había tenido con su sobrino, lord Chartfield. Este le echaba en cara que intentara mantener su dolencia oculta y que aparentara no darle importancia, por una vez, tenía que estar de acuerdo con el molesto caballero, sabía que quería a su tío y estaba preocupado.

En cierta manera, se sintió culpable, últimamente pasaba mucho tiempo con el conde y sabía que el vizconde estaba resentido con esto, pero qué diablos, pensó Richard, él lo había tenido por treinta años, no como él.

Acababa de subirse a su caballo, cuando vio de lejos el carruaje del conde; le sorprendió verlo ahí y más aún cuando le pareció ver a un muchacho en la ventanilla. Tuvo un mal presentimiento y siguió al carruaje, temiendo que Carina estuviera en peligro, sabía que el conde no salía de la casa y le extrañaba que lady Kersfield se adentrara en ese barrio.

Carina estaba haciendo un desglose de los gastos con la cocinera y la directora del orfanato, cuando vio a William asomarse por la puerta entreabierta de la oficina en la que estaban reunidas.

—¿William? No seas tímido, entra, ¿necesitas algo?

El muchacho se adentró estrujando la gorra entre sus manos, ella se llevó la mano a la boca, acallando un grito por el asombro, al ver el ojo morado y el labio partido. Él se quedó ahí, parado, sin atreverse a levantar la mirada del suelo.

—Señoras, ¿les importaría dejarnos un momento?

Ambas asintieron y abandonaron la estancia. Carina se acercó a él y le tocó suavemente el hombro.

—William, ¿qué sucedió?

—El jefe se enfadó mucho cuando me negué a dar un golpe. Cada vez se preocupa menos por lo que nos pueda pasar. Y este plan... —William sacudió la cabeza—. Estaba destinado a fracasar, nos iban a pillar con las manos en la masa. Ya estuve una vez en la cárcel y no quiero volver. Y los niños del grupo son muy jóvenes. No podía hacerles eso. Quiero dejarlo

señorita, pero no sé cómo. —El joven apretó fuertemente los labios antes de continuar—. Dice que le debo dinero por haberme mantenido y cuidado todos estos años, el muy malnacido, cuando nunca nos preguntó si teníamos hambre o frío, solo quería sus ganancias.

Carina pensó un momento, decidida a ayudar a William.

—Entonces, si le das dinero, ¿te dejará abandonar?

—Creo que sí, pero, no sé, no estoy seguro, ¿y si pide más? Me temo que no me dejará ir tan fácilmente.

—Tengo una idea, iré contigo y le daré dinero, le diré que a partir de ahora trabajarás para mí y si te molesta de nuevo, tendrá que vérselas con el conde y con las autoridades.

William sacudió la cabeza, en negación con los ojos abiertos, asustado.

—No, señorita, usted no puede ir ahí. *El viejo botas* no será amable con usted y puede que no le haga caso y corra usted peligro. No, no es una buena idea.

—Yo creo que sí, William, y estoy decidida a ir, puedes llevarme o intentaré averiguar por mi cuenta cómo puedo encontrar a ese... ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—El viejo botas, nadie sabe su nombre, siempre lleva las mismas botas, dice que son del primer tipo al que robó y mató.

De repente, Carina ya no estuvo tan segura de su plan, pero estaba decidida a ayudar a William. Pensó que, con la protección del título de su padrastro, se lo pensarían antes de atacarla.

Esperaba no estar equivocada. Además, ese día llevaba bastante dinero encima, ya que tenía que pagar varias facturas del orfanato; pediría un adelanto al conde de su asignación y volvería mañana a pagarlas.

William indicó al cochero la dirección y este la miró sorprendido. Carina asintió y se metió en el carruaje, seguida del muchacho.

Cuando se fueron adentrando en las calles estrechas del peor barrio de Londres, Carina se encogió interiormente al ver por la ventanilla las inhumanas condiciones en las que vivían allí. El olor le revolvió el estómago, y sintió compasión e impotencia al mismo tiempo. Les daba un futuro mejor a algunos, sí, pero no muchos, y aquella zona nunca cambiaría, aún habría gente que cada noche iría dormir con hambre y miedo sin saber si sobreviviría otro día más. Aquellas personas sin trabajo... de pronto, se le ocurrió que, aparte del orfanato y del ala en el hospital que estaba financiando para ofrecer servicio médico gratuito. Podía encontrar alguna forma de ayudarlos a encontrar empleo, ¿quizás una escuela donde pudieran enseñar un

oficio, como las clases que ofrecían en el orfanato a los niños, pero estas para adultos? ¿O podría utilizar sus contactos para averiguar cómo las agencias de contratación funcionaban y crear ella una?

Le extrañaba que las que había, aceptaran buscar trabajo a gente sin referencias que venían de la calle.

Seguía pensando, cuando el carruaje se detuvo y William saltó fuera de él. El cochero la ayudó a bajar, sin dejar de mirar alrededor en el pequeño callejón, el lacayo estaba igual de preocupado, a su lado.

—No me gusta nada este sitio, señorita, será mejor que nos movamos cuanto antes.

—Solo será unos minutos.

—Será mejor que vigile bien el carruaje, esos caballos valen un buen dinero, son una gran tentación para cualquiera —le advirtió, William.

El escandalizado cochero miró a los rocines con miedo y se acercó a ellos.

—No se preocupe Jonas, volveremos enseguida, y el escudo del conde hará que los ladrones consideren que es demasiado arriesgado, no les daremos tiempo a pensarlo dos veces, volveré enseguida. Peter le ayudará a vigilarlos.

El lacayo asintió, irguiéndose.

—Vamos señorita, cuanto antes entremos, antes saldremos —dijo William caminando hacia la entrada de lo que parecía ser un edificio en ruinas y abandonado, pero se paró y se volvió a ella, con cara seria—. No tiene por qué entrar y ayudarme, puedo buscar otra manera de cortar mis lazos con el feje.

—William, me has ayudado en el pasado, no voy a darte la espalda ahora, y si hay alguien que merece algo mejor, eres tú jovencito, vales mucho y estás desperdiciando tus talentos y arriesgándote demasiado en esta banda.

—Gracias, señorita —contestó, sonrojándose.

Se internó en el oscuro edificio y ella lo siguió de cerca con paso inseguro, siendo de golpe consciente de que se adentraba en la guarida de un ladrón sin más protección que su nombre y el joven de catorce años. Nunca había antes considerado llevar algún tipo de arma consigo, pero en ese momento, lo echó en falta, ya que cabía la posibilidad de que tuviera que defenderse.

—Pero mira quién viene acompañado —dijo una voz grave que procedía de una esquina de la vacía habitación.

—La señorita Lytton ha venido a pagar mi deuda —anunció William con seguridad.

—Sí, a partir de ahora, William estará bajo la protección del conde Kildare.

—Carina sacó la bolsa con el dinero de su retículo—. Esta cantidad compensará toda su generosidad mostrada hasta el momento.

William cogió la bolsa y se la lanzó al matón, sin acercarse más; en ese momento fue consciente de que dos hombres, de no más de veinte años, pero altos, estaban al lado del feje de la banda, se veían preparados para saltar hacia ellos en cualquier momento, y ella se asustó, contando mentalmente los pasos que la separaban de la puerta, ¿debía gritar antes? ¿Les daría tiempo a Jonas y Peter de venir a ayudarlos? El hombre contó el dinero mientras ella seguía pensando en cómo salir de allí, ilesa.

—Es un buen dinero, pero no es mucha pasta, esta mujer tan fina seguro que puede dar algo más.

—¡Es más que suficiente! Siempre te he traído ganancias desde que tenía cinco años, nunca he vuelto con las manos vacías. Es mucho más de lo que te mereces.

—Qué desagradecido eres, muchacho, voy a tener que darte una lección y también a la dama, podría pasar un buen rato entre sus piernas.

Los tres parecieron aproximarse a ellos amenazantemente y Carina se paralizó por el miedo. William se aproximó a ella, poniéndose delante para protegerla, y con los puños en alto.

—¡Alto ahí! No deis ni un paso más si queréis seguir viviendo.

La voz de Richard le hizo saltar por la sorpresa y miró a su derecha, donde él estaba apuntando a los hombres con su pistola.

—Somos tres y solo tienes una bala.

—Suficiente para acabar con tu vida y soy bueno luchando con mi cuchillo, estos matones que tienes no durarían ni cinco minutos conmigo. Tienes dos opciones, aceptar el dinero, o permitirme poner fin a tu miserable vida y recuperar el dinero de la señorita, tú decides.

Enfadado, *El viejo Botas* dirigió una mirada furiosa a William mientras los matones se alejaban de su jefe, poco dispuestos a enfrentarse a Richard.

—Bueno, muchacho, parece que tengo que dejarte ir, pero como vuelvas por aquí, tu pequeño cuerpo sin vida acabará en el río.

Richard agarró por el codo a Carina, dirigiéndola a la salida, sin darle del todo la espalda al interior del recinto. Una vez cerca del carruaje, la joven se giró, dispuesta a darle las gracias y preguntarle cómo pudo aparecer en tan oportuno momento, cuando su mirada sombría la incapacitó a hablar.

—Aten mi caballo al carruaje, iré con vosotros a la mansión —le dijo a Peter, que pronto hizo lo que le pidió—. ¿Te acercamos a algún sitio? —le preguntó

a William.

—Iré andando al orfanato, muchas gracias. —Y sin más, el chico corrió, alejándose y ella por un momento lo envidió, daría lo que fuera por no enfrentarse al americano en ese momento.

—Sube —ordenó a Carina sin ninguna delicadeza, abriendo la puerta y no ofreciendo su ayuda para subir al carruaje.

Una vez en el interior, se encogió interiormente cuando Richard cerró de un portazo y se sentó enfrente, cruzándose de brazos. El silencio y la tensión eran tan opresivos para Carina que no pudo seguir callada por más de dos minutos.

—Gracias, señor Jones, aprecio...

—¿Gracias? —la interrumpió bruscamente él, casi gruñendo—. Maldita sea, no quiero su agradecimiento, quiero unas disculpas.

—¿Cómo dice? ¿Disculparme, por qué?

—Por ponerse en peligro de esa manera tan tonta e imprudente, ¿en qué pensaba al adentrarse en un sitio así con tan solo la compañía de un muchacho? Había llegado a pensar que era una mujer inteligente, pero ahora, creo que es una cabeza hueca.

—¿Cómo dice! Puede que no haya sido muy inteligente por mi parte, me arrepiento de no haberlo pensado mejor, pero no tiene ningún derecho a insultarme.

—¡Tengo todo el derecho, maldita sea! ¡Jamás pasé más miedo en vida! Estuve a punto de abalanzarme sobre ellos... de todas las cosas estúpidas...

Richard estaba tan fuera de sí que fue incapaz de hablar coherentemente, se detuvo para intentar tranquilizarse, concentrándose en su respiración. Carina, sin poder contenerse, empezó a temblar sintiéndose helada, se frotó los brazos, cerró los ojos para controlarse y no llorar. Él tenía razón, pensó, se había puesto tontamente en peligro y también a William. Había sido una imprudente, se dijo.

Un pequeño gemido salió de su garganta sin ser consciente y el americano, soltando una maldición se sentó de inmediato a su lado y pasó confortantemente un brazo por sus hombros; sin pensarlo, ella se apoyó en él, resguardándose en su fuerza, tranquilizándose poco a poco, le ayudó bastante que él le acariciara la cabeza con delicadeza.

—Ya está, preciosa, siento haber sido tan brusco.

—Pero tienes razón. —Ella se giró para mirarlo bien y se sorprendió de lo cerca que estaban sus caras, inconscientemente, sus ojos se detuvieron en sus

labios—. Lo siento.

Se acercó más, atraída como un imán y él cerró la distancia, posando sus labios en los suyos.

Ella suspiró con placer. Nunca antes había probado algo tan glorioso como su sabor, su caliente contacto, parecía quemarla por dentro, derretirla.

Capítulo 15

Richard ahondó más el beso, internando despacio su lengua, extasiándose por su sabor. Los femeninos gemidos lo volvieron loco y con un rápido movimiento, la sentó en su regazo.

Nunca nada tan incorrecto se había sentido tan correcto. Besarla, tenerla entre sus brazos, era como estar en casa, como encontrar el sitio al que pertenecía, no sabía cuán perdido estaba hasta que la conoció y, ahora, de repente, ella parecía su destino, lo que lo anclaba a la tierra, a la vida. Su mano buscó su pecho y lo apretó con suavidad.

Ella se removió en su regazo, pegándose más a él, frotándose contra su erección. Sería tan fácil levantar sus faldas y poseerla allí en el carruaje, tan bueno y horriblemente malo, se advirtió. Muy poco honorable, le gritó una voz en su cabeza, era la hijastra de su padre, había puesto su reputación en peligro, la había utilizado para obtener venganza, no era suya, era la prometida de su primo.

Estaba aprovechándose de una mujer inocente, noble, que jamás había sido besada, en el interior oscuro y pequeño de un carruaje. Y en lo único que él podía pensar, era en arrebatarse su inocencia, rápidamente.

La apartó de él y la sentó de nuevo en el asiento. Llevándose una mano a los ojos y con la otra se apretó fuertemente la rodilla para controlarse y no volver a tocarla. Una vez que había perdido el contacto, su cuerpo parecía protestar, gritando por más, reclamándola.

—Ahora soy yo quien debe disculparse.

—No has tomado nada que no te haya ofrecido —susurró ella.

Sí, ella había participado activamente en el beso, pero era inexperta, inocente. Intentó concentrarse en su enfado anterior para aplacar su deseo.

—No deberías arriesgar tu vida así, ¿saben el conde y tu prometido los peligros que corres?

—Por favor, no les digas lo que ha pasado hoy. No hay necesidad de preocuparlos.

—Por supuesto que hay necesidad, tienen que saberlo, tienen que protegerte.

Ella iba a contestar, pero en ese momento, el lacayo abrió la puerta del carruaje; no se había dado cuenta que se habían detenido y estaban ya delante de la casa.

Salió de inmediato y ayudó a la dama a bajar.

Subió a su lado las escaleras, pero con mucho cuidado de mantener las distancias. Cuando el mayordomo abrió la puerta, le dio su gabán y sombrero. Queriéndose alejar de ella, se dirigió directamente a la biblioteca, no contaba con ver a lord Kildare y su heredero en la estancia.

—Buenas tardes, Richard, ¿has tenido una buena mañana? —le preguntó el conde con jovialidad.

—Podría haber sido mejor. —Su mirada se detuvo en el vizconde y la ira y los celos se apoderaron de su cuerpo—. En un futuro, proteger mejor a vuestra prometida, debería ser su deber, ¿cómo la dejáis sola?

—¿Disculpa? —El caballero parecía ligeramente molesto, a Richard le había parecido sorprendente cómo parecía mantener a raya sus emociones todo el rato, pero parecía que él era su talón de Aquiles, capaz de sacarlo de sus casillas. En ese momento, entró Carina y sus ojos azules se dirigieron a ella —. ¿De qué está hablando? ¿Dónde estabas?

—Solo fui al orfanato, nada fuera de lo normal.

— ¿Nada fuera de lo normal? ¿Es que acaso tienes relación con bandas callejeras todos los días? —preguntó irónicamente Richard.

—¡Qué! —exclamó el conde.

Tres pares de ojos se volvieron a él, todos se preocuparon. Richard se acordó de su condición y que el médico había recomendado nada de sobresaltos, que su hija hubiera estado en peligro, no eran alegres noticias, precisamente.

— Bueno no era una banda si no un solo muchacho, ¿Cómo se llamaba ese ladrón? ¿William? —Richard se dirigió a Carina, levantando ambas cejas, intentando improvisar.

—Sí, William, pero Lucas lo conoce, es inofensivo, ¿verdad querido?

—Así es, me tengo que ir, tío, nos vemos mañana, querida, ¿me acompañas a la puerta?

Los dos salieron de la estancia.

—¿Una partida? —dijo Richard y se acercó al tablero, intentando distraer al conde; esperó que no se diera cuenta de lo rápido que los tres habían cerrado el tema.

—Por supuesto —dijo lord Kildare, sonriendo.

Una vez en el pasillo, Lucas abrió una puerta y le indicó con la mano a

Carina que entrara, a ella no le sorprendió, podían haber engañado al conde, pero Lucas era otro cantar.

—Ahora, me vas a decir exactamente lo que ha pasado, ¿a qué se refería el señor Jones?

—Nada, Lucas, de verdad.

—Carina, me lo estás ocultando. Te acabas de rascar la nariz, exactamente igual que cuando éramos pequeños y te preguntaba por las galletas, no insistía de aquella (tiene que ser singular ya que se refiera a aquella ocasión) porque no me cabía duda de que te las habías comido.

La joven se miró la mano sorprendida, no era consciente de que hacía eso, claro que Lucas la conocía demasiado bien. Suspirando, se sentó en la otomana.

—Te lo diré, pero si prometes no enfadarte.

—Me lo vas a decir, aunque no te prometa tal cosa, porque me parece a mí que me voy a enfadar, y mucho.

Carina le relató lo que pasó, también se disculpó y admitió que había estado muy equivocada y que no debería haberlo hecho. Lucas caminó de un extremo a otro de la habitación sin decir una palabra, mientras ella hablaba. Cuando acabó, se paró delante de ella con las manos en las caderas.

—No volverás allí —afirmó él.

—No puedo hacer eso, Lucas, lo sabes.

—Es peligroso, no regresarás.

—No es peligroso, yo fui imprudente, no tendría que haber ido a ese sitio, no sin ayuda.

—Carina, no volverás, fin de la discusión. O se lo diré al conde.

—No puedes Lucas, lo preocuparás.

—Por supuesto que se preocupará, al igual que yo, por eso te prohíbo ir.

—¿Me lo prohíbes? —Carina lo miró sorprendida.

—Como tu futuro esposo, sí, te lo prohíbo, sé que el tío haría lo mismo. Has jugado demasiado con tu suerte, hemos sido demasiado indulgentes contigo.

—Lucas se sentó junto a ella, sujetando su mano—. La gente ya murmura de tus continuas salidas al orfanato, sin carabina, mi tía lo ha escuchado.

—No me importa lo que diga la gente.

—Pero a mí sí, esta familia ya ha estado en boca de todos debido a los escándalos, quiero respetabilidad para mis hijos y tus obras benéficas se verían perjudicadas si tu reputación está manchada, ¿crees que te darían su dinero si estás arruinada?

Carina quería protestar, pero no pudo, aunque no quisiera admitirlo, él tenía razón, no le gustaba, pero en orden de ayudar a los más pobres, tenía que danzar al son de los más ricos para conseguir el dinero y apoyo.

—No me preocupa solo tu reputación Carina, también tu seguridad. —Lucas le acariciaba tiernamente la mejilla, muy cerca de ella—. Sabes lo importante que eres para mí.

Sí, lo sabía y eso le hacía sentirse fatal, no hacía mucho, había estado dispuesta a entregarse a otro hombre. Ella quería a Lucas, pero no sentía ningún deseo. Pero él nunca la había besado, se dio cuenta. Igual era lo que necesitaba para no ver a su prometido solo como su amigo, pensó.

—Lucas, bésame.

Él la miró un segundo, dudando, luego, muy despacio, bajó su cabeza y rozó ligeramente sus labios con los suyos. A Carina le pareció que el contacto no era desagradable, pero le faltaba algo, era, insípido, concluyó. Antes de que pudiera acercarse más a él para profundizar el beso, él ya se había apartado.

—Mi tía sigue preguntando por una fecha para la boda, dice que un compromiso de ocho meses es bastante largo y yo, por una vez, estoy de acuerdo con ella.

No podía hacerlo, no sabría darle una fecha, no, cuando estaba insegura si debía casarse con él.

—Deberíamos esperar, hasta que sepamos que papá esté recuperado.

—Intentaré volver a hablar con el doctor, espero que me dé más información ya que Kildare se niega a decirnos nada. Hasta esta noche.

La besó en la mejilla y se marchó. Carina se quedó un momento allí, sentada, con la mirada perdida, no sabía qué hacer. ¿Estaba dispuesta a herir a su mejor amigo, el hombre que mejor la conocía, cancelar su compromiso por algo que no estaba segura de qué era, de si incluso existía? No sabía lo que sentía Richard, y quizás para él era solo deseo, ¿estaría él dispuesto a quedarse en Inglaterra permanentemente? Tantas dudas le dieron dolor de cabeza, salió de la estancia, decaída, en dirección a sus aposentos para retirarse a descansar. Así la encontró Richard cuando salió de la biblioteca.

—¿Estás bien? —le preguntó él de inmediato acercándose a ella.

Carina intentó pensar rápido una excusa.

—Lucas me ha prohibido volver al orfanato. Muchas gracias, por vuestra culpa no voy a poder ayudar a la gente que depende de mí, que son los huérfanos. El establecimiento depende del dinero que les aporte y la directora cuenta conmigo para su organización.

—Pero en el orfanato estás segura, ¿no? Y si cree que necesitas más protección, ¿por qué no te acompaña?

—Buena pregunta, supongo que mi pasatiempo no merece de su tiempo.

Se sorprendió de lo agrio de su comentario. Sabía que Lucas era un hombre ocupado, no se merecía que pensara mal de él. En esos momentos, estaba molesta consigo misma, enfadada con ella y con el hombre que tenía delante.

—Todo por tu culpa.

Decidió irse, dejándolo como una niña pequeña con un berrinche. No estaba orgullosa de su comportamiento, pero en ese momento, solo quería estar sola. Cuando subía las escaleras, su voz la detuvo.

—Os acompañaré, cuando tengáis que ir a allí, iré con vos, no diré nada, pero solo si puedo ir yo, así me quedaré tranquilo, podré manteneros vigilada.

Aunque no le gustaba que los hombres en su vida la controlaran, estaba acostumbrada a no ser la que tuviera el control, no quería ir con él, pero era mejor que no ir. Sin volverse, le contestó:

—Está bien, pero si vais, tendréis que ayudar también.

—Lo haré encantado.

Richard no se arrepentía de haber aceptado ayudarla. Aunque fuera una actividad nada común en un caballero, al él no le importaba utilizar sus manos para trabajar.

—Os habéis dejado un trozo.

Richard se giró y vio a Carina señalar un espacio sin pintar en un trozo de la pared, la pared que estaba asignada al muchacho.

—No pienso subirme a eso —contestó William.

Sonriendo, Richard cogió el cubo, la brocha y la escalera para pintar.

—En cuanto acabe, señor Jones, por favor, vaya a buscarme al despacho de la directora, debemos volver pronto a casa.

Se giró y salió de la habitación.

—Menuda mandona está hecha.

—Más respeto a la señorita Lytton —dijo William de inmediato al escuchar el comentario en voz baja del americano.

—Disculpa, me olvidé de que estaba en presencia de su más devoto protector, el que jamás la pondría en peligro.

—Ya le he pedido disculpas más temprano cuando me lo echó en cara por

primera vez.

—Igual volveré a hacerlo en un futuro.

Ceñudo, el muchacho empezó a recoger y limpiar la habitación que los dos llevaban dos horas limpiando.

—Por eso no quería venir aquí, sabía que lo que me esperaba eran los libros y tareas de casa, como un sirviente.

—¿Estás menospreciando el techo, la comida, la protección y la educación que se te ha ofrecido? —preguntó asombrado Richard. A su edad hubiera dado cualquier cosa con encontrarse con alguien tan caritativo como Carina.

—¡No! ¡Jamás! Agradezco mucho la ayuda que me ha ofrecido la señorita, le estaré eternamente agradecido, pero, esta no es vida para mí.

—¿Qué es lo que quieres?

—Salir de Londres, no sé... ¿ver mundo? Siempre me gusta oír en la taberna las historias que cuentan los marineros.

Richard no pudo evitar sonreír, le alegraba comprobar que, aunque William hubiera tenido una dura vida, aún tenía ilusiones y sueños como otro joven de su edad.

—¿Así que quieres ser marinero? ¿Viajar?

—Sí, puede, no lo sé.

Se encogió de hombros sin dejar su tarea.

—¿Sabes?, creo que podría hacer un buen uso de alguien como tú en mi barco.

—¿En serio? —William lo miró lleno de asombro interrumpiendo de golpe lo que hacía y mirándolo de hito en hito.

—Claro, si es lo que quieres, mi barco, Lolita, está anclado en el muelle siete, pregunta por Joseph, es ahora el capitán, solo tienes que decirle que yo te he ofrecido trabajo y él te aceptará.

—Gracias. —Sonriendo volvió de nuevo a la limpieza—. ¿Lolita? —preguntó curioso.

—Era el nombre que tenía cuando se lo robé a los españoles, me gustó, por lo que no creí necesario cambiarlo.

Bajó las escaleras y se bajó las mangas de la camisa que se había remangado para trabajar y recogió la levita que había dejado en una silla.

Fue a buscar a Carina, sabiendo que era mejor no retrasarse, habían pasado allí toda la mañana y no quería meterla en problemas, habían tomado la preocupación de no viajar juntos en el carruaje; él fue a caballo y volvería a caballo, los dos estaba siendo cuidadosos de evitar estar a solas en cualquier

momento.

En cuanto lo vio en la puerta, se despidió y fue hacia la entrada sin apenas mirarlo. Él se sintió molesto, asumió que ella seguía enfadada y quería que lo perdonase, que volviera a mostrarse agradable con él, echaba en falta su sonrisa, pero sabía que era mejor así, cuanto menos buena relación tuvieran, mejor, se dijo.

—¿Le importa esperar un poco para entrar en la casa? Si llegamos los dos a la vez, sería sospechoso.

Él asintió y ofreció su mano para ayudarla a subir al carruaje, ninguno llevaba guantes y él se deleitó en el ligero contacto de su suave piel que pareció calentar su mano de inmediato. La siguió en el caballo, uno de los sementales del conde que él mismo había insistido en prestarle, la verdad era que hasta ahora, rara vez había montado a caballo y cuando vio al imponente animal, temió que hiciera un ridículo horrible al no poder controlarlo, pero el caballo era muy manejable, parecía que le gustaba su compañía, claro que las manzanas que le ofrecía cada mañana podían influir.

Cuando ella salió del carruaje, dio una pequeña vuelta por la zona, y volvió de nuevo a la mansión. En cuanto entró, fue directo a la biblioteca, sabiendo a quién encontraría allí; poco a poco, se iba sintiendo menos incómodo en su compañía y cada vez le era más fácil hablar con él.

—Buenas tardes, Richard —lo saludó en cuanto entró.

—Buenas tardes, Emmett.

De inmediato, como siempre, su mirada fue directa al retrato de una niña sentada, a los pies de un árbol acariciando sonriente a un perro.

—Aunque cueste creerlo, Carina era una niña difícil a veces.

—Oh, le creo.

—No dejó de chillar y llorar hasta que le regalé el perro cuando tenía unos nueve años.

—¿Por qué lloraba?

—Cuando envié a Lucas a la escuela, ella también quería ir, me dijo que era inhumano que los separara así.

Richard volvió a sentir un pinchazo de celos, otra vez le volvían a recordar, que la pareja era inseparable.

—Los dos tuvieron suerte de tenerse el uno al otro.

—Carina fue lo mejor que nos pasó a los dos, supe de inmediato que aquella niña solo traería felicidad. Cuando estaba en Londres, solía pasear por el parque, acudía al mismo sitio donde solía encontrarme con tu madre, allí

estaba ella, una niña de siete años, con largas trenzas y vestida de rosa, intentando vender su sombrero; la pobre pedía un dinero ridículamente alto, le pregunté si estaba sola, y me confesó que se había escapado de su madre para poder conseguir dinero para ayudarla, me sorprendió de inmediato, la forma de hablar y la calidad de su vestido, decían a gritos que la niña era de una buena familia, me ofrecía a devolverla con su madre.

«Ella estaba como loca buscándola por todo el parque; en cuanto se encontraron, estuvieron abrazadas y llorando durante minutos, cuando la madre se dio cuenta de mi presencia me dio las gracias e insistió en que fuera a su casa a tomar el té. Una vez allí, me di cuenta de la situación precaria en la que vivía, la casa estaba casi vacía, sin apenas muebles o decoración; preocupado, volví cada día a visitarlas y mi corazón, que parecía dormido desde que no supe nada de Abigail, pareció despertarse, enseguida les tomé cariño a las dos, se convirtieron en mi familia».

«Esther, la madre de Carina, jamás quiso aceptar mi dinero, por lo que le pedí matrimonio, era la mejor manera de protegerlas. Le costó tiempo aceptar, decía que no quería mi caridad, pero le hice entender que yo las necesitaba tanto, como ellas me necesitaban a mí. Fue una buena amiga y compañera, una auténtica pena lo de su enfermedad, se la llevó tres años después de que nos casáramos».

—Lo siento.

Richard no sabía qué más decir. Entendía bien su dolor y pérdida, cada vez se sentía más unido a su padre de una forma que no podía explicar. Se fijó entonces en la carta que estaba leyendo el conde hasta que llegó Kildare y la levantó.

—Nos han invitado a un baile, tú estás incluido en la invitación.

—¿Un baile? Me temo que tendré que declinar, no sé bailar.

—Eso tiene solución, tenemos tiempo de enseñarte; no es hasta dentro de tres días, contrataré a un violinista y a un pianista para que puedan tocar en las lecciones.

—No creo que...

—Carina es una bailarina fantástica, estoy seguro de que podrá enseñarte.

¿Pasar más tiempo con ella? ¿Tocarla? ¿Tenerla tan cerca que pudiera oler su delicioso aroma a lirios? Sabía que no debía, pero de inmediato se encontró aceptando.

—¿Clases de baile? —preguntó sorprendida Carina durante la cena, después

de que el conde dijera que debía ayudar a Richard a bailar.

—Así es, ya he encontrado a los músicos, vendrán mañana a las diez. ¿Quizás Lucas pueda ayudar también? —sugirió Kildare.

—Estaré en la cámara, tío, hay sesión, ya lo sabes.

—Sí, claro, claro, una pena.

—¿No puede ser por la mañana lord Kildare?, tengo un compromiso con una amiga —protestó lady Kersfield.

—Yo estaré con ellos, por supuesto —dijo el conde sonriendo.

Pero a las diez de la mañana del día siguiente, lord Kildare no estaba en casa.

—¿Cómo que ha salido? —preguntó Carina al mayordomo después de que le dijera que el conde había abandonado la casa hacía veinte minutos.

—Sí, señorita, dijo que tenía asuntos que atender y que el paseo le vendría bien a su salud. Los músicos y el señor Jones esperan en el salón escarlata.

Carina no entendía cómo su padre había podido haber olvidado la clase de baile, no podía estar a solas con él, claro que los músicos estarían presentes, pero sabía que no era lo mismo. Ese hombre hacía que se olvidara del recato y la cordura.

—Buenos días —la saludó sonriendo, haciendo que su corazón se acelerara.

No es justo que sea tan apuesto, se dijo, admirando sus ojos oscuros y seductores con encantadoras arrugas en las esquinas; a ella le encantaba la chispa que parecía existir en ellos, como un niño pequeño tramando una travesura.

—¿Dónde está el conde? —preguntó al comprobar que venía sola.

—A mí también me gustaría saberlo. Me han comunicado que no está en casa. Podemos cancelar la lección de hoy.

—Pero el baile es en tres días.

A ella le pareció que se veía inseguro y si no estuviera segura de que ese hombre parecía no asustarse por nada, hubiera pensado que tenía miedo del baile. No se dio cuenta, no es que tuviera miedo de bailar, no quería hacer el ridículo. Su corazón se ablandó aún más por el capitán.

—Está bien, supongo que podemos comenzar hoy las lecciones de baile —se dirigió a los músicos—. ¿Por dónde empezamos?

—¿Un vals tal vez? —sugirió el pianista, comenzó a tocar y el violinista hizo lo mismo al segundo.

Ella contuvo un gemido, perfecto, de todos los bailes, tenían que empezar con ese.

—¿Perdón, un qué? —preguntó Richard.

—Un vals, viene del término alemán, *walzen*, que significa dar vueltas, se hizo muy popular hace un tiempo en Viena. Y aunque hay algunas matronas que encontraban este baile escandaloso, se estaba volviendo popular y en general, a la nobleza le encanta, por lo que se está volviendo una pieza habitual en los bailes.

—¿Por qué lo consideran escandaloso?

—Se lo mostraré. Primero, para este baile tiene que estar completamente recto, no puede mover los hombros, ni los brazos ni las caderas.

—Parce muy divertido —comentó él sarcásticamente.

Ella se acercó hasta que estuvieron a la distancia de un brazo.

—Ponga su mano derecha en mi espalda, más o menos a la altura de mi cintura.

—Oh, ahora ya se está volviendo más interesante.

Él así lo hizo y ambas respiraciones se aceleraron ligeramente.

—Ahora, deme su otra mano.

Los dos se miraron fijamente incapaz de moverse, ella reaccionó primero apartando la mirada, sonrojada.

—El primer paso es largo y los dos siguiente son cortos.

Le empezó a guiar, pero tropezaron, se desequilibraron y estuvieron a punto de caer, pero él la estabilizó pegándola a su pecho. Los se quedaron mirando sin moverse.

—¡Carina! —la llamó Lucas, adentrándose en la habitación.

Ella exclamó sorprendida y se alejó de Richard de un salto, rompiendo el contacto, se giró hacia su prometido, pero fue incapaz de mirarlo a la cara.

—Pensé que estarías toda la mañana en el parlamento.

—Cancelaron la sesión de hoy, debido a... la razón no es importante ahora.

—Apretó los puños con los brazos rígidos al lado de su cuerpo sin dejar de mirar a Richard—. Me gustaría hablar contigo, Carina, ahora.

Su tono era helado y ella se dio cuenta que no se lo estaba pidiendo. Salió de la estancia y fue directa a la biblioteca, con Lucas siguiéndola. Una vez dentro, él cerró la puerta firmemente.

—No estoy ciego, desde el principio he notado que había algo entre los dos.

—Lucas...

Él levantó la palma de mano, interrumpiéndola.

—No, por favor, no me ofendas negándolo, no me mientas, nunca nos hemos mentado antes, no empecemos ahora.

Ella se mordió el labio inferior, mirándolo, culpable.

—Te haré unas sencillas preguntas. ¿Me amas, Carina? ¿Sí o no?

—Lucas yo... —empezó a decir con voz rota, pero fue incapaz de decir nada más.

—Sí o no, Carina.

Ella se quedó en silencio, cuando vio la cara de su querido amigo llena de dolor, las lágrimas acudieron a sus ojos.

—¿Quieres casarte conmigo? De nuevo, ¿sí o no?

Y de nuevo, ella se vio incapaz de decir nada, comprendiendo que jamás podría llegar a amar a su prometido, no más que a un amigo, y de pronto, eso ya no le parecía razón suficiente para casarse con él. Sin contener ya las lágrimas, estas rodaron por sus mejillas. Lucas cerró fuertemente los párpados y se dirigió a la ventana, dándole la espalda.

—Me tomaré tus silencios como un no.

—Lo siento mucho.

—¿Ese bastardo se ha aprovechado de ti?

—No, entre él y yo no ha pasado nada—le dolía mentir, pero no podía hacerle más daño.

—Quizás no aún, pero como te haga daño lo mataré.

—Por favor, Lucas, no hay necesidad de llegar a la violencia, repito, no ha pasado nada, Richard ha sido todo un caballero en todo momento.

Pero ella no había sido una dama, se dijo; llena de arrepentimiento, lo había besado y no había dejado de pensar en ese beso, en él y quería más.

—Cancelaremos la boda, encontraré una manera de romper nuestro compromiso.

Sin darle tiempo a ella a digerir sus palabras, él abandonó la estancia y la mansión rápidamente. Carina se cubrió la cara con las manos y lloró. Temiéndose que acababa de perder a su mejor amigo, para siempre.

Capítulo 16

—No sé por qué he dejado que me convencieras para venir a este antro.

—Porque eres el único hombre en Londres que me cae bien, además de mi cuñado, y a él no puedo traerlo aquí, mi hermana me degollaría.

—Con razón.

Richard miró alrededor, los hombres jugaban y bebían sin moderación. Había mujeres presentes, muchas, algunas de ellas siendo cariñosas abiertamente con los hombres y con generoso escote. Él se sorprendió de ver algunas damas de la nobleza entre los asistentes, se reían, bebían y besaban a sus acompañantes sin recato.

—Curioso lugar este —concluyó, mirando de nuevo a su acompañante, lord Hawsley.

—Es más entretenido que mi club de caballeros y te negaste a ir a un burdel.

—No estoy de humor.

Hubiera sido una completa pérdida de tiempo, desde que había conocido a Carina, no quería estar con ninguna otra mujer, llegó a pensar que acostarse con otra hubiera sido lo que necesitaba, pero se le revolvieron las entrañas. Una silueta familiar llamó su atención, miró más detenidamente y vio cómo el vizconde hablaba muy íntimamente con una bella dama. El conde se giró para ver lo que había llamado su atención.

—Una peligrosa mujer, lady Clarendon. Una viuda rica que cambia de amante con la misma frecuencia que unos guantes, nunca discreta, le gusta hacer alarde de sus conquistas, la sociedad le hubiera dado la espala, si no formara parte de la familia real, pariente lejana, pero pariente, al fin y al cabo. Y también claro, tiene a muchos nobles comiendo de su mano para ejercer poder en sus esposas y que tengan que fingir que la soportan. Nunca hubiera pensado que haría amistad con lord Chartfield.

La ira burbujeó en su cuerpo como una copa de champán a punto de descorcharse. ¿Qué hacía con ella? Se preguntó. Carina no merecía que le hiciera eso. No sabía lo que había pasado entre ellos esa mañana, supuso que habían discutido, pero eso no era excusa. Él había salido de inmediato y ella se refugió en su alcoba, no vio a ninguno de los dos en la cena. Fuera lo que fuese lo que habían hablado, ella se merecía más respeto. No se había dado cuenta de que se había levantado, dispuesto a ir allí y tener más que unas

palabras con el caballero, hasta que el conde le agarró firmemente del brazo.

—Ni se te ocurra. Si armas un revuelo, dañarás la reputación de la señorita Lytton.

—Entonces será mejor que me vaya.

—Parece que no puedo divertirme. Igual debería buscarme nuevos amigos.

—Pensé que no había nadie más que te cayera bien.

—Y así es, creo que debería reconsiderarlo y darles otra oportunidad a los demás caballeros.

Dirigiéndose a la salida y aceptando sus sombreros y gabanes, se dio cuenta que aún seguía intranquilo y enfadado, si iba a casa, daría vueltas en la habitación, dando vueltas como un león enjaulado.

—¿Qué te parece si te llevo a una taberna en el puerto con buena cerveza?

—¿Y las mozas?

—Las mejores de Londres, amigo mío.

—Bien, me salvas de tener que socializar con esos patanes.

—¡Cómo me alegra que hayáis venido a visitarme! —dijo la duquesa recibiendo a Carina en el salón e indicándole con la mano que tomara asiento

—. ¿Cómo estáis?

—Bien.

No se lo creía ni ella y parecía que la duquesa tampoco.

Levantó las cejas y se alisó la falda, se la veía ansiosa por preguntar, pero entendió que era mejor no insistir, al fin y al cabo, casi no se conocían, aunque parecían encajar muy bien. Carina había casi huido de la casa, decidió que visitarla sería una buena distracción, además, también quería entablar relación con la dama.

Había pasado una mañana difícil. Se había levantado temprano para hablar con el conde, quería asegurarse de que estaba vez estuviera presente en la clase de baile, y si no hubiera ido a hablar con él, lord Kildare hubiera estado ausente de nuevo, ya que se estaba preparando para marcharse cuando ella fue a su habitación. No entendía por qué se había ofrecido a presenciar las clases, si luego no asistía con cualquier excusa.

El baile había sido tenso, por supuesto, ella había insistido en no volver a practicar el vals. Ninguno de los dos había hablado mucho, solo para referirse a los pasos de baile.

—Hablé en serio cuando dije que quería participar en sus obras benéficas.

Carina sonrió sinceramente por primera vez en el día.

—Eso sería maravilloso, he estado pensando en abrir una agencia de colocación para ayudar a la gente con pocos recursos y que no tiene trabajo. Podríamos ofrecer formación y no exigiríamos referencias ni experiencia. Será difícil encontrar puestos en los que los admitan, pero si abogamos por ellos...

—¡Es una idea magnífica! ¡Me muero por empezar! ¿Le importa que vaya a por papel y pluma? Podemos empezar ahora mismo a planear.

Carina se dejó llevar por su entusiasmo y pronto ambas estaban discutiendo y acordando maneras en las que podrían establecer su asociación. La duquesa se llevó la mano al estómago después de que emitiera un evidente ruido.

—Lo siento, me muero de hambre, por las mañanas no suelo comer mucho. ¿Le importa que pida algo de comida? Es más que bienvenida a acompañarme.

—Me vendría bien un tentempié, la verdad es que tengo algo de apetito.

Se levantó, pero se llevó las manos a la cabeza; se volvió a sentar, despacio y se abanicó el rostro. Carina, se acercó, preocupada.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, no te preocupes, es solo un mareo, me olvidé de que no puedo erguirme bruscamente. Robert siempre me advierte, pero evidentemente como no está aquí...

—¿Le pasa a menudo?

—Solo desde... —se interrumpió y miró a su invitada sonriendo tímidamente

—. No debería decirlo aún, pero sé que usted me puede guardar el secreto.

—Por supuesto —contestó ella sin dudar.

—Los mareos son parte de los síntomas de mi embarazo.

Carina rio, alegrándose por ella.

—¡Eso es fantástico! Enhorabuena.

—Gracias, mi marido y yo aún estamos haciéndonos a la idea, llevamos un tiempo extasiados de felicidad.

—Si alguien se lo merece, son ustedes.

La duquesa apretó su mano cariñosamente.

—Supe en cuanto te vi que seríamos buenas amigas. ¿Te importa que te tutee?

—Por supuesto que no, ya que somos amigas, es algo natural.

—¡Oh, tienes que venir con nosotros esta noche a Covent Garden! —exclamó la dama después de llamar a una doncella para pedirle el té y los aperitivos—.

Asistiremos al ballet Pygmalion, ¿lo has visto?

—Aún no he tenido el placer, acepto gustosa la invitación, gracias.

—Perfecto, a las seis iremos a buscarlos.

—¿Buscarnos?

—Sí, a Richard y a ti, él también está invitado.

Maravilloso, dijo para sí. Ahora era demasiado tarde para rechazar la invitación y sería evidente el motivo por el que lo hacía, por lo que se mordió la lengua y asintió.

Richard subió al carruaje del duque de Glouland detrás de Carina.

La joven se había mostrado distante con él desde por la mañana; en la clase de baile apenas lo había mirado o dirigido la palabra. Y mientras esperaban en la entrada por la llegada de los duques, ella había actuado como si él no existiera.

Él se sentía dolido por su actitud, pero no sabía qué podía hacer para ganarse de nuevo un trato cordial por su parte. Había aprovechado la espera en la entrada para beber de su hermosura. La había contemplado a su gusto, comprendió que jamás se cansaría de observarla, de admirar cada parte de su cuerpo. Sabía que no debía hacerlo, pero tenía tanto control sobre ello como tenía control sobre el sol.

—¿Ha asistido alguna vez al ballet, señor Jones? —preguntó la duquesa intentando romper el tenso silencio.

—No, esta será mi primera vez.

—Esta es también mi primera vez y la de Robert.

—Jamás lo adivinaría, pensé que el duque era un gran amante de las artes — dijo él sonriendo, intuyendo de antemano lo mucho que Glouland odiaría la actuación. El ducal zapato golpeó con fuerza su tobillo, contuvo a duras penas un gemido de dolor.

—¿Y tú Carina? —preguntó de nuevo la duquesa mirando con el ceño fruncido a su marido haciéndole entender que lo había visto, este miró a su regazo encogiéndose de hombros, lo que hizo sonreír más al americano.

—Una vez, el conde y mi... —se detuvo en mitad de la frase—, y Lucas, me llevaron en mi primera temporada.

Carina miró por la ventanilla y él intuyó de inmediato que estaba triste. ¿Había pasado algo en su primera temporada? ¿Qué es lo que le había apenado de ese recuerdo? No tardaron mucho en llegar a Covent Garden, aunque tuvieron que esperar bastante para poder salir ya que había cola delante del teatro. Una vez allí, se detuvieron varias veces para saludar a los conocidos de camino al palco. Al llegar al palco, las damas se sentaron de

inmediato ya que la actuación estaba a punto de empezar, suspiró sentándose detrás de Carina. El duque hizo lo mismo a su lado, detrás de su esposa.

—Aún no ha comenzado Richard, ¿ya te arrepientes de haber venido?

—No más que tú, amigo mío.

—Ah, pero a mí me espera una recompensa al llegar a casa por el sacrificio de esta noche.

El duque sonrió abiertamente y con un dedo acarició la nuca de su mujer. Richard sacudió la cabeza, el hombre era un diablo con suerte, concluyó. Se hizo la oscuridad y se abrió el telón, el escenario quedó iluminado. A los cinco minutos, aunque ya lo sabía, descubrió que el ballet no era para él, miró al frente y de inmediato todo su cuerpo se puso rígido.

—¡Qué diablos! —exclamó en voz baja.

Justo enfrente de su palco, el vizconde estaba sentado con lady Clarendon, prácticamente encima de él. Mientras el caballero le susurraba algo, ella le acariciaba el pecho, sonriendo. De inmediato, miró hacia Carina, para comprobar si los había visto y así era. Parecía que al igual que él, no había podido dejar de mirar a la pareja con asombro. Él se acercó hacia delante.

—¿Estás bien?

Ella asintió y miró hacia su regazo, para evitar mirar al palco de enfrente. Parecía haberse encogido. Se estaba levantando, cuando con fuerza, el duque lo agarró y lo obligó a sentarse de nuevo.

—Ni se te ocurra —le susurró seriamente.

—¿Por qué tú y tu cuñado estáis tan empeñados en impedirme darle un escarmiento a ese petimetre?

—Porque no tenemos la sangre tan caliente como tú. Créeme, este no es el mejor momento.

—¿Y cuándo es un buen maldito buen momento?

—Sé de un anfiteatro, cerca de Oxford Street, donde los caballeros practican boxeo, allí podrías tener una charla especial con él, yo lo he visto allí alguna vez, ya que yo acudo también. Mañana podrías encontraros, casualmente, y entrenar.

—Oh, me muero por entrenar, no sabes cuánto quiero que se convierta en mi saco de boxeo.

Carina bajó despacio las escaleras, con la condesa viuda a su lado. Había estado lista mucho antes, pero esperó, ya que no quería reunirse con Richard a solas, porque el conde había dicho unas horas antes, que se encontraba

cansado y no acudiría con ellos. Estaba preocupada, todavía seguía sin decirles lo que tenía; esos días, ella había notado lo despacio que se movía y apenas tocaba su comida.

En la clase de esa mañana, se había sentado y casi no había dicho nada, parecía ausente, el día anterior parecía tener una opinión en cada momento y parecía entusiasmado animando a su hijo. Claro que la tensión entre Carina y Richard no ayudaba. Él le había preguntado si estaba bien, sabía que se refería a cuando vieron a Lucas con aquella dama, no sabía qué estaba haciendo él con una compañía como aquella, estaba molesta, pero no celosa, por lo que se daba cuenta que anular la boda, podría no ser una mala idea.

En el recibidor, Richard les daba la espalda y cuando se volvió, vio un moratón en su mandíbula.

—¡Santo Dios! Muchacho, ¿qué te ha pasado? —le preguntó lady Kersfield.

—No es nada, esta tarde he practicado un poco de boxeo.

—Es una actividad bárbarica, no entiendo cómo puede estar volviéndose popular entre los caballeros, ¿dónde queda la esgrima?

—Es mucho más satisfactorio que la esgrima, créame, libera más tensión.

La dama sacudió la cabeza y Carina se dio cuenta que Richard evitaba mirarla, se temió que lo hiciera porque le ocultaba algo. No sabía si estar preocupada por él o enfadada. ¿Cómo podía encontrar el boxeo entretenido? ¿Cómo podía gustarle que alguien le golpease o golpear a alguien? Una vez en el interior del carruaje, dejaron que lady Kersfield llenara el silencio con sus cotilleos, y cuando estuvieron en el salón de baile, sonrió al ver a su nueva amiga acercarse con su marido.

—Me encanta tu vestido Carina, estás preciosa.

—Puedo decir lo mismo del tuyo, y tú sí que estás bonita con ese brillo especial.

La duquesa sonrió ampliamente, sonaron los acordes de un vals y el duque cogió a su mujer y la llevó a la pista de baile. Notó al instante cómo la gente a su alrededor comenzaba a murmurar y a mirar a la entrada donde los asistentes estaban siendo anunciados a su llegada; ellos estaban alejados, por lo que no oían los nombres; se iba a girar para ver qué era lo que había llamado tanto la atención de los invitados, cuando Richard agarró su codo.

—¿Me concedes este baile?

No esperó por una respuesta, la arrastró con las demás parejas y con soltura se mezclaron con los demás bailarines. Carina estaba tan asombrada de que él la estuviera llevando y bailando con tanta confianza, que se olvidó de su

manera poco cortés de pedirle un baile.

—¿Cuándo aprendiste?

—Estuve practicando.

¿Con quién? Sintió de inmediato el pinchazo del aguijón de los celos.

—La duquesa se compadeció de mí y me ofreció su ayuda.

Carina suspiró aliviada. No lo entendía, ¿por qué con Lucas no estaba celosa y con él, sí? Todo le parecía demasiado complicado. Notó que él parecía mantenerla en una zona en concreto y se acordó de la conmoción de hacía un momento; parecía que Richard quería mantenerla alejada de lo que fuera que había llamado la atención de la multitud, estiró el cuello y miró alrededor. Sus ojos se abrieron como platos cuando vio a Lucas, otra vez en compañía de lady Clarendon. No se lo podía creer. Aquel comportamiento era completamente impropio de él, su hasta ahora prometido, había sido siempre un ejemplo de corrección y decoro. Jamás haría algo así, provocando llamar tanto la atención, aquella dama era sinónimo de problemas y escándalo.

Cuando la música se detuvo, Lucas apareció de inmediato a su lado, Richard se tensó visiblemente. Al tenerlo de cerca, pudo apreciar un moratón en su ojo izquierdo. Se indignó al comprender que esa tarde los dos habían peleado.

—¿Me concedes un minuto, Carina? —le preguntó Lucas, pero sin dejar de mirar a Richard, ambos se observaban, como si sus ojos pudieran lanzar puñales.

—Ella no va a ninguna parte con...

—Por supuesto —interrumpió ella a Richard y tomó el brazo que Lucas le ofrecía.

Salieron al balcón a la vista de todos por las puertas cristaleras, y juraría que cada uno de los asistentes estaba estudiándolos.

—Bien, este es mi plan.

—¿Tú plan? —preguntó confundida esperando una explicación al ver que él no decía nada más.

—Te estoy dando una razón para que discutamos y rompamos nuestro compromiso. Dará que hablar, pero en unos meses lo habrán olvidado.

—¡Oh!

Entonces ella lo entendió todo. Se sintió culpable, aun siendo ella la que provocaba que rompieran el compromiso, era él el que buscaba una salida que no le perjudicase, quedando mal ante los ojos de los demás, claro que él era un hombre, eso no arruinaría su reputación, la gente murmuraría a su

alrededor, pero seguirían tratándole con respeto e invitándole a sus casas. De pronto, fue consciente de la magnitud de aquello.

Que el hecho de no casarse con Lucas fuera una realidad, la colmó de tristeza. Siempre se había imaginado feliz con un compañero que la respetase y la tratara con cariño, que le diera hijos, un hogar lleno de alegría y sabía que él podía darle todo aquello; ahora, lo que le esperaba, era un futuro incierto. Lucas se acercó a ella y le agarró las manos.

—Aún estamos a tiempo de solucionarlo, podemos casarnos, Carina, sé que puedo hacerte feliz.

—Pero yo a ti no, Lucas, no como te mereces.

Carina sacudió la cabeza y se soltó de su agarre, le partía el corazón dejarlo, pero sabía que era lo correcto, quería a su amigo y no podía hacerle aquello.

—Si lo dices por el amor, no lo necesito.

—Pero yo, sí.

No sabía si lo encontraría con Richard, pero ahora sabía que lo que necesitaba era amor, lo demás no sería suficiente, sin amor, no se casaría.

—El amor solo trae problemas, si no, mira a mi familia. —Al comprender que ella no cambiaría de opinión, su rostro se endureció—. En ese caso, dame una bofetada y retírate al salón de las damas. Me iré enseguida con mi acompañante, a la sociedad le gusta un poco el drama.

—Lo siento.

Se disculpó, pero no por la bofetada, apenas tocó su piel cuando levantó la mano, aparentando golpearlo, se giró y volvió de nuevo a la sala, todo el mundo parecía mirarla y apartarse para dejarla pasar; si no estuviera tan afectada, se reiría de la situación, parecía Moisés con el mar rojo.

Vio cómo la duquesa y Richard se acercaban a ellos, pero los esquivó, en ese momento solo quería estar sola. Después, fingiría que se divertía, hablaría con los demás y bailarían toda la noche, las apariencias lo eran todo y como Lucas le había recordado, si su reputación se dañaba, sus obras benéficas también, y no podía permitir que aquello ocurriese, no podía dejar que los que estaban bajo su protección se vieran perjudicados por sus errores.

—Será, hijo...

—Cuidado con el lenguaje, Richard, mi mujer está presente.

—Tú dices cosas peores, querido —contestó la duquesa sonriendo a su marido.

Los tres se encontraban apartados de los demás, cerca de la pared, esperando

a que Carina volviera.

—No puedo creer que viniera aquí con su amante, aun después de nuestra pelea de esta tarde.

—¿No lo hablasteis en absoluto? —preguntó la dama.

—No utilizamos las palabras.

—Típico, como siempre, la manera violenta de los hombres de solucionar sus diferencias funciona maravillosamente bien, solo hay que ver lo mucho que lo aclarasteis.

El duque sonrió a su esposa y la apretó a él, no la había soltado de la cintura en toda la noche.

—No todos somos así.

—No, tú eres mucho peor, tuviste suerte de casarte conmigo, yo puedo frenarte.

—Por lo menos se ha ido —dijo Richard—, pero me preocupa Carina. Sophia, ¿por qué no vas con ella?

—Ya te lo he dicho, estoy segura de que quiere estar sola.

—Pero...

Se interrumpió al ver a la dama volver a la sala, sonreía y cuando un caballero se acercó a ella, dejó que la llevara de nuevo a la pista de baile. Richard no cabía en sí del asombro. Quiso acercarse para hablar con ella, pero de nuevo, el duque lo detuvo agarrándolo del brazo.

—¡Maldita sea Robert, no soy tu perro para que me ates en corto!

—No, no lo eres, pero eres mi amigo, por lo que te ayudo, aunque no quieras, mantente al margen.

—Robert tiene razón, Richard, ahora no puedes llamar más la atención sobre ella. Carina está haciéndolo bien, está llevando a cabo su papel, tú deberías hacer lo mismo.

¿Y cuál era su papel?, se preguntó. ¿El de bastardo? ¿El de pirata? ¿Americano? Nunca se había sentido tan fuera de sitio como ahora, cuando se encontraba perdido, encontraba consuelo en Carina, pero sabía que aquello no podía ser, ella no podía ser para él.

Capítulo 17

—Te veo distraído esta mañana —dijo el conde en el momento en el que hizo jaque mate, ganando por tercera vez la partida.

—No es nada —contestó Richard.

—Tampoco me vas a decir nada del moratón que tienes.

—Boxeé un poco, eso es todo. —Se encogió de hombros y colocó de nuevo las piezas para comenzar una nueva partida.

—Me hubiera gustado que me lo contaras, aunque yo ya sepa lo que pasó.

—No sé de qué estás hablando.

—Para que lo sepas en un futuro, no hay nada que no llegue al oído de los sirvientes y si tienes buena relación con ellos, te lo cuentan todo.

—Oh, ese Norroy te fue con el cuento, ¿no?

—¿Entonces no es verdad que te peleaste con Lucas?

—Entrenamos juntos, eso es todo.

—¿Y no tiene nada que ver que estés molesto con él porque se está mostrando un tanto, cómo decirlo, un tanto incorrecto con respecto a su compromiso?

—Es una forma muy ligera de llamarlo.

Richard se mordió los labios para no decir nada más.

—No entiendo el comportamiento de Lucas, algo debe estar pasando... siempre, desde que era pequeño hizo lo correcto, intentó ser perfecto.

—Pues ahora no parece que lo intente. —Miró al conde con una mueca, dándose cuenta de lo brusco que había sido—. Lo siento, es tu sobrino y entiendo que quieras defenderlo, pero no pierdas el tiempo conmigo, no voy a dejar de verlo como un estirado hipócrita con poco honor.

—Acabas de describirlo exactamente por lo que no es.

—No lo creo, es un niño bonito que lo ha tenido todo muy fácil en la vida.

—Te equivocas de nuevo. —El conde no estaba muy seguro de seguir hablando, pero al ver que su hijo no lo creía, decidió revelarle más—: Verás, mi sobrino tuvo una infancia difícil. Y yo soy en gran parte responsable. El matrimonio de sus padres fue un desastre. Creo que cuando se casaron pensaron que estaban enamorados, pero eran jóvenes y lo más seguro es que solo fuera deseo, que desafortunadamente, pareció extinguirse muy rápidamente.

«Yo fui en parte culpable de que mi hermano se apresurara tanto a casarse, sabía que necesitábamos dinero. Una vez que se casaron y yo era conde, me centré en poner todas las propiedades en orden y hacerlas más prósperas y también, estaba celoso; yo amaba a una mujer que había desaparecido, con la que había querido casarme y no pude, por lo que ver a mi hermano y su mujer, era doloroso para mí, me aislé en una de mis propiedades en el campo y no volví a la ciudad. Me envió una carta para anunciarme que estaba esperando un niño y me invitaba al bautizo pidiéndome ser su padrino, yo fui, pero de nuevo, los celos me corroían, y me fui en cuanto pude, si hubiera sido menos egoísta y hubiera prestado atención, me hubiera dado cuenta de lo mal que estaba la pareja. Pronto, los periódicos se hicieron eco de las aventuras escandalosas de mi cuñada».

«Yo pensé que eran exageraciones. Pero cada vez eran más alarmantes, le escribí una carta a mi hermano para preguntarle y me dijo que su mujer y ella no vivían juntos, él se había mudado a una de mis propiedades con el niño y no estaba en contacto con su esposa. Me pareció impropio que vivieran así, ellos tenían la oportunidad de ser una familia, como yo no podía».

«Viajé allí y fui un hermano horrible, le eché en cara el escándalo que traía a la familia, prácticamente le ordené que solucionara los problemas con su esposa, que hiciera todo lo posible por dejar de arrastrar el apellido de la familia por el lodo. Si hubiera prestado atención, si hubiera hablado con él... —se interrumpió y sus ojos se volvieron acuosos—. Perdona, con la edad me he vuelto un sentimental. —El conde se secó las lágrimas con un pañuelo—. No me di cuenta de que mi hermano vivía por y para su hijo. Volvieron a Londres, yo les obligué, hasta le dije que cortaría su asignación si no lo hacía. Y volví a mi casa. De nuevo, volví a leer cosas espantosas en los periódicos sobre mi cuñada, y de nuevo le enviaba una carta a mi hermano, exigiéndole que fuera un buen esposo».

De pronto el conde pareció enfurecerse.

—¡Yo, un soltero huraño, dando consejos sobre cómo ser un marido! ¡Menudo hipócrita! ¡Tenía que haber sido un buen hermano mayor, ayudarlo como debía, no gruñir y ordenar como un conde, como había hecho mi padre conmigo y yo había odiado! Me rompió el corazón cuando...

Kildare se quedó callado por un minuto y cerró los ojos.

—Murió en un estúpido duelo, a manos de uno de los amantes de su esposa. Y sé que yo le empujé hacerlo, él debió de pensar que era lo que debía hacer, lo que yo le exigía hacer. Él siempre me fue leal, siempre buscaba mi

aprobación y yo lo traicioné, le fallé completamente. Nunca me lo perdonaré. «Fui a Londres por el funeral. Su esposa no estaba allí y Lucas... jamás vi a un niño llorar y gritar tanto, tenía cuatro años, el pobre no dejaba de decir que su padre no podría respirar bajo tierra y que pronto iba a despertar. Me rompió el corazón. Lucas había perdido a la única persona que tenía y quería. Me enfrenté a su madre, pero ella estaba completamente fuera de control. Bebía a todas horas, apostaba un dinero que no tenía, se acostaba con caballeros a cambio de dinero. Y me echó a mí la culpa, dijo que debería haberse casado conmigo, que mi hermano nunca fue suficiente hombre para él; en ese momento, tuve ganas de estrangularla, pero sabía que en parte era verdad, era mi culpa».

«Cogí a Lucas y me lo llevé conmigo. Su madre murió un año después, sola y en la calle, yo no volví a darle dinero y sus padres renegaron de ella. También culpa mía, debería haber encontrado otra forma de ayudarla, era tan joven... solamente estaba perdida y no hubo nadie que la ayudara. Desde que Lucas vivió conmigo, el niño siempre se esforzó por ser perfecto, y me temo que pudiera ser porque temía que yo le abandonaría si no lo era».

«De nuevo le fallé a mi hermano, no siendo un buen padre para su hijo. Yo no sabía qué hacer con un niño, así que lo dejé en las manos de institutrices y profesores, como no sabía de qué hablar con él, solo le preguntaba por sus lecciones, por lo que él se esforzaba muchísimo en clase para poder decirme todo lo que había aprendido. El pequeño no jugaba ni se divertía como un niño de su edad. Cuando Carina se mudó con nosotros, pude oír su risa por primera vez. Esa niña nos salvó a los dos, gracias a ella pude acercarme más a Lucas».

Richard se sintió mal por haber pensado tan mal del caballero. Y se dio cuenta, que el conde y Carina era la única familia que Lucas tenía y desde que había llegado, había alejado a ambos de él. Sobre todo, a Carina, sabía que, si su relación estaba en problemas, él debía ser el causante, uno no podía besar a la mujer de otro sin que hubiera consecuencias y él había hecho más que besar, tenía sentimientos por ella, por la prometida de su primo. Se sintió enfermo de golpe debido al remordimiento.

Debía solucionar aquello. Comprendió que lo primero que debía hacer, era pasar menos tiempo con Carina, empezando por dejar de acompañarla a su orfanato, le pediría a alguno de sus hombres que la escoltaran para garantizar su seguridad. Debía mantenerse al margen de la pareja, antes de que fuera demasiado tarde. Aunque aquello le doliera, porque se temía que sus

sentimientos por Carina eran ya demasiado fuertes. Debía hacer lo correcto, ya había causado demasiado daño a aquella familia, su familia, al fin y al cabo.

Carina miró de nuevo a los asientos vacíos que solían ocupar Richard y Lucas, no sabía muy bien a quién echaba más de menos; desde hacía dos días, no había visto a ninguno de los dos. Sabía que Richard seguía viviendo en la casa, pero de alguna manera, aunque estuvieran bajo el mismo techo, nunca se veían, evitaba encontrarse con ella y en las comidas siempre se ausentaba. El que no había vuelto a la casa era Lucas; al menos, que ella supiera.

—He estado pensando que me gustaría volver a Brockwell Hall. Ya he pedido que hagan el equipaje. Lady Kersfield, es bienvenida a acompañarnos, pero entendería que no quisiera dejar Londres durante la temporada.

Ambas lo miraron sorprendidas. Carina recordó el extraño comentario del doctor aquella mañana. Lo había encontrado cuando estaba a punto de salir de la mansión y al preguntar por la salud del conde, había contestado como siempre, que era Kildare quien debía informarles, pero esta vez había añadido: pase tiempo con él. En ese momento, pensó que lo decía porque debían controlar su salud, pero ahora que su padrastro pedía volver a la casa que había sido su hogar todos estos años, Carina se temió lo peor, puede que su enfermedad fuera más grave de lo que pensaba y el tiempo del conde fuera limitado. De la pena, fue incapaz de pronunciar palabra y se quedó mirando su plato.

—No me parece procedente abandonar ahora la ciudad, sobre todo con el compromiso de mi sobrino en el aire. —La dama miró a Carina pero ella seguía con la cabeza baja—. Pero si es lo que desea, lord Kildare, ¿el señor Jones irá también?

—Esta mañana accedió a ir —contestó el conde.

—En ese caso debo ir —afirmó la dama.

—Se lo agradezco, partiremos mañana por la mañana.

Al día siguiente, en el carruaje, lady Kersfield le dio el periódico abierto a Carina con demasiada brusquedad.

—Tanto tú como Lucas podríais haberos dignado a decírmelo en persona. No entiendo cómo no pudisteis solucionar vuestras diferencias, hacíais una pareja maravillosa.

Carina leyó la hoja y entendió a lo que se refería la condesa viuda. Allí, en el

segundo párrafo, se anunciaba la ruptura del compromiso entre lord Chartfield y la señorita Lytton. La realidad de la situación la golpeó de pronto, y comprendió por qué Lucas no iba con ellos y miró culpable al conde, que dormía en ese momento, por su culpa, Lucas se había distanciado de su tío y ella sabía que había roto su amistad de forma irreparable.

—Espero que el señor Jones no tenga nada que ver —susurró enfadada la dama—. Por más hijo de un conde que sea, es un bastardo y un americano con turbio pasado, si te casas con él, caerías en desgracia, puede que la sociedad te rechazara por completo y el conde saldría perjudicado también.

A ella no le importaba la sociedad, pero miró de nuevo, preocupada, a su padrastro.

Aquello podría preocuparlo y ahora su salud era muy delicada. Además, no sabía lo que había entre Richard y ella, pensar en matrimonio era una locura en esos momentos. Miró por la ventana, intentando ver al hombre que tan confusa había vuelto su vida. Por supuesto, no lo vio, debía cabalgar alejado del carruaje, tan alejado como parecía mantenerse de ella en todo momento.

Carina cerró los ojos y se apoyó en el respaldo del carruaje, con desolación. Ahora no sabía qué pensar, cómo actuar. Siempre había sabido qué camino tomar, cómo debía decidir, porque sabía lo que quería, pero ahora se encontraba confusa, sin estar segura de más nada. Aquello no le gustaba y quería ponerle solución cuanto antes y para eso, necesitaba saber lo que sentía Richard, necesitaba hablar con él, aunque la rechazase.

Capítulo 18

Habían pasado ya tres días y Carina no había encontrado la oportunidad de hablar con él. Parecía como si Richard pusiese todo su empeño en evitar quedarse a solas con ella y esta empezó a pensar que lo hacía porque se sentía culpable por haberse acercado a ella, porque no había sido más que un error para él, una equivocación que prefería olvidar.

Desanimada y sin poder dormir, se levantó de la cama, se puso la bata y encendió las velas del candelabro, llevándoselo con ella. Fue sin hacer ruido al salón principal que tenía unas puertas de cristal que daban a uno de los jardines.

Necesitaba salir y contemplar las estrellas, eso siempre la tranquilizaba. Cuando abrió una de las puertas, dejó el candelabro en una mesilla dentro, ya que pensó que fuera no lo necesitaría; el cielo y la luna iluminaban intensamente aquella noche. Con las manos apoyadas en la barandilla, levantó el rostro y sonrió a las constelaciones.

De repente, oyó un ruido de pasos y se giró con la mano en el pecho, temió que fuera un intruso, pero se tranquilizó al ver a Richard que parecía tan sorprendido como ella de verlo allí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él, acercándose.

—No podía dormir, ¿y tú?

—Lo mismo y me pareció buena idea salir a disfrutar de una noche tan hermosa como esta.

—Sí, es hermosa —dijo ella volviendo a mirar las estrellas, soltando un suspiro—. Es una pena que en Londres ya casi no puedan verse.

—¿Las estrellas? —Richard miró hacia arriba también—. Sí, me di cuenta, fue lo único que echo de menos de mi vida en el barco, por la noche, tumbarme en el suelo y contemplarlas era lo que más me gustaba y agradecía profundamente no tener que estar ocupado con alguna tormenta.

—A mí también es una de las cosas que más me gustan, me recuerdan a mi infancia, a mi padre, el único momento que me sentía cerca de él. Se pasaba casi todo el día fuera, tenía... —se detuvo con vergüenza, pero de algún modo sabía que podía compartir cualquier cosa con él—, tenía problemas con el juego. No podía parar, yo apenas lo veía, pero solía quedarme despierta hasta que volvía; él solía salir al jardín a fumar un cigarro, yo lo seguía y

cuando me veía, nunca me pedía ir a la cama. Me señalaba el cielo y me hablaba de las constelaciones hasta que me quedaba dormida en el suelo y él me llevaba a la cama.

—¿Por eso te llamó Carina?

—Así es, por supuesto, era su constelación predilecta, siempre me contaba algo de ella. No era un mal hombre, solamente tenía problemas que no sabía cómo solucionar, cuando mi madre se casó con el conde, me preguntó si quería tener su apellido y yo le dije que no, y él lo entendió, siempre me ha entendido tan bien y ha sido tan bueno conmigo...

Sin poder contenerse empezó a llorar y al momento, él la estaba abrazando.

—Shh, se pondrá bien.

—Eso no lo sabes, ¿o sí? ¿Te ha hablado de su condición?

Él negó con la cabeza, abrazándola más fuerte, ella se recostó en su pecho y oyó los rápidos y constantes latidos de su corazón. Todo su cuerpo pareció calentarse al momento. Si pudiera elegir un sitio donde pasar el resto de su vida, comprendió que sería allí, con él, entre sus brazos. No podía evitarlo, con él no había nadie más, se olvidaba de quién era ella, quién era él, de dónde estaban, del pasado y del futuro. Era como si solo existieran él y ella, lo único que importaba, y le parecía maravilloso, pero completamente irreal. Levantó la cara y lo miró. El anhelo y agonía eran patentes en él.

—Richard —susurró a la vez que se ponía de puntillas.

Sus labios se rozaron ligeramente al principio, para después buscarse con fuerza, con pasión, con desesperación, se unieron en un abrazo más íntimo, ansiosos por unirse en un mismo ser, tal y como se sentían. Carina sintió que más que la unión de dos bocas, eran dos almas que se encontraban y se unían, deseando que fuera para siempre. Richard recorrió el interior con su lengua sedienta, degustándola en profundidad. Cuando gimió de placer, sintió el sonido hasta lo más hondo de sus entrañas. Aquel momento era exquisito para ambos, ninguno quería parar, pero él lo hizo, con un gruñido, se separó de ella de golpe, con la respiración acelerada, su pecho subía y bajaba, mientras él, con las manos en el cabello, se tiraba de las hebras, frustrado.

—¡Maldición! ¡Me juré que no volvería a tocarte! ¡No podemos hacer esto, Carina! Tienes un prometido y no puedo hacer más daño a esta familia, ¡piensa en quién eres! No puedes estar con un bastardo como yo. Te mereces más.

Dejando a Carina con la palabra en la boca; ella quería contestarle, tenía tantas cosas que decir, pero no pudo, ya que él desapareció de golpe, dejando

a la joven molesta y triste. ¿Y qué pasa con lo que yo quiero? ¿Con lo que yo siento?, se preguntó; prefería mil veces a Richard, que a cualquier otro caballero, estaba dispuesta a dejarlo todo por él, eso tenía que importar, ella le amaba, se dio cuenta en ese instante, y se lo hubiera dicho, si hubiera tenido la oportunidad de explicarse; desanimada, volvió al interior de la casa y se retiró a su habitación, decidida a tener de una vez por todas, una sincera conversación con el americano.

Richard hizo la maleta, decidido a dejar la casa. Le dolía alejarse de su padre, ahora que por fin habían empezado a entablar una relación, pero era lo mejor, podría visitarlo de vez en cuando, pero lo que no podía hacer era vivir bajo el mismo techo que la mujer que tiraba su autocontrol por la borda. Daba igual cuánto lo intentara, la deseaba tanto que le dolía.

Se dirigió a la alcoba del conde por la mañana temprano para despedirse. Desde que habían llegado, rara vez salía del cuarto y pasaba casi todo el tiempo acostado en la cama. Parecía exhausto todo el tiempo, esperaba que Carina estuviera equivocada al preocuparse.

Cuando levantó el puño para llamar a la puerta, esta se abrió de golpe, y se encontró de frente con Norroy que iba a salir, apresurado y con los ojos rojos. Al verlo, Richard se encontró incapaz de respirar, con un nudo en el pecho, el dolor parecía asfixiarlo.

—¿El conde? —consiguió preguntar a duras penas.

Con pesar, el ayuda de cámara se movió para dejarlo pasar, con la cabeza baja.

—Iba a salir ahora mismo a comunicárselo. Cuando entré hace unos minutos, abrí las cortinas, durante cuarenta años a su servicio, el conde se despierta de inmediato y siempre me saluda, al no oír más que silencio, me acerqué al lecho y...

Con piernas temblorosas, él se acercó al cuerpo de su padre. Con vacilación, acercó los dedos a su cuello, y comprobó con desolación, que no había pulso.

—¡No! —gritó Carina desde la puerta.

Richard sintió el dolor patente en su voz, y fue incapaz de girarse. Ella corrió a la cama, se sentó en ella y agarró con desesperación la mano de lord Kildare.

—No, padre, despierta.

Se tumbó sobre el noble sollozando, lo único que pudo hacer él, fue poner una mano en su hombro. No había nada que pudiera decir o hacer para

consolarla en esos momentos.

—Me encargaré de inmediato de avisar a mi sobrino y hablaré con su secretario para arreglar el funeral, el médico ya está de camino —decía lady Kersfield, que se había acercado a la habitación; con un pañuelo se secaba con elegancia las lágrimas—. Una gran pérdida, era el hombre más decente que jamás he conocido.

Ni Richard ni Carina se movieron de allí hasta que llegó el médico.

—Disculpen, pero tendrán que salir mientras examino al conde, tengo que firmar el parte de defunción.

La dama pareció encogerse ante las palabras poco delicadas del doctor. Richard la llamó, pero ella parecía no querer moverse. La cogió en brazos y ella se abrazó a él. Las lágrimas seguían manando de sus ojos cerrados.

Con el corazón encogido, roto de dolor por ella y por él, pero sobre todo por ella, la llevó a una sala, y se sentó; con ella aún en brazos, la dejó que llorase sobre él, que llorase por los dos, ya que sus ojos estaban extrañamente secos. Se sentía vacío, desértico. Y enfadado, muy enfadado con el destino. Después de treinta años sin padre, cuando por fin lo conocía, la muerte se lo llevaba demasiado pronto. Jamás podría recuperar los años perdidos. También sufría por la mujer que acababa de perder a un padre por segunda vez, esperaba que pudiera recuperarse, haría lo que fuera por ayudarla y aliviarla.

Carina se sentía aturdida, no sabía por cuánto tiempo había estado llorando en el regazo de Richard, no era consciente de la realidad, del paso del tiempo, del hambre, de la sed o del cansancio, solo un dolor sordo en el pecho. Estaba impactada, no podía creérselo del todo, no podía asimilar que el conde se había ido para siempre.

—Será mejor que la acueste en la cama, ya es tarde —dijo lady Kersfield.

—Está bien, no me había dado cuenta de que ha oscurecido —contestó Richard.

La levantó y se movió con ella en brazos.

—Deben comer algo, he pedido que les lleven a ambos una bandeja con la cena a su habitación.

—No tengo hambre —contestó él.

Carina tampoco, pero fue incapaz de hablar ni para decir aquello. Se encontró en la suave cama debajo de ella y echó en falta el cuerpo masculino.

—Yo me quedaré con ella —dijo la condesa viuda.

Oyó los pesados pasos de él alejarse y ella quiso llamarlo, pero no encontró

las fuerzas. No quería que la dejara, ya la habían dejado demasiadas personas. Su padre, su madre, Lucas... y ahora el conde. Y muy pronto, Richard puede que lo hiciera. Estaba sola y se temió que siempre sería así. Dio la bienvenida a las nuevas lágrimas y con pequeños gemidos, abrazó la almohada. Anhelando que el dolor se le pasara. Estaba medio dormida cuando oyó la puerta abrirse, no abrió los ojos de inmediato, cuando lo hizo, vio a Richard sentado en una silla al lado de su cama.

—Lo siento, no quería despertarte.

—No estaba durmiendo. Gracias por venir.

—No podía estar más tiempo alejado.

Ella estiró la mano y Richard entendió de inmediato, se acostó junto a ella y la rodeó con un brazo. Ella se agarró con fuerza y se apretó contra él.

—Por favor, no me dejes —le suplicó.

—No, no lo haré, esta noche, no.

Ella quiso pedirle que no fuera solo por una noche, lo necesitaba en su vida, lo necesitaba más de lo que podía comprender, pero el cansancio pareció consumirla y cerrando los ojos, se quedó dormida al instante.

Capítulo 19

Richard notó unos dedos entre sus cabellos y un suave contacto de unos labios en su mejilla, fue tan ligero que no estaba seguro, creía que estaba soñando. Entonces, esos labios se acercaron a los suyos y probó el más exquisito de los sabores, al que ya era adicto y le era conocido. Abrió los ojos y se encontró cara a cara con la ninfa de sus sueños, para darse cuenta de que no estaba soñando, ella era real, y lo estaba acariciando y besando.

—¿Por qué cuando te beso, lo único que quiero hacer, lo único en lo que puedo pensar es seguir besándote como si no hubiera un mañana? ¿Como si nada más importara aparte de ti?

Su pregunta lo cogió completamente desprevenido. No supo qué decir y una parte de él pensaba que aún estaba soñando. ¿Cómo si no podría estar pasándole eso? Se preguntó desconcertado. Ella le acarició tiernamente la oreja, la mandíbula y le deshizo el pañuelo que llevaba al cuello mientras lo besaba de nuevo. Cuando ella introdujo audazmente su lengua, él se sacudió como si lo hubieran electrocutado y la empujó suavemente por el hombro.

—Detente Carina, no es un buen momento, estás vulnerable y yo... —Miró a su alrededor, acordándose de que estaba en la habitación de ella, recordando cómo hacía unas horas había ido allí porque tenía que verla, porque parte de su corazón de su ser le pertenecía y saber que estaba sufriendo y que él estaba lejos para consolarla era la peor de las torturas, ahora se daba cuenta del gran error que había cometido al meterse en su cama—. Tengo que irme.

—¡No! —le dijo a la vez que se abalanzaba sobre él y le besaba ansiosa la nariz, mejilla, labios, todo lo que pudiera alcanzar—. Por favor, no te vayas, me lo prometiste.

—Pero no me puedo aprovechar así de ti, no, en estos momentos, me sentaré en la silla.

—He querido estar contigo desde que me besaste por primera vez. Te necesito esta noche, te necesito tanto, Richard... Solo tenemos el aquí y el ahora, no hay ninguna garantía nunca, la vida es imprevisible, por favor, dame esta noche.

Volvió a besarlo profunda y apasionadamente y él se olvidó de todo, no pudo pensar en ninguna razón por la que no debía hacerle el amor. Fue incapaz de pensar, solo de sentir y aquella mujer acaparaba sus cinco sentidos a la vez.

Ambos se abrazaron, se tocaron desenfrenadamente, dando vueltas en la cama sin dejar de besarse.

Poco a poco, a veces con torpeza, las capas de tela fueron desapareciendo hasta que estuvieron desnudos, piel contra piel. Con la palma de su mano, fue subiendo por su pierna, su piel era como un mapa, un mapa que le llevaba a un territorio sin explorar, donde encontraría el mayor de los tesoros, donde había un placer indescriptible y sublime.

Con la anticipación, sus manos temblaban mientras la acariciaba. Sus pechos parecían llamarlo a gritos, sus pezones parecían la fruta prohibida prometiendo el mayor de los manjares, sedienta, su boca se cerró sobre uno, deleitándose con el festín. Después, su boca bajó por su vientre, lamiendo y besando en su camino descendiente. Cuando llegó al monte de venus, lo miró con veneración y su lengua degustó lo que le pareció la ambrosía más pura. Carina gimió y se sacudió, pidiéndole más y más con palabras entrecortadas. Hasta que él se lo dio todo. Volvió a subir por su cuerpo hasta estar de nuevo cara a cara.

—Debería detenerme ahora —gimió con dolor mientras ella movía las caderas, ansiosa, empezando la danza más antigua de todas, sin necesidad de orientación, de la forma más natural—. ¡Pero por Dios! ¡Me muero por estar dentro de ti!

—¡Y yo lo quiero tanto también, Richard, oh, tanto! —gimió contra sus labios antes de fundir su boca con la suya.

Audazmente, ella rodeó con una mano su miembro y él ya no pudo detenerse.

Carina no quería que parara, no quería dejar de sentir aquello y sin saber cómo estaba tan segura, sabía que eso no era todo, había más. Con no mucho conocimiento de qué era aquello, pero sintiéndose fascinada por eso en cuanto lo vio, lo envolvió con sus dedos con inseguridad, él gruñó, no estaba muy segura si fue de placer o de dolor, pero él intensificó el beso y se colocó entre sus piernas, instándolas a abrirlas más para que pudiera acomodarse entre ellas, se movió allí y el roce de aquello entre sus piernas, la volvió loca, parecía calmar un poco su hambre, pero no del todo. Y de pronto, pareció hacerse camino en su interior y de golpe entendió del todo lo que había querido decir su amado cuando le dijo que quería estar dentro de ella. Al principio, su cuerpo parecía recibirlo gustoso, pero hubo un pequeño impedimento y luego un punzante dolor.

—Lo siento amor, solo será un momento, después, el dolor dará paso al

placer, desgraciadamente, es siempre así la primera vez para la mujer.

No se movió durante un rato, dándole tiempo a ella a habituarse a la invasión. La besó sensualmente en el cuello y sus manos, como antes, parecieron obrar magia en ella, allí donde tocaba, parecía marcarla a fuego con parte de él y su piel quería más, parecía no saciarse. Le pellizcó los pezones haciéndola gemir sorprendida por el latigazo de placer y luego dirigió su atención a un punto entre sus piernas donde él estaba introducido. Aquello la hizo moverse, dándose cuenta de que estaba lista, lo necesitaba todo.

Richard comenzó a salir de su cuerpo, despacio y volvió a adentrarse, hasta el fondo. Aquello le parecía glorioso, ahora entendía lo que era hacer el amor, cómo sus cuerpos expresaban, se comunicaban el uno al otro, recibiendo y entregándolo todo a la vez. Cómo dos personas podían convertirse en una sola. Cómo salían para buscarse y se encontraban en gloriosa comunión.

Los movimientos poco a poco se aceleraron, volviéndose frenéticos y desesperados, aproximándose al éxtasis.

Ella gritó asombrada cuando lo alcanzó, maravillándose en la sensación. Él salió bruscamente vaciándose en su vientre, con un gemido. Carina acarició con somnolencia su fuerte y sudada espalda, disfrutando de su peso sobre ella. Regodeándose del fuerte cuerpo masculino que había sido de ella por unos minutos.

Cuando Richard pareció recuperarse, se incorporó y se acostó a su lado, atrayéndola al momento a sus brazos, como si la idea de dejar de tocarla fuera impensable. Ella suspiró, apoyando la cabeza en su pecho.

Con una sonrisa, cerró los ojos y se durmió de nuevo. Cuando se despertó en la mañana, se encontró sola en la cama. Acarició soñadora el colchón aún caliente por el cuerpo de él. Y le dio las gracias silenciosamente. Agradeció que él le hubiera amado temporalmente, demostrándole que estaba viva y que, aunque la vida fuera dura, llena de dolor y pérdida, también había amor y felicidad. Había perdido ya a demasiada gente y se juró que a él no lo perdería.

Richard contemplaba cómo la tierra caía en el ataúd. Los demás asistentes se habían retirado, siguiendo a la condesa viuda. Carina estaba de pie, con rostro triste, mirando la tumba, besó las flores que llevaba, y las tiró dentro, despidiéndose así para siempre de él, una solitaria lágrima bajó por su mejilla, y él se contuvo para no acercarse a secarla.

Lucas permanecía firme, con los brazos cruzados, desde que había llegado,

apenas había dirigido una palabra a nadie y parecía incapaz de mirar a alguien a la cara, permaneció casi todo el tiempo cabizbajo, evasivo, había abrazado por un rato a Carina a su llegada, pero por lo demás, se mantenía distante de todos. Richard había notado cómo parecía aislarse más en sí mismo cada vez que alguien se dirigía a él por el título del conde. El nuevo Kildare, se dirigió a la mansión, saliendo del cementerio sin decir una palabra. Los dos lo siguieron en silencio.

Richard quería hablar con Carina, pero no sabía qué decir sin arruinar el mágico momento que habían tenido, pero él sabía que debía mantener una conversación con la dama. Quería decirle lo que sentía y hacerle comprender que ella tenía el control, él quería desposarla, pero no estaba seguro de si una dama como ella se conformaría con un hombre como él, aunque esa dama fuera su Carina y ese no era el mejor momento para hablar de futuro, comprendió que debía ser paciente dejarla reponerse y cuando llegara el momento, pedirle matrimonio.

Cuando entraron en la mansión, un hombre calvo, con elegantes vestimentas y con brazaletes negro en el brazo, en señal de respeto, permanecía en la entrada y se movió hacia ellos cuando llegaron.

—Mis más sinceras condolencias. —Se inclinó ante ellos y se dirigió a Lucas—. Soy Alistar Shepard, era el abogado del conde, sé que no es un buen momento, milord, pero me preguntaba si podría leerles el testamento.

Al ver que Lucas no contestaba, Carina se adelantó y se dirigió al abogado.

—Supongo que nunca hay un buen momento para ello, señor Shepard, pero será lo mejor para todos si lo hacemos cuanto antes —dijo, para luego señalar al pasillo—: Podemos reunirnos en el despacho.

—Gracias.

—Me reuniré con los demás —dijo Richard, alejándose de ellos.

—Espere, señor Jones, usted debe estar presente también. —Lo detuvo el abogado.

Ella los guio a la estancia. Una vez allí, el señor Shepard ocupó la silla, detrás del escritorio y abrió su carpeta sacando varios documentos, Carina se sentó enfrente del abogado y Richard se quedó de pie detrás de ella. Lucas se dirigió a la chimenea dándoles la espalda.

—Bien, procederé entonces a la lectura: Yo, Emmett Richard Walton, conde de Kildare, en plena posesión de mis facultades, lego aquí mis propiedades: A mi querida hija Carina Lytton, le dejo una renta de 5.000 libras al año y la propiedad en Sussex y las pinturas y demás obras de arte que ella quiera

quedarse que no estén ligadas al título. A mi heredero, mi sobrino, Lucas Walton, aparte de todo lo que recibirá por ser mi heredero, le dejo la villa en Italia que yo heredé de mi abuela. Y a mi hijo, Richard Jones, le doy las minas de Gales y la fábrica de Manchester...

Un estruendoso ruido los hizo mirar hacia Lucas, había tirado las figuras de porcelana que decoraban la repisa de la chimenea, los pedazos se esparcían por el suelo. El caballero se giró hacia ellos, rojo de ira, señalando al americano.

—¡Cómo te atreviste a aprovecharte del conde cuando estaba tan débil!

—Yo no le pedí nada —contestó él sin perder la compostura, pero aparentemente sorprendido.

—Lucas, no puedes pensar que Richard influenció en él —lo defendió la joven.

—¿Cómo entonces pudo dejarle los dos negocios que básicamente son el pilar del condado?

—Es normal que quisiera dejarle algo a su hijo.

—¡Maldita sea! ¡Esas propiedades las compró con el dinero de la dote de mi madre! ¡Y he trabajado duro estos años para hacerlas prósperas! ¡Los beneficios se han multiplicado desde que yo las administro! —exclamó Lucas sin dejar de mirarlo furioso aproximándose a Richard, que para evitar la confrontación se alejaba hacia atrás para mantener la distancia.

—Te los daré o te los venderé por un precio ridículamente bajo para que sean tuyos, yo no quiero nada de eso, ¿qué voy hacer yo con esos negocios?

—No podéis hacer nada de eso, si me permiten continuar leyendo el testamento... —empezó a decir el abogado.

—Vaya directo a la parte que nos concierne ahora, por favor —le interrumpió Carina.

—El conde estipuló que el señor Jones no podía vender o dejar la administración de las compañías en otra persona que no fuera él, no en siete años, de lo contrario, las propiedades pasarán a estar en manos de la corona.

—¡Siete años! —gritó Lucas a la vez que empujaba a Richard contra la pared una vez que lo tuvo cerca—. No sé cómo lo convenciste, has sido un veneno para esta familia desde que llegaste. Se te perdonó todo el mal que causaste solo porque eras de su sangre. Pero yo sé que no eres merecedor de su perdón, no eres más que un delincuente, un pirata. —Se aproximó más a él y bajó la voz—. Como no desaparezcas de Inglaterra pronto, haré que te detengan, a ti y a toda la tripulación del Lolita y ya sabes el castigo que les

espera a los piratas.

Se giró y se fue de golpe de la habitación con Carina llamándolo y corriendo detrás de él.

—Lucas, espera, por favor —lo llamó Carina acelerando el paso para intentar alcanzarle, el caballero había salido ya de la casa y se dirigía al establo con rápidas zancadas—. ¡Lucas! —gritó esta vez, recogiendo con las manos la tela del vestido para no tropezar mientras corría detrás de él.

Esta vez, él pareció escucharla y se detuvo, pero no se giró.

—Lucas, Richard en ningún momento coaccionó al conde para que le diera nada. ¿Qué interés puede tener él en empresas que ni sabía que el conde tenía? Estoy segura que fue una manera de padre, de hacerle ver que lo tuvo presente antes de morir.

—Estoy furioso, Carina, pero no por eso. No pude... —se detuvo con la voz débil, cerró los ojos y apartó el rostro hacia un lado para que ella no lo viera—. No pude pasar tiempo con él.

Carina, conmovida por el dolor que destilaban sus palabras, se acercó más e intentó tocarle, pero él se apartó bruscamente.

—¡No! No puedo dejar de culparte a ti y a él por haberme arrebatado ese tiempo tan precioso.

Ella notó de nuevo las lágrimas y la oleada de dolor y arrepentimiento la golpeó de golpe.

—Lo siento mucho, Lucas.

—No sé si podré perdonarte.

El nuevo conde se fue de nuevo rápidamente a los establos, dejándola sola. Ella lo vio partir de la finca, con el corazón desgarrado. En esos momentos, Lucas la necesitaba, pero ella lo había apartado de él.

Ojalá hubiera tenido control sobre sus sentimientos y corazón, pero estos tenían voluntad propia y se habían ofrecido a Richard hacía tiempo sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo. Cuando dejó de llorar, volvió al interior de la mansión; quería ir directa al despacho, pero los asistentes del funeral, que en ese momento se despedían, la pararon en la entrada, para darle una última vez su pésame.

Una vez se vio libre, fue a la estancia, aunque estaba vacía; buscó al americano, pero no lo encontró, cuando preguntó por él, le comunicaron que había dejado también la propiedad.

Capítulo 20

Después de dos días encerrada en la habitación, sin poder dormir ni comer, Carina decidió que tenía suficiente. Su padrastro no hubiera querido que ella se encerrara en sí misma dejando la vida pasar, se dijo, por lo que tenía hacerse control de ella, si el hombre que amaba se alejaba, ella tenía que ir en su busca y hacerlo volver a ella. Salió de la habitación y fue al salón para desayunar, lady Kersfield se sorprendió cuando se unió a ella.

—Una grata sorpresa, querida. —La dama miró al plato lleno de la joven—. Es bueno ver que has recuperado el apetito.

—Eso es, y he decidido salir cuanto antes a Londres.

—¿No crees que es un poco precipitado? Todo el mundo entiende que necesites aislarte para sobreponerte de la pérdida y tener tu periodo de luto.

—No tengo por qué llorarlo en privado y hay algo que debo hacer.

Lady Kersfield no preguntó ni comentó nada más. Comieron las dos en silencio y en cuanto Carina acabó, salió a comunicar al servicio que iría a Londres, en cuanto el equipaje y el carruaje estuvieran listos. Al cabo de unas horas, se puso en camino a la ciudad con la condesa viuda frunciendo el ceño, desaprobadora, pero sin saber qué decir para detenerla. Sabiamente, se mantuvo callada y durmió casi todo el camino, mientras que Carina miraba por la ventana, sumisa en sus pensamientos.

Lo primero que hizo al llegar, fue preguntar por Richard, pero él no estaba allí, había ido hacía dos días para recoger sus pertenencias y se las había llevado sin decir dónde se alojaría. Carina decidió que a la mañana siguiente saldría a visitar a los duques para saber si tenían noticias de él. Cuando se estaba preparando para salir a primera hora del día, le comunicaron que tenía una extraña visita que había entrado por la cocina.

Con una triste sonrisa, informó al escandalizado mayordomo que su visitante era bienvenido y que por favor le ofrecieran comida antes de traerlo a ella. A los pocos minutos, William apareció con la boca llena y con una galleta en la mano y en la otra un ramo de flores silvestres. Sin palabras, ofreció las flores a Carina y esta sonrió, aceptándolas.

—Gracias, William.

—Mis computencias.

—¿Quieres decir condolencias?

—Sí, eso, lo siento, el conde debía ser una buena persona.

—Lo era, gracias por venir y ofrecer este gesto de consideración.

—También he venido a despedirme.

—¿Despedirte? —preguntó sorprendida mirando al joven de hito en hito.

—Sí, está sucediendo muy rápido, no sabía que iban a embarcar tan pronto cuando acepté la oferta del capitán Jones de trabajar en su barco. Zarpamos esta tarde.

—¿Qué? ¿El barco de Jones zarpa hoy! —Se llevó una mano al corazón, e inquieta, se puso de pie caminando hacia la puerta, mientras William la miraba sin entenderla.

—Así es, hace unos días el americano le dijo a su tripulación que abandonarían Londres de inmediato. Ya tienen todo preparado.

—¡William, tienes que llevarme allí! ¡Ahora mismo!

El joven asintió y ella lo siguió y pidió un carruaje que los llevó al puerto. Mientras caminaba detrás del joven, Carina fue incapaz de pensar con claridad. Se encontraba furiosa, sorprendida y muy confusa, sin saber muy bien cómo actuar o qué decir. Estaba enormemente impactada por la decisión de Richard de abandonar Inglaterra, de abandonarla a ella. En cuanto abordaron el barco, ella fue directa a su cabina, notando cómo el enfado tomaba preferencia y se apoderaba de ella, abrió la puerta sin llamar y cuando una vez dentro vio al capitán y a Joseph, se dirigió directa a él como una valquiria. El hombre estaba tan sorprendido de verla que no reaccionó cuando ella lo empujó.

—¡Cómo te atreves! ¿Cómo te vas así sin decir una palabra? ¿Y cómo estabas dispuesto a partir así?

Ella lo golpeó en el pecho con los puños, mientras él la agarraba, Joseph salió discretamente y cerró la puerta tras él.

—Lo siento Carina, pero no es lo que crees, déjame explicarte...

—¡Cómo puedes explicarlo! ¿No sabes lo que es ver cómo el hombre que amas se aleja así de ti cuando más lo necesitas?

—¿Me amas? —le preguntó él sonriendo, ella había dejado de golpearlo y descansaba la cabeza en su pecho mientras él la abrazaba estrechamente.

—Así es, te amo Richard.

Él, conmovido, cogió delicadamente su rostro en sus manos y la besó con ternura.

—Ni en mis más locos sueños me imaginé que podrías amarme.

—¿Cómo no hacerlo? Te has convertido en la persona más importante para

mí, la única que me hace completamente feliz, sin ti la vida parece carecer de brillo, de color, como una noche sin estrellas —dijo ella sonriendo.

—Cásate conmigo.

—¿Me lo estás proponiendo u ordenando? —Ella se rio.

—Carina, sé que no te merezco, pero jamás encontrarás a un hombre que te ame tanto, lo daría todo por ti, donde estés tú, estará mi hogar, el lugar al que permanezco, gracias a ti he entendido lo que es amar, debido a ti soy mejor persona, no había vivido hasta que te he amado. Te amo... por favor, ¿te casarías conmigo?

—Sin favor, mi amor, nada me llenaría más de gozo que ser tu esposa y tú me mereces Richard, eres justo el hombre perfecto para mí.

La besó apasionadamente y la llevó hasta el lecho. Impaciente por unirse a ella, levantó su falda y se desabrochó los pantalones. Ella le dio la bienvenida gustosa, tan ansiosa como él. Sin palabras, dejaron que sus cuerpos se expresaran. Se amaron con ardor, con una pasión sincera. Sin dejar de mirarse a los ojos, perdiéndose el uno en el otro. Carina gritó su nombre y él gimió liberándose en su interior. Ella lo miró con cariño y le apartó el cabello que le caía sobre la frente.

—¿Por qué ibas a irte?

—No iba a partir con mi tripulación. No era seguro para ellos quedarse, por lo que les pedí embarcar de inmediato rumbo a Nueva York. Jamás te dejaría.

—Me fue difícil de creer, pero ¿qué otra cosa podía pensar? No hemos sido abiertos ni sinceros el uno con el otro desde que nos conocimos.

—Eso ya no será así de ahora en adelante. Jamás te ocultaré nada más. En mí podrás confiar y yo confiaré en ti.

—¿Qué fue lo que te dijo Lucas? —preguntó ella, ya que llevaba tiempo preguntándose.

Él pareció incómodo, reacio a decirlo.

—Me amenazó con llevarnos a las autoridades.

—¡No, él no haría algo así! ¡Oh, Dios, debe estar tan dolido! ¡Parece otra persona! ¡Me siento tan culpable!

—Es culpa mía.

—No, no eras tú el que tenía un compromiso. Yo no actué bien, solo espero que con el tiempo, pueda llegar a perdonarme.

—Te quiere Carina, lo hará.

La besó en la frente, se levantaron de la cama y se ayudaron mutuamente a adecentarse.

—A padre le hubiera gustado llevarme al altar.

—Lo sé, y creo que hubiera aprobado nuestra unión, no sé por qué, pero desde un principio ha confabulado para acercarnos, desde las clases de baile intentando dejarnos solos; al escuchar su testamento, hablé con el abogado, la intención del conde era clara, quería obligarme de alguna manera a quedarme en Londres, igual pensó que así sería más probable que acabáramos juntos. Pero no tenemos que casarnos de inmediato, podemos esperar.

—Esperar sería una buena idea. Me gustaría ser plenamente feliz el día de mi boda. Será mejor que dejemos la ceremonia para dentro de unos meses.

—Puedo esperar el tiempo que haga falta.

La besó de nuevo y ella se apartó de él, reticente.

—Pero debemos ser precavidos, deberíamos intentar tener un compromiso más casto. No quiero más escándalos, eso no ayudaría a mis obras benéficas.

—Retiro lo dicho entonces, no podré esperar tanto, te ruego que pongas una fecha pronto.

Ella se rio, mirando fijamente los ojos negros que la habían conquistado desde la primera vez que se vio capturada por ellos. Aquella fuerza que la volvía loca y que la envolvía haciéndola sentir segura.

—Está bien, ¿cómo puedo negarme cuando eres tan irresistible para mí?

Epílogo

Diez meses después

Carina, con una gran sonrisa, llena de felicidad, caminó por el pasillo de la iglesia de St. George del brazo del duque de Glouland.

Los asistentes se giraban para verla, exclamando de admiración; su vestido verde oscuro hacía brillar y destacar sus ojos, pero era su amor por su futuro marido lo que la hacía resplandecer. El novio la esperaba en el altar con una sonrisa tan grande como la suya. Ansioso, porque estuviera a su lado y por fin estar casado con la mujer que amaba con todo su corazón.

Habían tenido un compromiso discreto, para no escandalizar a la sociedad, muchas personas aún murmuraban a sus espaldas, pero nadie había declinado la invitación a la boda, más por curiosidad quizás, que por aceptación al enlace.

Mientras el reverendo los casaba, ellos no podían apartar los ojos del otro, consiguiendo que suspiraran a algunas damas, haciéndolos testigos por primera vez, del primer enlace creado por amor, no por ningún otro motivo. Los dos dijeron sus votos sin perder la sonrisa y se besaron profundamente, una vez declarados marido y mujer.

Cuando salieron de la iglesia, los asistentes parecieron olvidar el motivo por el que no aprobaban el enlace y disfrutaron de la celebración, admirando al matrimonio y felicitándolos. Sin ser conscientes de que había algo que afectaba a la novia. Pero su marido, conociéndola tan bien como lo hacía, la llevó aparte para preguntarle.

—¿Estás bien? —le preguntó, mientras frotaba sus brazos, confortándola.

—Solo me preguntaba dónde podría estar, nadie sabe dónde está, ni sus tías lo saben y no contesta a mis cartas.

—Estará bien, Lucas necesita tiempo, te perdonará y encontrará la felicidad él también.

—Eso espero.

—¿Has tenido noticias de tu hermana? —preguntó a su esposo, sabiendo que le había dado una carta a Josep para que se la diera a su hermana, pidiéndole que viniera a Londres.

—Todavía no, pero es pronto para que tenga noticias, aunque puede que se niegue a venir.

—Estoy segura de que quiere verte, Richard.

—No lo sé, no he sido el mejor de los hermanos y siempre le di demasiada libertad, no porque no me preocupara por ella, sino porque no quería arruinar su vida, era incapaz de saber qué hacer o cómo educarla, por lo que siempre lo dejé en manos de alguien más.

—Eras muy joven cuando te hiciste cargo de ella.

—Ni siquiera recuerdo si alguna vez le dije que la quería.

—Estoy segura de que lo sabe y cuando la vuelvas a ver, podrás decírselo. Antes, tu corazón estaba demasiado dolido para poder amar con libertad, ahora podréis gozar de una buena relación.

Richard la besó ligeramente pero su esposa profundizó el beso, rodeándolo estrechamente.

—Tenemos que volver con los demás, señora Jones.

—Hemos esperado diez meses para poder empezar nuestras vidas juntos, ¿tenemos que esperar más?

—No puedo discutirte eso. Pediré el carruaje, yo también estoy ansioso por irme ya a la luna de miel, aunque ya te aviso que no saldremos de la cama en unos días.

Carina se sonrojó, pero le dio la mano, caminando hacia la entrada de la mansión sin despedirse de sus invitados.

—Yo tampoco tengo nada que objetar.

Riendo, subieron al carruaje, empezando el viaje, el primer día de una vida que estaría colmada de felicidad.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)